

CABALLOS, antiguamente se usaban principalmente en la guerra, Prov. 21:31; Jer. 8:16, y no figuran entre las adquisiciones que Abraham hizo en Egipto, aunque dos siglos más tarde sus descendientes los dieron a los Egipcios, es decir, a José, en pago de trigo, Gén. 12:16; 47:17. Una fuerza de carros de guerra, cada uno con dos caballos y un “capitán,” además del conductor, y tal vez un escudero, acompañó a Faraón en la persecución a Israel, y se hundió en las aguas del Mar Rojo, Exod. 14:6-9, 23-28; 15. Algunos eruditos hebreos piensan que la expresión “gente de a caballo” usada en los pasajes citados, se refiere a los que andaban en carros; y los monumentos egipcios nunca representan a los soldados egipcios montados a caballo. Parece que los Árabes de la antigüedad no tenían caballos, Núm. 31:28, 30, 32-34; Jueces 6:3-5; 1 Crón. 5:20-22. Los Catianeos y los Filisteos sí los tenían, Jos. 11:4; 1 Sam. 13:5. A Israel le estaba prohibido temerle a la caballería enemiga, conservar los caballos de los vencidos, o multiplicar los caballos, Deut. 17:16; 20:1; Jos. 11:6, 9; tenían que confiar sólo en Dios, Isaí. 31:1-6. El formidable aspecto, valor y fuerza del caballo de guerra se describe vivamente en Job 39:19-25. Véanse las predicciones de Samuel relativas al rey que el pueblo deseaba, 1 Sam. 8:11. David conservó unos caballos del rey derrotado de Soba, 2 Sam. 8:4, y Salomón los importaba, los recibía como tributo de otros países, y estableció una gran fuerza de caballería y de carros, 1 Reyes 4:26; 10:25-29; 2 Crón. 1:14, 16, 17; 9:24, 25, 28; y los reyes que le sucedieron hicieron lo mismo, 1 Reyes 22:4; Isaí. 2:7. La caballería de Israel disminuyó bajo el reinado de Joacaz, y la de Judá todavía más bajo el de Ezequías, 2 Reyes 13:7; 18:23. Sedequías se procuró caballería egipcia para que le ayudara en su rebelión contra Nabucodonosor. 2 Crón. 36:13; Ezeq. 17:15. Los reyes idólatras de Judá le consagraron al sol caballos vivos para que tomaran parte en las procesiones hechas en honor de Baal, o bien estatuas al frente de sus templos. Josías los quitó, 2 Reyes 23:11. Los judíos volvieron a traer consigo caballos de Babilonia, Neh. 7:68. Las tropas montadas de los Asirios eran muy formidables. Ezeq. 23:6; Nah. 3:3; Hab. 1:8; éstos empleaban también los caballos para la cacería, etc. Como todavía no usaban herraduras, los de cascos duros eran muy valiosos, Isaí. 5:28. No se habla de sillas, ni se ven representadas de modo alguno, pero sí se usaban campanillas, Zac. 14:20. El hebreo hace distinción de caballos de conformación pesada o ligera. Tiro obtenía de Armenia “caballos de tiro y de silla,” Ezeq. 27:14. En Joel 2:4, léase “como caballos de silla . . . corren.” En Isaí. 21:7, léase “una tropa de hombres de a caballo marchando de dos en dos,” al describirse la marcha ordenada de la caballería persa, vers. 2, “de dos en dos” como Jenofante nos dice. En 1 Reyes 4:26, léase “4,000 caballos de tiro y 12,000 de silla;” habiendo probablemente error del copista al decir 40,000. Compare 2 Crón. 9:25. Se habla de bestias de carga en 1 Reyes 4:28, refiriéndose probablemente al dromedario de que se trata en Ester 8:10, 14, y en Miq. 1:13, en que se les atribuye ligereza. En los trabajos de agricultura aparece el caballo en Isaí. 28:28, diciéndose que el trigo y la cebada se trillaban haciendo andar los caballos por sobre el trigo. Se menciona el uso de los caballos en la locomoción, Isaí. 66:20; Jer. 17:25; 22:4, empleándose ordinariamente sólo por príncipes y hombres grandes, Eccl. 10:7. Los caballos simbolizan las potestades angélicas, 2 Reyes 2:11; 6:15-17; y bajo diferentes colores, diferentes dispensaciones de Dios, Zac. 1:8-11; 6:2-8; Apoc. 6:2-8. Un caballo blanco indicaba victoria, Apoc. 6:2; 19:11, 14. Actualmente se usan los caballos en Palestina, en los viajes, pero no en la agricultura.

CABAÑA, abrigo o asilo, hecho general mente de palos clavados en el suelo, y cubiertos con ramas de árboles, Gén. 33:18; Job 27:18. La gran fiesta de los Tabernáculos o las cabañas, traía su nombre de la circunstancia de que a los judíos se les ordenaba por la ley, que habitasen en cabañas durante los siete días de esta fiesta, Lev. 23:40-42; Neh. 8:14. Véanse Tabernáculo y Jardín.

CABO, una medida hebrea equivalente a la sexta parte de un seah y a la décima-octava parte de un efa. Un cabo contenía como un cuartillo y dos pintas, medida de líquidos, y un cuartillo y cinco sextos de una pinta, medida de áridos.

CABRAS, formaban una parte importante de la riqueza pastoral del Oriente, Gén. 15:9; 27:9; 30; 31; 32:14; 37:31; y eran criadas por los Israelitas en Canaán y en Egipto, Exod. 12:5; 1 Sam. 25:2; y por las tribus nómades de sus cercanías, 2 Crón. 17:11; Ezeq. 27:21. Eran consideradas como limpias para los sacrificios, Exod. 12:13; Lev. 3:12; Núm. 15:27; y su leche y los cabritos se usaban mucho como alimento, Deut. 14:4; Jueces 6:19; Prov. 27:27; Luc. 15:29. Los botellones de cuero se construían de piel de cabra. También se usaban para paños de los amasadores, Exod. 12:34; y para vestidos comunes de los pobres, ascéticos, llorones, y profetas, 1 Reyes 21:27; Isaí. 20:2; Heb. 11:37; Apoc. 6:12; y su pelo se tejía para hacer vestidos exteriores, y la tela común con que se cubría las tiendas, Exod. 26:7; 35:6; Cant. 1:8, siendo especialmente fina la usada para cubrir el tabernáculo, Exod. 25:4; 35:26. Varias clases de cabras se criaban en Palestina; unas tenían el pelo largo y sedoso, como las de Angora, Cant. 4:1; 6:5, y otras se distinguían por sus orejas largas y anchas. A estas últimas se hace probablemente referencia en Amós 3:12, y son todavía las cabras comunes de Palestina. En muchos sacrificios las cabras y los cabritos eran tan aceptables como las ovejas y los corderos. Para uno de los sacrificios en el Día de la Expiación, tenían que usarse exclusivamente cabras, Lev. 16:5-28. Véase Expiación. Un cabrito era la ofrenda que por el pecado se presentaba en muchas ocasiones, Núm. 28:11-31; 29:1-38. El macho cabrío, guía del rebaño, Prov. 30:31; Jer. 50:8, significa guía en la maldad, Isaí. 14:9; Zac. 10:3. Compare Ezeq. 34:17; Mat. 25:32, 33. *Sa-ir*, el macho cabrío velludo para el sacrificio por los pecados, Lev. 9:15; Ezeq. 43:25, se traduce “velloso” en Gén. 27:11,23; “demonios” en Lev. 17:7; 2 Crón. 11:15; “peludos” en Isaí. 13:21; 34:14 [en versiones antiguas]. Un macho cabrío con un cuerno era símbolo reconocido del Imperio de Macedonia, Dan. 8:5. Véase Cabras Montesés.

Cabras Montesés, se mencionan en 1 Sam. 24:2; Salm. 104:18. Esta es, sin duda, el Ibex árabe, animal grande y vigoroso que se halla todavía en las montañas de la península del Sinaí y al este y al sur del Mar Muerto. Estas cabras son muy parecidas a las gamuzas de los Alpes. Andan paciendo en manadas de veinte a cuarenta, con una de ellas que hace de centinela. A la menor alarma se ponen en movimiento en el instante, precipitándose sin temor sobre las rocas, y dejándose caer sobre los cuernos desde grande altura, sin lastimarse. Sus cuernos tienen dos o tres pies de largo, y se usan como botellas por los Árabes, quienes los venden también para mangos de cuchillos, etc.

Para Chivo de Escape, véase Expiación.

CABRITO, la cría de la cabra, Núm. 15:11; 1 Reyes 20:27; Cant. 1:8, es todavía un manjar favorito de los Árabes, lo mismo que antiguamente lo era entre los judíos, Luc. 15:29, y se usaba en los sacrificios. Núm. 7:16, etc.; Lev. 4:23, 28; 9:3; 16:5; 23:19, etc. Véase Cabras.

CABSEEL, *recogido por Dios*, una ciudad de Simeón hacia Edom y el Mar Muerto, Josué 15:21, en donde nació Benaía, 2 Sam. 23:30; después de la cautividad, Jecabseel, Neh. 11:25. Robinson halla un sitio para ella en un manantial de Wady el-Kuseib, que corre dirigiéndose al norte al Arabah, varias millas al sur del Mar Muerto.

CABUL, probablemente *desagradable*, l., nombre dado por Hiram rey de Tiro, a un distrito que estaba en la parte Noroeste de Galilea, y que contenía veinte ciudades que Salomón le dio por su cooperación en la construcción del templo, 1 Reyes 9:13; implicando este nombre lo descontento que quedó con este dón.

II. Una ciudad de Aser, ocho o nueve millas al este de Akka o Acre, Jos. 19:27.

CADEMOT, *principios*, ciudad levítica y terreno de pasto, Deut. 2:26, en Rubén, Jos. 13:18; 21:37; 1 Crón. 6:79. Quedaba al Norte de Arnón en la frontera de Sihón rey de Hesbón, a quien Moisés envió una embajada de paz.

CADENAS, de hierro o de cobre, eran grillos o esposas, Jueces 16:21; 2 Sam. 3:34; 2 Reyes 25:7; Hechos 12:6, 7. Las cadenas de oro se usaban por las mujeres como adorno, Cant. 1:10; 4:9; y también por los hombres, Núm. 31:50; Prov. 1:9; pero especialmente como divisas oficiales honoríficas, Gén. 41:42; Dan. 5:16; Ezeq. 16:11. Formaban parte del mueblaje del templo y del vestido sacerdotal, Exod. 28; 2 Crón. 3.

CADES, *santo*, o Cades-barnea, llamada también En-mispat, Gén. 14:7; Ezeq. 47:19, el nombre de una fuente, una ciudad y el desierto que la rodea, Salm. 29:8, en el límite meridional de la tierra prometida, Jos. 15:3, 23. Se dice en Núm. 20:16 que se hallaba “en el extremo de los confines de Edom,” y se cree generalmente que estaba situada cerca del gran valle el-Arabah, al sur del Mar Muerto. El Dr. Robinson halló un lugar de baños, “Ain el Weibeh,” que en su concepto correspondía bien a las indicaciones de las Escrituras, en la frontera occidental de el-Arabah, como a 27 millas del Mar Muerto. Algunos viajeros más modernos, sin embargo, le dan a Edom hacia el Oeste una extensión que incluye “el monte de los Amorreos,” Deut. 1:19, y encuentran a Cades en “Ain el Kadeis” unas sesenta millas al sudoeste del Mar Muerto y al sudeste del Mediterráneo. Estaba en la frontera del desierto de Parán y en la de Zin, Núm. 13:26; 32:8; Jos. 15:1-3. La Escritura menciona dos periodos en que Cades fue visitada por los Israelitas en sus peregrinaciones: una vez en el año siguiente al en que dejaron al Monte Sinaí, y otra 37 años después. En la primera visita tuvo lugar la misión y el regreso de los doce espías, la rebelión del pueblo, y un esfuerzo temerario para entrar a Canaán por el paso de Safat inmediatamente al norte de Cades, Núm. 13, 14. Puede haber sido su cuartel general durante los 37 años que permanecieron en el desierto. En su segunda visita ocurrió la muerte de Miriam o María, las quejas del pueblo por el agua, la milagrosa provisión de ella, el pecado de Aarón y de Moisés golpeando la roca, y la infructuosa petición de pasaje al través de Edom, Núm. 20:1-22. El límite meridional de Judá llegaba hasta Cades-Barnea, Jos. 12:22; 15:3.

CADMIEL, *ante Dios*, levita que volvió a Jerusalén con Zorobabel y tomó parte en la reedificación, confesión y alianza, Esdr. 2:40; 3:9; Neh. 7:43; 9:4, 5; 10:9; 12:8.

CAFTORIM, descendientes de Mizraim, de la familia de los Casluhim, cerca de los cuales tuvieron origen, probablemente en la costa noreste del África. Estos dos pueblos se mencionan como antepasados de los Filisteos, Gén. 10:14; Deut. 2:23; Amós 9:7; y es probable que una colonia formada de ambos haya expulsado a los Avim del país que queda en la costa sudeste del Mediterráneo, y la haya ocupado bajo el nombre de Filisteos, que generalmente se conviene en que significa extranjeros. Allí estaban en el tiempo de Abraham; pero no hay acuerdo respecto de la opinión de si fue de Egipto, de Chipre, de Creta o de Capadocia de donde vinieron directamente.

CAIFÁS, *depresión*, sumo-pontífice de los judíos, 25 a 36 A. D. Era Saduceo y enemigo encarnizado de Cristo. En su palacio se congregaron los sacerdotes, etc., después de la resurrección de Lázaro, para tramar la muerte del Salvador, temiendo que todo el pueblo creyese en él. En una de estas reuniones, Juan 11:47-54, Caifás aconsejó la muerte de Cristo como conveniente para la salvación política de la nación; y sus palabras fueron, sin que él lo supiera, una inspirada predicción de la salvación del mundo perdido. Estos complots contra Cristo, Mat. 26:1-5 1 Mar. 14:1; Luc. 22:2, dieron por resultado su captura, y fue conducido primero ante Anás, anteriormente Sumo-Pontífice, y éste lo envió a donde su

verno Caifás. Véase Anas. Caifás examinó a Cristo antes de reunirse el Sanhedrin, después de lo cual continuó el juicio, y Cristo fue condenado, escarnecido y traspasado a Pilato para pronunciar su sentencia y ejecutarla, Mat. 26:57-68; Mar. 14:53-72; Luc. 22:54-71; Juan 18:13-27. No contentos con conseguir la muerte del Salvador, Caifás y sus amigos persiguieron violentamente a sus discípulos, Hechos 4:1-6; 5:17, 33. Pero algunos años después de la ascensión de Cristo, y poco después de la degradación de Pilato, Caifás también fue depuesto de su cargo por el Procónsul Romano Vitelio. Como Balaam en el Antiguo Testamento, Caifás presenta un triste ejemplo de resistencia a la luz, de abuso de sus privilegios, de su posición y de las oportunidades que se le presentaban, y de palabras proféticas relativas a Cristo, unido todo a una vida de infidelidad y de crímenes, y a una muerte espantosa.

CAÍN, *posesión*, el primogénito de la raza humana, Gén. 4:1, agricultor y primer homicida. Véase Abel. Su crimen fue cometido contra las amonestaciones de Dios, y despreció el llamamiento que Dios le hizo para que lo confesase y lo purgara con la penitencia, Gén. 4:6-9. Su castigo comprendió el aumento de necesidades físicas y de penalidades, intranquilidad de la conciencia, desprecio y segregación de la sociedad, y pérdida de la presencia y del favor manifiestos de Dios, Gén. 4:16. Pero Dios mezcló la misericordia con el juicio, y le dio a Caín signos que significaban la seguridad de que no sufriría la pena de muerte en que había incurrido, a manos de los hombres, porque solamente Dios era su juez. Él se retiró a la tierra de Nod, al este de Edén, y edificó una morada fija que llamó Enoc, nombre de uno de sus hijos. Heb. 11:4; 1 Juan 3:12; Judas II.

CAINÁN, o KENÁN, *poseedor*, I., hijo de Enos y padre de Mahalaleel, Gén. 5:9; 1 Crón. 1:2. Vivió hasta la edad de 910 años.

II. Hijo de Arfaxad y padre de Sala, Luc. 3:36. No se menciona en las tres genealogías del Antiguo Testamento, Gén. 10:24; 11:12; 1 Crón. 1:24, ni en la mayor parte de las versiones antiguas; pero en la Septuaginta se encuentra en los dos pasajes citados del Génesis, y fue tal vez copiado de allí por Lucas.

CAL, era bien conocida en los tiempos bíblicos, Lev. 14:42, 45, y se quemaba en un horno con espinas para hacer yeso, Isaí. 33:12. El rey de Moab hizo lo mismo con los huesos del rey de Edom, Amós 2:1. Todavía se encuentran en Egipto después de 3,000 años, claras y frescas inscripciones hechas sobre las rocas, con cal, Deut. 27:2-4, o sobre las mismas rocas enyesadas y pintadas luego.

CALA, ancianidad, ciudad muy antigua de Asiria, edificada por Asur o por Nimrod, Gén. 10:11, 12. Quedaba situada a alguna distancia de Nínive, y Resen se hallaba entre ésta y aquella. Se cree por Porter y Kalisch que es el lugar llamado actualmente Kaleh-Sherghat, en la margen occidental del Tigris, sesenta millas al sur de Nínive. Allí han sido desenterrados algunos de los monumentos asirios más antiguos descubiertos hasta el presente, y el nombre de Asur figura entre las inscripciones. Fue la capital del reino de Asiria durante muchos años, antes de que Nínive lo fuera.

CALABACERA. Se ha supuesto que la calabacera de Jonás era el *Ricinus Communis*, o planta de castor. Crece en el Oriente con gran rapidez, alcanzando una altura de 8 a 12 pies, y hay una especie de esta planta que crece aún mucho más. Sus hojas son grandes, y tienen seis o siete divisiones, como de una mano con los dedos extendidos, de donde le ha venido el nombre de *Palma Christi*. Desde que se sabe, sin embargo, que en las cercanías de la antigua Nínive se hace extender una planta de la especie de la calabacera sobre las construcciones de barro y ramas para formar chozas en que los jardineros puedan ponerse a cubierto de los terribles rayos del sol asiático, se ha palpado en cierto modo que esta planta llamada en árabe kera es la verdadera calabacera de Jonás. Si a la expresión que “nació en una noche,” Jonás 4:10, debiera dársele un sentido literal, indicaría que Dios “preparó” la calabacera, ver. 6,

apresurando milagrosamente su natural crecimiento. La calabacera oriental crece rápidamente, forma una densa sombra, florece mejor en un calor excesivo, y pronto se marchita si se le maltrata.

La calabaza silvestre es una planta venenosa que se conjetura significa la Coloquintida, la cual tiene una forma parecida a la del pepino, con varias ramas, y da un fruto del tamaño y del color de una naranja, de cáscara dura y leñosa, dentro de la cual se halla la carne o pulpa blanca, sumamente amarga y violentamente purgante, 2 Reyes 4:39. Era agradable a la vista, y se tomó como modelo para los adornos realizados, fundidos y entallados del templo de Salomón, 1 Reyes 6:18; 7:24.

CALAMÓN, *ave inmundada*, Lev. 11:18; Deut. 14:17, el buitre egipcio que todavía se encuentra en las antiguas tierras bíblicas, como del tamaño de un cuervo, sucio en sus costumbres y desagradable a la vista y al olfato, pero muy útil como ave de rapiña devoradora de inmundicias, y por eso en Egipto está libre de persecuciones y se le ha consagrado a Isis. Véase Buitre.

CALCEDONIA, piedra preciosa parecida a la ágata; de varios colores, pero principalmente de un pardo claro o azul, Apoc. 21:19. Ha recibido su nombre de Calcedón, población de Bitinia que se halla frente a Constantinopla; y se usa mucho para hacer copas, vasos, y otros artículos de gusto.

CALDEA, país del Asia cuya capital en su sentido más amplio era Babilonia. Era en un principio de pequeña extensión; pero habiéndose ensanchado luego mucho el Imperio, se toma el nombre en general en un sentido más extenso, e incluye a todo el país de Babilonia, palabra que debe verse en este libro.

CALDEOS. Este nombre se ha tomado, 1. del pueblo de Caldea, y en general de los súbditos de ese Imperio. 2. Se aplica a los filósofos, naturalistas o agoreros que se empleaban principalmente en el estudio de las matemáticas y de la astrología, con que pretendían predecir el destino de los hombres nacidos bajo ciertas constelaciones.

Los Caldeos eran primitivamente un pueblo belicoso, de origen y de lengua cusita, que habitaba en la parte sur de la llanura de Sinar, Job 1:17. Como los monarcas asirios extendieron sus conquistas hacia el Oeste, los Caldeos llegaron también a estar bajo su dominio. El profeta Habacuc, que probablemente vivió hacia la época en que los guerreros caldeos hicieron sus primeras incursiones en Palestina o las regiones adyacentes, hace de ellos una descripción gráfica, muy al vivo, Hab. 1:6-11. En el reinado del rey Ezequías 713 A. C., se menciona un rey de Babilonia, el primero de quien se nos habla después de Nimrod y de Amrafel. Después de un transcurso de 100 años, encontramos a los Caldeos en posesión del reino de Babilonia. El primer soberano de esta nueva línea que aparece en la historia, fue Nabopolassar. Su hijo Nabucodonosor invadió a Palestina, según lo habían predicho Jeremías y Habacuc, Esdr. 3:12; Jer. 39:5. Le sucedió su hijo Evil-Merodac, 2 Reyes 25:27; Jer. 52:31. Después de él vinieron en sucesión rápida Neriglissar, Laborosoarchod y Nabonne-dus con Belsasar, bajo cuyo gobierno este Imperio fue absorbido por el Medo-Persa. La dinastía Caldeo-Babilónica continuó probablemente por un periodo que no alcanzó a 200 años. Véase Babilonia.

Los antiguos Caldeos parece que conservaron su antigua lengua cusita para tratar asuntos científicos, y cuando se refundieron con los Babilonios y los Asirios formaron la clase docta y sacerdotal. Como tales se habla de ellos en Dan. 1:4; 2:1-12.

CALEB, *perro*, l., hijo de Jefone, de la tribu de Judá, que fue enviado con un hombre de cada una de las otras tribus, a reconocer la tierra prometida, Núm. 13; 14. 1491 A. C. De entre los doce, sólo Caleb y

Josué se condujeron como hombres verídicos y fieles, y sólo a ellos, con exclusión de los demás guerreros de Israel, se les permitió entrar a Canaán, Núm. 14:6-24, 38; 26:65. Fue uno de los príncipes designados para dividir el territorio con quistado entre las tribus, Núm. 34:19. Hebrón le fue dada como recompensa por su fidelidad, según la promesa de Dios, Deut. 1:36; Jos. 14. Aunque tenía 85 años de edad, conservaba todavía su vigor, y arrojó en breve a los Anaqueos de su heredad. Dio una parte también de ella, juntamente con su hija Axa, a su sobrino Otniel que había ganado esta recompensa por su valor en la captura de Debir, Jos. 15:13-19; 21:12. A esta región se le dio por algún tiempo el nombre de Caleb, 1 Sam. 30:14, y estaba entre Hebrón y el Carmelo, en la parte sur de Judá.

II. Hijo de Hur, cuyos hijos poblaron el país que queda a inmediaciones de Belén, etc. 1 Crón. 2:50-55.

CALLES y CALLEJUELAS. Una palabra hebrea y otra griega, traducidas “calle” en Luc. 14:21; Mat. 6:5; Lam. 2:19; Miq. 7:10; Hechos 12:10; y “plaza” en Gén. 19:2; Jueces 19:15; 2 Sam. 21:12; Luc. 13:26; Deut. 13:16; Esdr. 10:9; Neh. 8:1, 3, 16; Ester 4:6; Job 29:7; Jer. 5:1, y Apoc. 21:21; y “camino” en 1 Sam. 4:13, denotan, como se deduce de los pasajes citados, una vía pública, ancha, y en ocasiones un ancho espacio abierto cerca de la puerta de una ciudad, o al frente de un edificio público. En ellas eligiendo de preferencia sus puntos prominentes y las esquinas, la gente, a estilo de los Turcos de ahora, se recreaba tendiendo sus tapetes o pedazos de alfombra, para sentarse; y allí a la hora de la oración se entregaban a sus ejercicios devotos. Pero la mayor parte de las calles en las mejores ciudades orientales son ahora, como en los tiempos antiguos, angostas, para dar sombra que proteja contra los rayos abrasadores del sol; desparejas con motivo de lo sinuoso de su suelo y el poco uso de los carruajes; y sombrías por no usarse el alumbrado de ellas por la noche, y porque las paredes de las casas carecen casi por completo de ventanas por el lado que da a la calle. Josefo dice que las calles de Jerusalén estaban empedradas, como las de la Jerusalén profética. Las calles tenían algunas veces nombres como las nuestras, y algunas de ellas se parecían a los Bazares de las ciudades orientales modernas, hallándose en la misma calle las tiendas de un mismo negocio, que les daba su nombre, Neh. 3:31, 32, como la “calle de los panaderos,” Jer. 37:21, y “el valle de los queseros y se hicieron calles para los comerciantes, 1 Reyes 20:34. En las ciudades modernas, las calles tienen puertas que se cierran y se resguardan por la noche como en los tiempos antiguos, Cant. 3:3. La calle de Damasco llamada “la Recta,” Hechos 9:11, parece que era angosta en los tiempos antiguos, como lo es ahora, pero en la época de los Romanos era ancha y estaba dividida por columnatas en tres avenidas de una milla de largo, que atravesaban la ciudad. Véase Casa.

CALNEH, llamada también Calno, Isaí. 10:9, y Canneh, Ezeq. 27:23, una de las ciudades de Nimrod, Gén. 10:10, llamada después Ctesifón; se hallaba en la margen oriental del Tigris, frente a Seleucia, y veinte millas abajo de Bagdad. Ctesifón era residencia de invierno de los reyes partos. No quedan ahora más que las ruinas de un palacio, y montones de escombros. Rawlinson, sin embargo, sitúa a Calneh en Niffer, en la margen oriental del Eufrates, sesenta millas al sudeste de Babilonia, punto donde existió alguna población importante.

CALVARIO, Luc. 23:33, en Hebreo Gólgota, lugar de una calavera, sitio en que nuestro Salvador fue crucificado, cerca de Jerusalén, Juan 19:20, pero afuera de sus murallas, Mat. 27:33; Mar. 15:22; Juan 19:17; Heb. 13:12. En el mismo lugar había un jardín privado y un sepulcro en que estuvo tendido el cuerpo de Jesucristo hasta su resurrección, Juan 19:41, 42. La expresión “Monte Calvario,” no tiene razón de peso que la apoye, si no es la que se implica en el nombre Gólgota, que bien pudo haberse dado a una ligera elevación con la forma de la parte superior de un cráneo, y la probabilidad de que tal lugar haya sido elegido para la crucifixión. Es muy dudoso que las verdaderas localidades del Calvario y del sepulcro sean las cubiertas por la actual “Iglesia del Santo Sepulcro,” que es un vasto edificio hecho

al norte del Monte Zión, dentro de la ciudad moderna, construido en el sitio que se fijó 335 A. D. por la Emperatriz Elena, siguiendo en esto la tradición y atendiendo a un pretendido milagro. Algunos geógrafos bíblicos se adhieren a esta opinión respecto de la localidad; pero Robinson y otros muchos se oponen abiertamente a ella por ser débil el fundamento de la tradición, y por ser difícil suponer que este lugar haya estado fuera de las murallas antiguas. Véase Jerusalén. El Dr. Fisk, cuando visitó este lugar con el deseo natural de establecer la identidad del teatro de estos sacratísimos acontecimientos, juzgó que estaba en lo posible, y eso fue todo, que el punto que se le mostró fuese el sitio real de la crucifixión; que la roca que se le señaló fuese una parte de la roca partida por el terremoto; que la columna de piedra que vio medio oculta por un enrejado de hierro, fuese aquella en que nuestro Señor estuvo atado cuando lo azotaron; que el pequeño fragmento de piedra tosca, visto a la luz de un pequeño cirio al través de una especie de filigrana de hierro, fuese la piedra en que se sentó cuando lo coronaron con espinas; que el sitio colmado de lámparas, y cubierto con un sarcófago de mármol blanco, con una estructura en forma de cúpula en el centro, fuese el del sepulcro y la resurrección de nuestro Señor; pero cuando vio la inmediata yuxtaposición de todas estas cosas, y conoció que para facilitar la construcción de la iglesia el lugar tuvo que ser cortado y nivelado; cuando reflexionó que allí mismo se levantaba un templo pagano hasta que la emperatriz Elena lo quitó de allí para hacerle lugar a esta iglesia; y más que todo, cuando consideró el designio supersticioso a que todas estas cosas iban a servir, y el espíritu de la iglesia que de tal modo hacía alarde de estos objetos de curiosidad, no pudo adquirir la persuasión de que eran realmente lo que pretendían. Vivamos reconocidos siquiera por el hecho de que aunque el lugar exacto de la muerte de Cristo nos es ahora desconocido, no queda duda alguna en cuanto al hecho; “Él murió y fue sepultado, y al tercer día resucitó de entre los muertos, según las Escrituras,” 1 Cor. 15:3, 4. Entonces pasó el rito antiguo, Satanás fue despojado, el hombre redimido, Dios reconciliado, y el cielo abierto a todos los creyentes. Véase Resurrección.

CALVICIE, Era costumbre cortarse el pelo o rasurarse la cabeza, en manifestación de duelo por muerte de un pariente, Job 1:20; Jer. 16:6. Esto se prohibió a los Israelitas por ser costumbre pagana, Deut. 14:1; con todo, continuó marcando el término del voto de un Nazareo, Núm. 6:2, 18; Hechos 21:24. La calvicie era tratada con desprecio, porque exponía al hombre calvo a ser sospechado de leproso. El grito de los muchachos de Betel que iban tras de Eliseo, diciéndole, “¡Sube calvo, sube salvo!” 2 Reyes 2:23, indicaba gran desprecio hacia él como profeta del Señor, y al mismo tiempo una mofa hecha al milagro de la ascensión de Elías.

CAM o CHAM, *caliente, quemado por el sol*, l., hijo de Noé, Gén. 5:32; 7:13; 9:18; 10:1. Su nombre puede referirse proféticamente al ardiente territorio de sus descendientes. Compare Gén. 5:29. La impiedad revelada en su conducta para con su padre, atrajo sobre él, o más bien dicho, según la relación bíblica, sobre su hijo Canaán, una maldición profética, Gén. 9:20-27. Cam fue el padre de Cus, Mizraim, Fut y Canaán, esto es, el antecesor de los Cananeos, de los Árabes del sur, de los Etiópes, los Egipcios y los Africanos en general, Gén. 10:6-20. Un Cusita descendiente de Cam se menciona como fundador de Babilonia, Gén. 10:8-10, aserto confirmado por los monumentos babilónicos más antiguos, cuyas inscripciones están en lengua Cusita.

II. Nombre poético dado a Egipto, Salm. 78:51; 106:22, primera habitación civilizada de los Camitas.

III. 1 Crón. 4:40, probablemente los Filisteos como descendientes de Cam por Mizraim, Gén. 10:14.

CAMA, en el Oriente es, y era antiguamente, un diván, o un peldaño ancho y bajo formado alrededor de una pieza, a manera de un sofá de poca altura, que servía de canapé para reclinarse durante el día, y de cama para dormir por la noche, Exod. 8:3; 2 Sam. 4:5-7. Estaba provista de almohadas, 1 Sam. 19:13.

Algunas veces quedaba a algunos pies de elevación sobre el suelo, 2 Reyes 1:4; Salm. 132:3. Se le cubría de diversos modos y con más o menos adornos, según la categoría del propietario de la casa. Los pobres tenían solamente un simple colchón o zalea, o una capa o frazada, que también les servía para abrigarse durante el día, Exod. 22:27; Deut. 24:13. Es así que les era fácil a las personas a quienes Jesús curaba, tomar sus camas y andar con ellas, Mar. 4:21. Los catres o armazones de cama no eran sin embargo desconocidos, aunque diferían de los de los tiempos modernos. Véanse Deut. 3:11; 1 Sam. 19:15; Ester 1:6; 7:8; Amós 6:4. Los judíos se quitaban las sandalias y la ropa exterior sólo para dormir. Los dormitorios para las mujeres eran las piezas más retiradas de la casa, Exod. 8:3; 2 Reyes 6:12.

CAMALEÓN, llamado en Luc. 11:30, lagarto, es una especie de lagartija, de una piel como la del tiburón. Su cuerpo es de unas seis pulgadas de largo; cada pata tiene cinco dedos, dispuestos como dos pulgares al frente de los otros tres dedos. Sus ojos se mueven hacia atrás o hacia adelante, independientes el uno del otro. Se alimenta de moscas que atrapa lanzando sobre ellas como dardo su lengua larga y viscosa. Tiene la facultad de inflarse de aire cuando quiere, cambiando así su color, desde el gris que le es ordinario, hasta el verde, púrpura, y aun negro cuando se encoleriza.

CÁMARA o APOSENTO, véase Casa. La palabra aposento denota algunas veces las constelaciones o regiones del cielo, Salm. 104:3, 13. Para comprender el sentido de “cámaras pintadas,” Ezeq. 8:12, véase Nínive.

CAMARERO, 2 Reyes 23:11, empleado encargado de los aposentos del rey, y de su guarda-ropa. En las cortes orientales los eunucos eran los que generalmente desempeñaban este cargo, Ester 1:10, 12, 15. En Hechos 12:20, se aplica a un empleado que gozaba de la mayor confianza del rey.

CAMELLO, *portador*, bestia de carga muy común en el Oriente, en donde se le llama “buque de tierra,” y “portador del desierto.” Tiene de seis a siete pies de altura, y es extraordinariamente fuerte, vigoroso y resistente para el trabajo. Tiene las patas provistas de una suela elástica y correosa, que impide que el animal se sumerja en la arena, y en toda clase de terrenos pisa con mucha firmeza. La especie propia de la Arabia, a la que más comúnmente se hace referencia en la Escritura, no tiene más que una joroba en la espalda, mientras que el camello Bactriano, que se halla en el Asia Central, tiene dos. Cuando el animal está bien alimentado, estas jorobas crecen con la gordura que en ellas se acumula, gordura que va absorbiéndose gradualmente cuando el animal come mal y trabaja mucho sufriendo de ese modo la falta de alimento.

El dromedario es de una familia más veloz y ligera, única cosa que lo distingue del camello común, Isaí. 60:6; Jer. 2:23. No puede caminar más de ocho o nueve millas por hora, pero puede sostener ese paso durante muchas horas consecutivas.

Dentro de la cavidad del estómago del camello hay una especie de panza, provista de vejigas membranosas para contener una provisión suplementaria de agua; la cantidad con que ésta se llena puede durarle para muchos días mientras atraviesa el desierto. Su alimento se compone de hojas ásperas, retoños de árboles y cardos silvestres, que prefiere a la yerba más tierna, y con el cual lleva a cabo las más largas expediciones; pero generalmente, de viaje con una libra de dátiles, frijoles o cebada, tiene para 24 horas. El camello se hinca para recibir su carga, que varía de 500 a 1,000 o 1,200 libras. Mientras tanto acostumbra lanzar agudos gritos o gruñidos de cólera e impaciencia. Aunque generalmente dócil, a menudo es obstinado e engreído, y a veces feroz; los camellos jóvenes son tan lerdos y sin gracia como los viejos. El camino que por término medio hace un camello ordinario, es como de dos millas y tercia por hora; y trotea con monótona pertinacia hora tras hora, sin fatigarse,

pareciendo tan fresco en la noche como en la mañana. Ningún otro animal podría soportar los severos y continuos trabajos del camello, el mal trato que se le da, y un alimento tan escaso y ordinario. Los Árabes dicen con razón de él, “La bestia de Job es un monumento de la misericordia de Dios.”

Este útil animal ha sido muy usado en el Oriente desde la época más remota, Gén. 12:16; Exod. 9:3. Los comerciantes de aquellos climas calurosos han hallado que es el único medio con que cuentan para cambiar los productos de diferentes tierras, y desde tiempo inmemorial grandes caravanas han atravesado año tras año los desiertos casi intransitables, Gén. 37:25. El número de camellos que poseía uno era señal de su riqueza. Job tenía 3,000, y los de los Madianitas eran como la arena del mar, Jueces 7:12; 1 Crón. 5:21; Job 1:3. Rebeca hizo el viaje a la casa de Isaac en camello, Gén. 24:64; la reina de Seba le llevó a Salomón, y Hazael a Eliseo, camellos cargados de los más escogidos presentes, 1 Reyes 10:2; 2 Reyes 8:9. Los Cusitas Etíopes los tenían en abundancia, 2 Crón. 14:15, y se utilizaban aun en la guerra, 1 Sam. 30:17. El camello era para los Hebreos un animal inmundo porque “no tiene pezuña hendida,” Lev. 11:4; con todo, su leche ha sido siempre para los Árabes un importante artículo de alimentación, y es altamente apreciada como bebida fresca y saludable. A la verdad, ningún animal les es más útil a los Árabes, no sólo vivo, sino aun después de muerto. Su carne es áspera y ordinaria, pero no del todo desagradable, especialmente cuando el animal es joven y está bien alimentado. De su pelo se fabrican alfombras, telas para tiendas, y sacos para el grano. De su cuero se hacen grandes odres para agua, y costales, así como también sandalias, sogas y coyundas. Su estiércol, secado al sol, les sirve de combustible.

Del pelo de camello se tejía paño en el Oriente, distinguiéndose alguno por su finura y suavidad, pero resultando generalmente burdo y áspero, usado para los vestidos de los pastores y de los arrieros, y para cubrir las tiendas. Este era el que Juan el Bautista usaba y no “vestidos delicados,” Mat. 3:4; 11:8. Los dervises modernos usan trajes de esta especie, y parece que a esto es a lo que se hace alusión en 2 Reyes 1:8; Zac. 13:4.

La expresión “es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja,” etc., Mat. 19:24, era un refrán para describir un imposible. La misma frase se encuentra en el Corán; y una semejante en el Talmud, respecto de que un elefante pase por el ojo de una aguja. Véase también el refrán que está en Mat. 23:24, el cual ejemplifica la hipocresía de los Fariseos, refiriéndose a la costumbre de pasar el vino por una coladera.

CAMINO, o JORNADA, DE DÍA DOMINGO, entre los judíos, parece haberse considerado como de siete estadios, o casi una milla, Mat. 24:20; Hechos 1:12. La jornada que se hace en un día ordinario es de 15 a 20 millas, descansando un poco a la mitad del día. Las personas que emprenden un viaje en el Oriente generalmente hacen a corta distancia su primera parada, para poder más fácilmente enviar al punto de donde salieron por algo que puedan haber olvidado, o por provisiones. Esto puede aplicarse tal vez a la “jornada de un día” de los padres de Jesús, mencionada en Luc. 2:44.

Para los viajes de los Israelitas, véase Éxodo y Peregrinaciones.

“Andar” muchas veces significa el modo o forma de la vida religiosa, como la de los gentiles, Jer. 10:2; Amós 8:14, o la que Dios manda que llevemos, Salm. 67:2; Jer. 5:5. En el Nuevo Testamento, a menudo significa el nuevo sistema de fe y práctica enseñado por Cristo, Hechos 9:2; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22. “Andad,” Luc. 10:3. Compare Gén. 19:2; Juan 11:46; Sant. 1:24.

CAMINOS REALES. Antiguamente Palestina debe haber tenido caminos practicables para vehículos, puesto que se usaban carretas y carros, Gén. 46:5; Jos. 17:16; Jueces 4:13; 2 Reyes 10:16; Hechos 8:28. Todavía quedan vestigios de los caminos romanos; pero actualmente aun las rutas más importantes son apenas veredas sinuosas para el paso de las bestias de carga, que comúnmente caminan desfilando una a una. Veá Vallado. En Mat. 22:9, léase “las encrucijadas de los caminos reales.”

CAMPANAS. Las direcciones dadas en Exod. 28:33-35, recordaban tanto al Sumo-Sacerdote como a todos los presentes, que debían poner todo su corazón y toda su alma en el culto rendido a Dios. Las campanillas, castañuelas, etc., se usaban mucho, y aún se usan en el Oriente. En los últimos tiempos todas las posesiones y los placeres del hombre tendrán que conformarse con la voluntad de Dios, Zac. 14:20.

CAMPO, CAMPAMENTO. El primero de estos términos significa a menudo terreno cultivado, pero no cercado, puesto en contraste con el desierto, Gén. 33:19; 36:35, y con un viñedo, Núm. 22:23, 24, o una ciudad, Deut. 28:3, 16. Sus límites se señalaban con piedras, y quitarlas era un gran crimen, Deut. 27:17. Los campos eran a menudo atravesados por caminos públicos, Luc. 6:1, y estaban muy expuestos a la invasión de ellos por ganado extraviado, por lo cual se necesitaba constante vigilancia, Exod. 22:5.

Los términos campo y campamento se refieren usualmente a los movimientos de los Israelitas entre Egipto y Canaán; y varios pasajes de la ley levítica tratan de las cosas hechas “dentro” o “fuera del campo,” Lev. 10:4, 5; 14:3; 24:14. Compare Juan 19:17, 20; Heb. 15:11-13. La masa del pueblo se componía de 600,000 hombres aguerridos, además de las mujeres y los niños, Núm. 1:2; y estaba dispuesta en cuatro grandes batallones arreglados de manera que fuera el tabernáculo encerrado en un cuadro, y cada uno de los batallones bajo una bandera general. En el tabernáculo estaba el arca, con su columna superior de nube y fuego, y a su alrededor las tiendas de los sacerdotes, Núm. 2; 3. El modo como iba dispuesta esta gran masa de gente en un orden, un aséo y una subordinación lo más perfecto, debe causar sorpresa general. Balaam, de pie sobre las alturas de Moab, contempló ese imponente espectáculo con admiración y respeto. “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob! El Señor su Dios está con él,” Núm. 23; 24.

El orden designado para que se movieran las huestes de Israel de un campamento a otro, se detalla en Núm. 9; 10, Los nombres de 41 campamentos se dan en Núm. 33; desde el primero establecido en Rameses, en el mes de Abril, 1491 A. C. hasta el último a orillas del Jordán, 40 años después. Véanse Éxodo y Peregrinaciones.

Los viajeros del desierto escogen un sitio en un terreno elevado, y cerca de una fuente de agua, si es posible, y tenían la costumbre de armar sus tiendas en el centro de un círculo formado por sus camellos y sus cargas, los cuales servían como de barrera contra un asalto. Los ejércitos y las grandes caravanas acampaban del mismo modo, 1 Sam. 17:20; 26:5.

CANÁ, el lugar de nacimiento de Natanael, y la ciudad en que nuestro Señor obró su primer milagro, y desde la cual poco tiempo después le envió una curación milagrosa al hijo del noble en Capernaum, a 18 millas de allí, Juan 2:1-11; 4:46-54; 21:2. Fue llamada Caná de Galilea, ahora Kana-el-Jelil, y quedaba 8 millas al norte de Nazaret. Ésta es la opinión de Robinson. La situación que comúnmente se le da es Kefr Kenna, a más corta distancia de Nazaret. Caná está ahora en ruinas.

CANA, lleno de cañas, I., Josué 16:8; 17:9, arroyo que separaba a Efraín al Sur, de Manasés al Norte. La moderna Wady Kanah, brazo del Nahr-el-Aujeh, parece demasiado lejos al Sur. La Wady Falaik o Khassal,

llena de cañas, es muy pequeña y queda al Oeste de Siquem. Al Norte de este se hallan Nahr Iskanderúneh y Nahr Mefjir, y un brazo de cualquiera de ellos en parte de su extensión, podría bien ser el mismo de que se trata.

II. Ciudad en el límite Noroeste de Aser, Jos. 19:24, 28. Un pueblo llamado Cana se halla todavía 7 u 8 millas al Sudeste de Tiro, con ruinas antiguas a una milla al Norte.

CANAÁN, *bajo*, I., el cuarto hijo de Cam, y nieto de Noé, Gén. 9:18. Su numerosa posteridad parece que ocupó a Sidón primero, y de allí se extendió a la Siria y a Canaán, Gén. 10:15-19; 1 Crón. 1:13-16. Los judíos creen que estaba implicado con su padre en la deshonra causada a Noé, Gén. 9:20-27, que fue lo que motivó la maldición que hizo sufrir a él y a su posteridad, Jos. 9:23, 27; 2 Crón. 8:7, 8.

II. La tierra poblada por Canaán y por su posteridad, y que después se le dio a los Hebreos. Varios nombres se le han dado a este país en diferentes periodos, ya tomándolos de sus habitantes, o ya de algunas circunstancias relacionadas con su historia, (i.) “La tierra de Canaán,” viene de Canaán, el hijo de Cam, que la dividió entre sus once hijos, cada uno de los cuales llegó a ser cabeza de una numerosa tribu, y posteriormente de un distinto pueblo, Gén. 10:15-20; 11:31. Esta no incluía al principio tierra ninguna al este del Jordán, Num. 32:26-32. (2.) “La tierra prometida,” Heb. 11:9, de la promesa hecha a Abraham de que su posteridad la poseería, Gén. 12:7; 13:15. Habiéndose llamado Hebreos éstos, la región en que moraban se llamó (3.) “La tierra de los Hebreos,” Gén. 40:15; y (4.) “La tierra de Israel,” de los Israelitas o de la posteridad de Jacob, que se establecieron allí. Este nombre ocurre con frecuencia en el Antiguo Testamento. Comprende toda la faja de terreno que se halla a uno y otro lado del río Jordán, y que Dios dio por herencia a los Hebreos. En un periodo posterior, este término solio restringirse al territorio ocupado por las diez tribus, Ezeq. 27:17. (5.) “La tierra de Judá.” Ésta al principio comprendía solamente la región que le tocó en suerte a la tribu de Judá. Después de la separación de las diez tribus, las tierras que pertenecían a Judá y a Benjamín, que formaron un reino separado, se distinguieron con el nombre de “La tierra de Judá,” o Judea, conservando este último nombre toda ese territorio durante la existencia del segundo templo y bajo el dominio de los Romanos. (6.) “La Tierra Santa.” Este nombre parece que fue el que los Hebreos le daban después de la cautividad de Babilonia, Zac. 2:13. (7.) “Palestina,” Exod. 15:14, nombre derivado de los Filisteos que emigraron de Egipto, y habiendo expulsado a los primitivos habitantes, se establecieron en las costas del Mediterráneo. Su nombre le fue dado luego a todo el país, aun cuando de hecho sólo poseían una pequeña parte de él. Los escritores paganos han llamado la Tierra Santa indistintamente a Palestina, Siria y Fenicia. Su población en el tiempo de su mayor prosperidad, era de 4 a 5 millones; ahora es sólo de millón y medio. Canaán estaba limitada al oeste por el Mar Mediterráneo; al norte por el Monte Líbano y por Siria; al este por la Arabia Desierta, y al sur por Edom, el desierto de Zin y Parán. Su mayor longitud era de cosa de 180 millas, y su anchura, por término medio, cosa de 60; así contenía 10,000 millas cuadradas, poco más o menos, en diferentes periodos. Su forma general y sus dimensiones las ha comparado con acierto Coleman con las del Estado de New Hampshire en los E. E. U. U. del Norte. En la época de David, vastas regiones tributarias estuvieron por algún tiempo anexas a la Tierra Santa. Estas incluían las naciones limítrofes del este, ya muy en el interior de la Arabia Desierta; de allí al norte hasta Tifsah, en el Éufrates, con toda la Siria entre el Líbano y este río. Por el sur incluía a Edom, y llegaba al Mar Rojo en Ezion-geber.

La tierra de Canaán ha sido dividida de varias maneras. Bajo el gobierno de Josué se repartió entre las doce tribus; bajo el de Roboam fue fraccionada en los dos reinos de Israel y de Judá. Después cayó en poder de los Babilonios, de los Griegos, de los Sirios y de los Romanos. En el tiempo de nuestro Salvador estaba bajo el dominio de los últimos, y fue dividida en cinco provincias: Galilea, Samaria, Judea, Perea, e Idumea. Perea fue a su vez dividida en siete cantones: Abilene, Trachonitis, Iturea, Gaulonitis, Batanea,

Perea y Decápolis. En la actualidad, Palestina está sujeta al Sultán de Turquía, bajo el cual los bajás de Acre y de Gaza gobiernan la costa, y el bajá de Damasco el interior del país.

La superficie de la tierra de Canaán está hermosamente accidentada por montañas y por llanuras, por valles y por ríos. Las montañas principales son las del Líbano, Carmelo, Tabor, Galaad, Hermón, el Monte de los Olivos, etc. Las llanuras del Mediterráneo, de Esdraelon y de Jericó, son célebres como teatros de los más importantes acontecimientos. Los principales ríos son el Jordán, el Leontes, el Arnón, el Sihor, el Jabbok y el Kishón. Los lagos son el Asphaltites o Mar Muerto, el lago de Tiberiades, o Mar de Galilea, y el lago de Merom. La descripción de éstos se hace en otra parte, y se encontrará en el lugar que les corresponde respectivamente.

Describiremos aquí brevemente los rasgos generales de este país. Por el norte confina con las elevadas montañas del Líbano y de Hermón, algunos de cuyos picos miden una altura de 9,000 pies. En los alrededores de la base del Monte Hermón quedan las diversas fuentes del Jordán. Este río, después de pasar por el lago Merom y el Mar de Galilea, corre dirigiéndose al sur y dando innumerables vueltas, hasta desembocar en el Mar Muerto. Su lecho es muy profundo, y desde su nacimiento hasta su desembocadura, tiene una diferencia de nivel de 2,000 pies. Véanse Araba y Jordán. El país que se halla entre el valle del Jordán y el Mar Mediterráneo, es en general una elevada meseta, interrumpida por muchos cerros, y por numerosos y profundos valles, a través de los cuales corren los torrentes que se forman en invierno, y que van a precipitarse en el Jordán o en el mar. La meseta de Galilea puede quedar entre 900 a 1,000 pies sobre el nivel del Mediterráneo. En la Baja Galilea se ve la grande y hermosa llanura de Esdraelon, que se extiende desde el Monte Carmelo y Acre al oeste, hasta Tabor y Gilboa, con ramales al este que van al Jordán. Desde esta llanura el terreno comienza de nuevo a elevarse hacia el sur estando el Monte Gerizim a 2,849 pies sobre el nivel del mar, Jerusalén a 2,593, y Hebrón a 3,040. En la costa del mar se encuentra, abajo del Monte Carmelo, una llanura fértil; hacia el sur va aumentando gradualmente en anchura, y llega por fin a unirse al gran desierto de Parán. Desde la llanura de la costa del mar, el ascenso a la altiplanicie del interior se hace por una sucesión de terrados naturales, mientras que el descenso al Jordán, al Mar Muerto y a Edom, es muy pendiente y quebrado. El país de más allá del Jordán es montañoso, y contiene terrenos de excelentes pastos, y valles muy amenos. Más allá todavía al este se halla la elevada y solitaria altiplanicie de la Arabia Desierta.

El suelo y el clima de Canaán eran altamente favorables. El calor no era excesivo, con excepción del que se hacía sentir en los lechos profundos de los ríos y en las costas del mar, siendo el temperamento en lo general benigno y saludable. Las variaciones del sol, de las nubes y de las lluvias se hacen notar en Palestina, como en México, principalmente en el invierno y en la estación de las aguas. Las lluvias otoñales comienzan generalmente en los últimos días del mes de Octubre, y muy poco después de los primeros aguaceros se siembran el trigo y la cebada. Lluève con más fuerza en Diciembre, y continúan las aguas, aunque menos frecuentes, hasta Abril. De Mayo a Octubre no llueve. El frío del invierno no es severo, y el terreno no se hiela. Algunas veces en invierno sube la nieve un pie o más, y hay frecuentes tempestades de granizo. La cosecha de cebada se hace como quince días antes de la de trigo, y ambas tienen lugar en las llanuras más temprano que en las tierras elevadas; toda la cosecha de los granos dura desde Abril hasta Junio. Las primeras uvas maduran en Julio, pero la vendimia no concluye sino hasta Setiembre. En este mes y en Octubre el calor es grande; el suelo se seca y se tuesta; la verdura ha desaparecido mucho tiempo antes; los aljibes y las cisternas comienzan a agotarse, y toda la naturaleza, animada e inanimada, parece ansiar la vuelta de la estación de las lluvias.

El suelo de Canaán era altamente productivo. Las piedras predominantes son gredosas y calizas, y abundan en las cuevas. Prontamente formaban una tierra rica de la cual se cubrían, capaz de producir

en las varias elevaciones y climas, tan notablemente combinadas en aquella pequeña región del mundo, una variedad de frutos sin igual. Los olivos, las higueras, las parras, y los granados crecían en abundancia; los cerros estaban poblados de hatos y rebaños, y los valles cubiertos de diversos granos. Era cosa corriente describir la tierra prometida “manando de ella leche y miel.” Con todo, la brillante descripción que hace Moisés, Deut. 8:7-9, y lo que enseña la historia en cuanto a la vasta población que en otro tiempo la ocupaba, forman un marcado contraste con su aspecto actual de esterilidad y desolación. Véase Censo. La maldición que se atrajo la incredulidad de los judíos todavía esteriliza su tierra desgraciada. Largos siglos de guerras y de malos gobiernos la han despojado y despoblado. Las colinas, en otro tiempo terraplenadas hasta la cima, y cubiertas de exuberantes granos, de viñas, de olivos y de higueras, ahora son rocas desnudas. Sus primeras y últimas lluvias en un tiempo conservadas en depósitos, y conducidas por medio de serpenteantes canales para regar los terrenos en la estación de la seca, ahora corren al mar desapercibidas. La tierra, despojada de sus bosques, yace abierta a un sol abrasador que ahora quema lo que antes fertilizaba. Y sin embargo, algunas partes de Palestina muestran todavía una asombrosa fertilidad; y en donde quiera que el suelo se cultiva, produce un ciento por uno. El maíz crece allí a una altura de once pies, y se dan uvas que casi rivalizan los racimos de Escol. Los viajeros inteligentes están de acuerdo en confirmar las narraciones de las Escrituras en cuanto a la antigua fertilidad de ese país. Véanse Hebreos, Judea, Conquista de Canaán. Varios argumentos se han aducido para justificar la conquista de Canaán y el exterminio de sus habitantes por los Israelitas; tales como que la tierra había tocado en suerte a Sem y a sus hijos después del diluvio, y que los hijos de Cam eran usurpadores; que ellos atacaron primero a los judíos; que Abraham había tomado posesión de la tierra siglos antes; que los Cananeos eran de la familia de los Egipcios y estaban implicados en la culpa de éstos y en el castigo que merecían como opresores de los Hebreos. Sea cual fuere la justicia que pueda haber en estas razones, ninguna de ellas es la que la Biblia da. El único derecho verdadero que asistía a los judíos era el especial mandato del Señor de todo. A ellos se les había enseñado de un modo persuasivo, que la maldad de esas naciones era la razón del castigo que se les iba a imponer, castigo diferido por la tolerancia de Dios, y que tenía por objeto prevenirlos tanto a ellos como a todo el género humano, contra la idolatría y los pecados que de ella se originan. Estos pecados eran de los que los judíos debían huir y exterminar, teniendo que obrar como agentes de la justicia de Dios, y no para satisfacer su propia avaricia, rencor o codicia, entregando en muchos casos los despojos a la destrucción. Fueron conducidos a Canaán por un milagro; por otro milagro fue capturada la primera ciudad que encontraron en su camino, y la mano de Dios se vio a menudo dándoles auxilio. La narración de la conquista se hace en Deut. 1-4; Josué, y Jueces 1.

Los Cananeos no fueron enteramente destruidos. Muchos de ellos se escaparon yéndose a otras tierras; y en Judea quedaron fragmentos de casi todas las naciones sometidas a los Israelitas, como cepos para los pies y espinas para los costados. Debe observarse también que con anticipación se les dio aviso terminante de que abandonasen las posesiones a que no tenían derecho; un solemne decreto de expropiación había sido expedido por el gran Propietario, y si se resistían a obedecerlo, tendrían que soportar las consecuencias.

CANANEOS, Gén. 10:18, 19, los descendientes de Canaán. Eran descendientes de Cam, mientras que Abraham y su parentela eran Semitas; con todo, la lengua de los unos parece que era entendida por los otros. Su primera habitación fue en la tierra de Canaán, en donde se multiplicaron extraordinariamente, y por medio del comercio y de la guerra adquirieron grandes riquezas y enviaron colonias a todas las islas y costas del Mediterráneo. Cuando llegó a su colmo la medida de sus idolatrías y abominaciones, Dios entregó su país a manos de los Israelitas que la conquistaron bajo el mando de Josué. Véase Canaán. Las siguientes tribus son las principales que se mencionan:

1. Los Aveos moraban en la parte septentrional del país al pie del Monte Hermón o Anti-Líbano, según Jos. 11:3, en donde se refiere que éstos, así como las fuerzas unidas del norte de Canaán, fueron derrotados por Josué. No fueron, sin embargo, expulsados enteramente de sus posesiones, Jueces 3:3; 2 Sam. 24:7; 1 Reyes 9:20. Había también Aveos en la Palestina Central, Gén. 34:2; Jos. 9:1, 7; 11:19. Véase Aveos.

2. Los Cananeos, en un sentido limitado, habitaban el valle del Jordán, las llanuras occidentales del mismo río, y la costa del Mar Mediterráneo, Núm. 13:29; Jos. 11:3; 13:2, 3.

3. Los Gergeseos habitaban entre los Cananeos y los Jebuseos; como puede inferirse del orden en que se mencionan en Jos. 24:11.

4. Los Jebuseos poseían el país montuoso que rodeaba a Jerusalén, y también esa misma ciudad, cuyo antiguo nombre era Jebus, Jos. 15:8,63; 18:28. Los Benjamitas a quienes tocó en suerte esta región, no expulsaron a los Jebuseos, Jueces 1:21. David fue el primero que tomó la ciudadela de Jebus, 2 Sam. 5:6.

5. Los Amorreos habitaban en tiempo de Abraham la región que está al sur de Jerusalén, hacia el lado occidental del Mar Muerto, Gén. 14:7. En un periodo posterior, se extendieron sobre todo el país montañoso que forma la parte Sudeste de Canaán, y de ellos recibió el nombre de “la montaña de los Amorreos” y después el de “Montaña de Judá,” Deut. 1:19, 20; Núm. 13:29; Jos. 11:3. En el lado oriental del Jordán, antes del tiempo de Moisés, habían fundado también dos reinos, el de Basán en el norte, y otro limitado al principio por el Jaboc, en el Sur. Pero bajo el mando de Sihón, cruzaron el Jaboc y tomaron de los Amonitas y Moabitas todo el país que se halla entre el Jaboc y el Arnón; de manera que este último río vino a ser el límite meridional de los Amorreos, Núm. 21:13, 14, 26; 32:33, 39; Deut. 4:46, 47; 31:4. Los Israelitas tomaron posesión, de esta última parte de esa comarca, después de su victoria sobre Sihón. Véase Amorreos.

6. Los Heteos, o hijos de Heteo, según la relación de los exploradores, Núm. 13:29, habitaban entre los Amorreos en el distrito montañoso del sur llamado después la “montaña de Judá.” En tiempo de Abraham, éstos poseían a Hebrón; y el patriarca les compró la cueva de Macpela como sepulcro, Gén. 23; 25:9, 10. Después que los Israelitas entraron a Canaán, parece que los Heteos se movieron hacia el norte. El país que está alrededor de Betel, se llamaba “la tierra de los Heteos,” Jueces 1:26. Véase Heteos.

7. Los Pereceos se hallaban en varias partes de Canaán. Este nombre significa habitantes de las llanuras, por la primitiva residencia de éstos. Según Gén. 13:7, habitaban con los Cananeos entre Betel y Hai; y según Gén. 34:30, en las cercanías de Siquem. Véase Pereceos.

Además de estas siete tribus, había varias otras de la misma familia, que habitaban al norte de Canaán. Estas eran las de los Arquitas, Arvaditas, Hamatitas, y Zemaritas. Había también otras varias tribus de diverso origen dentro de los límites de Canaán, que fueron destruidas por los Israelitas, tales como la de Ana-kim, la de los Amalecitas y la de Refaím o de los gigantes.

CANCILLER, *recordador*, un oficial de alto rango en la corte de David y Salomón, 2 Sam. 8:16; 1 Reyes 4:3, y posteriormente de los reyes de Judá, 2 Reyes 18:18, 37; 2 Crón. 34:8, 9. Además de desempeñar las funciones de analista, el canciller parece haber sido un consejero del rey; el que se menciona en Isaí. 36:3, 22, era un comisionado en tiempo de guerra, y dirigía las reparaciones del templo.

CANDACE, *príncipe de siervos*, reina etíope cuyo principal tesorero, probablemente de nacimiento judío, fue convertido al cristianismo bajo la predicación de Felipe el evangelista, Hechos 8:27, 30, A. D. La Etiopía que ella gobernaba no era Abi-sinia, sino la región de la alta Nubia llamada por los Griegos Meroé, y se supone que corresponde a la actual provincia de Atbara, que está entre los 13 y 18 grados de latitud norte. Las extensas ruinas que se hallan en aquellos contornos y a lo largo del valle superior del Nilo, indican la alta civilización que había entre los antiguos Etíopes. Plinio y Strabo nos informan que por algún tiempo antes y después de la era cristiana, la Etiopía estuvo gobernada por reinas que tomaban todas el nombre de Candace. Irineo y Eusebio atribuyen al ministro de Candace la conversión de ésta al cristianismo, y la promulgación del evangelio en todo su reino.

CANDELA o VELA, se usa en el sentido de lámpara en Prov. 31:18. Las velas eran desconocidas en el Oriente. Véase Lámpara. La luz que ardía en una casa era emblema de prosperidad, 1 Rey. 11:36; 15:4; Job 21:17, teniéndose encendida a menudo toda la noche, como en el tabernáculo del Señor, Exod. 27:20; Lev. 24:1-4.

CANDELERO. En el tabernáculo el "candelero de oro," o más bien dicho, candelabro o lámpara, estaba a la izquierda de la entrada al Lugar Santo, enfrente de la mesa del pan de la proposición. Consistía en un pedestal, un árbol o columna, seis brazos, tres de un lado y tres del lado opuesto de la columna, y siete lámparas que sobresalían de dicha columna y de los brazos. Los brazos estaban adornados de tres clases de ornamentos tallados, llamados copas, manzanas y flores. Sus lámparas se alimentaban de aceite puro de olivo, y se encendían todas las noches, Exod. 25:31-40; 30:7, 8; 37:17-24; Lev. 24:1-3; 1 Sam. 3:3; 2 Crón. 13:11. En el primer templo había diez candelabros de puro oro, quedando situados la mitad de ellos en el lado del norte y la otra en el del sur, dentro del Lugar Santo, 1 Reyes 7:49, 50; 2 Crón. 4:7; Jer. 52:19. En el segundo templo había solamente uno, parecido al del tabernáculo. Este fue llevado a Roma en la destrucción de Jerusalén; fue colocado en el templo que Vespasiano dedicó a la Paz, y copiado en el arco de triunfo de Tito, donde puede verse todavía su imagen mutilada. Véanse las hermosas y significativas visiones del candelero, tenidas por Zacarías y Juan, Zac. 4:2-12; Apoc. 1:12, 20.

CANELA, ingrediente del aceite perfumado con que el tabernáculo y sus vasos eran ungidos, Exod. 50:23.; Prov. 7:17; Cant. 4:14. Es la parte interior de la corteza de un árbol de la familia del laurel, que crece hasta una altura como de veinte pies, y siendo mondada esta en tiritas delgadas, se ensortija tal como se encuentra en el mercado. Es de un color colorado oscuro, de un sabor picante, aromático y muy agradable. La de mejor calidad viene de Ceylán, y a los judíos les llegaba por la vía de Babilonia, Apoc. 18:13.

CÁNTARO, esta expresión se usa en 1 Reyes 18:33, y la de botija a que es equivalente en 17:12.

CÁNTICO GRADUAL, el título prefijado a 15 salmos desde el 120 al 134 inclusive. Acerca de este título los comentadores han propuesto diversas explicaciones. Las más probables son las siguientes: primera, cánticos del peregrino, cantados por los Israelitas cuando iban de camino para Jerusalén a celebrar el culto; compárese Salm. 122; pero solo a unos pocos de estos Salmos les viene bien esta explicación, como por ejemplo, el del 122. Segunda, cánticos de las gradas, significando las 15 gradas que conducían del atrio de las mujeres, que se hallaba en el área del templo, al de los hombres, en cada una de las cuales algunos autores judíos dicen que se cantaba uno de estos salmos. Tercera, Gesenius y algunos otros suponen, sin embargo, que dicho título se refiere a una especie de ritmo propio de estos salmos, en virtud del cual el sentido asciende, repitiéndose con frecuencia en un miembro o clausula las palabras con que termina el miembro precedente. Así en el Salmo 121,

1. Alzaré mis ojos a los montes; de donde vendrá mi socorro.
2. Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra.
3. No dejará mover tu pie; no se descuidará quien te guarda.
4. Cuidado, que no se descuidará, ni dormirá quien guarda a Israel.

Sin embargo, ni aun esta solución puede aplicarse bien a todos estos salmos.

CANTO, en la antigua iglesia era una parte prescrita del culto divino, 2 Crón. 29:28; Esdr. 3:11; 7:24; Salm. 87:7; 100:2, y en todo tiempo era una manifestación de regocijo, Salm. 126:2; Eccl. 2:8; Isaí. 35:2; 44:23; 49:13; Jer. 7:34. Véase Música. Un viajero moderno dice que en Egipto y Palestina hay una carencia absoluta de música alegre, especialmente de parte de los niños; “desterróse la alegría de la tierra,” Isaí. 24:11.

CANTO DEL GALLO, la tercera vigilia de la noche en tiempo de Cristo. Véase Horas.

CAÑA o calamo, dulce, Cant. 4:14, una caña aromática que se menciona entre las drogas de que se componían los perfumes sagrados, Exod. 30:23. La verdadera caña aromática venía de la India; y los profetas hablan de ella como de un artículo extranjero de gran valor, Isaí. 43:24; Jer. 6:20; Ezeq. 27:19.

Algunas veces esta palabra en la Biblia significa un tallo o vara de alguna planta, como del hisopo, Mat. 27:48; Juan 19:29. Comúnmente, sin embargo, la palabra caña denota una especie de carriso que crece en los terrenos pantanosos, Job 40:21; Isaí. 19:6, delgada y frágil, y por lo mismo es tomada como un emblema de debilidad, 1 Reyes 14:15; 2 Reyes 18:21; Isaí. 36:6; Ezeq. 29:6, y de inestabilidad, Mat. 11:7. “Una caña cascada,” Isaí. 42:3; Mat. 12:20, es un emblema del alma abatida y dispuesta a sumergirse en la desesperación, bajo un sentimiento de su culpa y su perdición. El Señor con su misericordia sostendrá y fortalecerá semejante alma. “La buena caña olorosa,” Jer. 6:20, llamada caña aromática en Cant. 4:14; Isaí. 43:24; Ezeq. 27:19, puede ser la espadaña dulce de la India, el *Calamus odoratus*, o el té limón, *Andropogon schoenanthus*, de la Arabia y de la India. El *Arundo Donax*, común en Egipto y en Palestina, tiene un tallo delgado, nudoso, de unos doce pies de alto, con un gran racimo de flores en la punta y hojas largas de la forma de las del maíz. Las bestias montaraces hacen sus guaridas en los espesos bosques de estas cañas cerca de los ríos perennes de Palestina. Todavía se construyen instrumentos de música con cañas huecas agujereadas. Estas se usaban también antiguamente como plumas y varas de medir, Ezeq. 40:5; 42:16; 3 Juan 13. La “caña” hebrea se supone que tenía como 11 pies de largo. Véanse Medidas, Junco.

CAPADOCIA, la mayor de las provincias antiguas del Asia Menor, teniendo al Ponto al norte, el Monte Tauro que la separa de Cilicia y la Siria, al sur, Galacia al oeste, y el Eufrates y Armenia al este. Estaba regada por el río Halys, y era notable por sus buenos pastos y su excelente cría de caballos, asnos y ovejas. Había muchos judíos residiendo en ella, Hechos 2:9; y el Cristianismo fue desde los primeros tiempos introducido allí, 1 Ped. 1:1, entre una gente cuya incapacidad, su falta de fe y sus vicios, eran proverbiales. Véase Creta. Varios célebres padres cristianos florecieron en esta provincia, como Basilio y los tres Gregorios; y a sus iglesias puede dárseles una fecha que se remonta hasta el siglo décimo.

CAPERNAUM, pueblo de Nahúm, ciudad principal de Galilea en tiempo de Cristo, no mencionada antes de la cautividad de Babilonia. Quedaba en la playa noroeste del Mar de Galilea, como a cinco millas del Jordán, y en el camino frecuentado de Damasco al Mediterráneo. Era una “ciudad” y una recaudación de impuestos, Mat. 9:1, 9; 17:24. Esta, más que cualquiera otro lugar, parece que fue la residencia de Cristo durante los tres años de su ministerio. Los hermanos Andrés y Pedro habitaban allí; Cristo con

frecuencia enseñó en sus sinagogas, una de las cuales había sido edificada por un centurión romano, Luc. 7:5, y efectuó otras maravillas en ese lugar, tales como la curación del criado del centurión, Mat. 8:5; la del hombre poseído de un espíritu inmundo, y la de la suegra de Pedro, Mar. 1:21-34; la del paralítico, Mar. 2:1; y la del hijo del noble, Juan 4:46; y otros muchos. En sus aguas se verificaron los milagros del tributo del dinero y del apaciguamiento de la tempestad, Mat. 17:27; Juan 6:17-21; y se le llama "su propia ciudad," Mat. 4:12-16; 9:1; Mar. 2:1. Sus habitantes fueron así "exaltados hasta el cielo;" pero su incredulidad e impenitencia los abatió hasta la destrucción, Mat. 11:20-24.

El nombre y el punto exacto donde estaba situada Capernaum se han perdido. El Dr. Robinson lo sitúa en Khan-Minyeh, en la orilla septentrional del hermoso llano de Genesaret, donde quedan aún ruinas de alguna extensión, y una copiosa fuente a corta distancia del mar. El capitán Wilson y otras autoridades la sitúan en Tell-Húm, tres millas al noroeste, donde están los restos de una gran sinagoga judía y otras diversas ruinas; hay también quien la sitúe con menos probabilidades, en la Fuente Redonda, cerca del límite sur del llano, tres millas al sur de Khan-Minyeh, y a milla y media del lago.

CAPITÁN, jefe militar, o en algunos casos empleado civil; en otros, tribuno militar o comandante de 1,000 hombres, Juan 18:12; Hechos 21:31. En Gén. 39:1, probablemente se aplica a Potifar como jefe de los ejecutores de las órdenes del rey; en Luc. 22:4, 52; Hechos 4:1; 5:24, significa el jefe de los sacerdotes y levitas que hacían la guardia nocturna del templo, así como en 2 Reyes 11:19; 25:18; en Hechos 28:16 era, según parece, el prefecto pretoriano que mandaba el cuerpo de guardia del emperador.

CAPITEL, o CHAPITEL, la cima o parte superior de un pilar, Exod. 38:17, o de una fuente u otra obra de arte, quizá una voluta, 1 Reyes 7:16-31.

CARACOL. En Salm. 58:8, el caracol común o babosa, uno y otros de los cuales al moverse depositan una sustancia viscosa espesa en el camino que siguen, y por eso parece que "se deslíen;" aunque la alusión que a ellos se hace en el Salmo bien puede referirse al efecto destructor que el excesivo calor del verano ejerce sobre estos animalejos. En Lev. 11:30, la palabra hebrea traducida caracol denota probablemente una especie de lagartija que abunda en el Monte Sinaí y en Palestina, y que, como otras especies de la misma, la comen los Árabes.

CARBÓN, se usa generalmente en las Escrituras para denotar el carbón vegetal, o los rescoldos del fuego de un brasero o escalfeta, Juan 18:18. El carbón mineral ahora se consigue en el Monte Líbano, a 8 horas de camino de Beirut; pero no tenemos evidencia de que haya sido conocido por los judíos. Además del pasaje citado, se habla de ascuas en 2 Sam. 14:7, donde la expresión "apagarle a uno el carbón" significaba destruirle su último hijo viviente. En Rom. 12:20 expresa la idea de deshacer al enemigo en bondad. Véase también 2 Sam. 22:13. En 2 Sam. 22:9, y en Job 41:21, la misma palabra se traduce por carbón.

CARBUNCLO, o CARBÚNCULO, una piedra preciosa, como un gran rubí o granate, de color rojo oscuro, que según se dice, brilla más en la oscuridad, y es más reluciente que el rubí. Se hace uso de este término para representar dos palabras hebreas diferentes, una de las cuales, Exod. 28:17; Ezeq. 28:13, se cree comúnmente que significa esmeralda; y la otra, Isaí. 54:12, una especie de rubí brillante.

CARCA, piso, ciudad situada a medio camino en la frontera más meridional de Judá, luego de Simeón, Josué 15:3.

CARQUEMIS, fuerte de Chemosh, identificado comunmente con Circesium, ciudad fortificada en la ribera oriental del Éufrates, en donde se le une el río Chaboras. En Isaí. 10:9, parece que fue tomada por alguno de los reyes de Asiria. Fue atacada por Faraón Necháo, rey de Egipto, hacia la terminación del reinado de Josías. 609 A. C., 2 Crón. 35:20. Tres años después Necháo fue completamente derrotado por Nabucodonosor, Jer. 46:1-12. En tiempos posteriores se tuvo como puerto fronterizo del Imperio Romano en el Oriente. Rawlinson la sitúa en Hierápolis, cerca de Bir, mucho más arriba sobre el río.

CÁRCOR, *fundación*, lugar más allá del Jordán en donde Zeba y Zalmuna se refugiaron en su desastre de Gedeón; pero fueron de nuevo derrotados y capturados, Jueces 8:10. Al parecer se halla al sur de Jaboc y al noreste de Rabbat-ammón.

CARDOS y ESPINAS. Bajo estos nombres y juntamente con los de zarzas, malezas y ortiga, se incluye un gran número de plantas, las traducciones de 22 términos del griego y el hebreo, muchas de las cuales tienen espinas y prueban la paciencia del agricultor, Gén. 3:18. Eran muy abundantes en Palestina; entre otras el acacia, el acanthus espinosa, el solanum, el tribulus, la urtica, etc. Algunas de éstas tienen espinas que salen de la madera misma del arbusto, y otras sólo de la corteza. Se usaban como leña para hacer fuego, y la llama de un arbusto espinoso y seco es tan pronta para formarse como para extinguirse, Salm. 58:9; 118:12; Eccl. 7:6; Isaí. 33:12. Servían para hacer cercas durables e impenetrables, Prov. 15:19; Oseas 2:6; por ser las espinas tan puntiagudas como agujas, Núm. 33:55; Prov. 26:9; 2 Cor. 12:7. Las plantas de esta clase eran símbolos de desolación, Prov. 24:31. Una pequeña e insignificante población en el llano de Jericó se protege en contra de enemigos árabes de a caballo, por una cerca de arbustos espinosos de nubk. Al Dr. Elí Smith, cuando visitó el llano donde Gedeón amenazó en cierta ocasión con que les arrancaría con espinas y abrojos las carnes a los príncipes de Succot, le llamaron la atención plantas de tamaño extraordinario, algunas de ellas de mayor altura que la que él alcanzaba a caballo, Jueces 8:7. Algunos de estos arbustos tienen las espinas curvas como ganchos, como lo significa la palabra hebrea que ocurre en Eccl. 7:6; Isaí. 34:13; Oseas 2:6; Nah. 1:10. Muchas de las alturas y ruinas de Palestina están cubiertas de arbustos de espinas que les rasgan los vestidos a los viajeros o los obligan a desviarse de su camino, Isaí. 7:23, 24; 32:13; Oseas 9:6; comp. 2 Sam. 23:6, 7. Tristram hablando del nubk, dice: "Nadie puede acercarse a esta planta impunemente si no está, vestido de cuero. A los tres días toda la caravana estaba con sus ropas hechas trizas, por haber pasado al través del ramaje." Pocos de los términos hebreos pueden aplicarse con fijeza hoy a determinadas variedades de estas plantas, de las cuales hay muchas en la Siria.

Se supone que la planta de que hicieron la corona de espinas del Salvador, con el doble fin de martirizarlo y befarlo, fue la llamada *Zizvphus Spina Christi*, el nubk o dhóm de los Árabes, arbusto o árbol muy común, que tiene de 6 a 30 pies de altura, con hojas oscuras y relucientes, y con muchas espinas afiladas en sus flexibles y redondas ramas, Mat. 27:29; Juan 19:2, 3. "El aguijón de la carne" de que habla Pablo, 2 Cor. 12:7-10, puede haber sido alguna enfermedad penosa y mortificante del cuerpo, que era desfavorable al buen éxito de su ministerio público. Algunos creen que era una afección a los ojos, rezago de la ceguera temporal que padeció en Damasco, Hechos 9:3, 8, 18. Compare 2 Cor. 10:10; Gál. 4:13, 14; 6:11, 17. Se conjetura que la palabra traducida por "cardo" en Isaí. 17:13 y "hojarascas" en Salm. 83:13, significa la alcachofa silvestre, cuyos vástagos de un tamaño uniforme forman un globo de un pie o más de diámetro, y cuando se secan se separan de la planta y a millares ruedan por el suelo impulsados por el viento.

CAREA, 2 Reyes 25:23, el padre de Johanam y Jonatán, partidarios de Gedalías por algún tiempo, Jer. 40:43.

CARGA, un peso sobre el cuerpo o el alma; palabra que se usa frecuentemente en sentido figurado para denotar aflicciones, defectos, pecados, Salm. 38:4; 55:22; Gál. 6:2; servicios exigidos por la ley, Mat. 23:4; responsabilidades oficiales, Exod. 18:22; Deut. 1:12; y especialmente mensajes proféticos, no siempre de un carácter amenazador, Isaí. 19:1. En este último sentido, la palabra hebrea puede ser traducida por “oráculo,” “declaración divina” o profecía, como en Prov. 30:1; 31:1. Véase Jer. 23:33-40.

CARIDAD, en las Escrituras no significa solamente el acto de dar limosna, ni la indulgencia con que se juzga al prójimo, sino el amar a los demás como nos amamos a nosotros mismos, sentimiento que nace del supremo amor a Dios, y se manifiesta en todas las acciones buenas, 1 Cor. 13. Véase Amor.

CARMELO, el parque o el campo fructífero, l., ciudad de Judá, en un monte del mismo nombre, nueve millas al sudeste de Hebrón, Jos. 15:55; 2 Crón. 26:10. Saúl, de vuelta de su expedición contra Amalec, erigió allí un trofeo; y allí estuvo viviendo Nabal el Carmelita, marido de Abigail, 1 Sam. 15:12; 25; 27:3. Sus ruinas indican que era un lugar de consideración.

II. Una célebre cordillera de cerros, de doce millas de largo, que corre al Este-Noroeste, por un lado de la llanura de Es-draelon, y termina en el promontorio al Sur de la bahía de Acre, Jos. 19:26. Su mayor altura es como de 1810 pies; en su falda noreste corre el arroyo Kishón, y un poco más al norte el río Belus. En su cima septentrional se levanta ahora un convento de frailes carmelitas, orden establecida en el siglo XII, y que tiene varias ramas en Europa. El Monte Carmelo es el único promontorio grande que se halla en la costa de Palestina. Su falda del lado del norte se acerca tanto al agua, que visto desde las colinas situadas al noreste de Acre, el Monte Carmelo hace parecer que “está mojándose los pies en el mar occidental.” Siguiendo al Sur se retira más al interior, de manera que entre la cordillera y el mar hay una extensa llanura cubierta de campos y de olivos. Mr. Carne recorrió la cumbre toda, y en recorrerla empleó algunas horas. Dice que “es la montaña más bonita y más hermosa de Palestina, de gran longitud, y cubierta en muchas partes de árboles y flores. Al llegar por último a la cima opuesta, y saliendo de un bosque, se ve abajo la célebre llanura de Esdrae-lon, con el río Kishón que corre a lo largo de ella; los montes Tabor y Pequeño Hermón quedaban al frente, al este; y a la derecha, es decir, al sur el paisaje estaba limitado por los cerros de Samaria.” Del lado sudeste de esta cadena sale una cordillera de cerros montuosos de poca elevación, que siguiendo rumbo al sur se extiende y levanta en las altiplanicies de Samaria. Los que visitan el Monte Carmelo al fin de la estación de la seca, lo hallan todo tostado y cenizo, especialmente en su límite occidental; pero en otras estaciones su exuberancia de vida vegetal y animal manifiesta cuan justas fueron las alusiones que los escritores antiguos hicieron a su extremada belleza, Isaí. 35:2, a su manto de verdura, a la gracia de su configuración, Cant. 7:5, y a sus ricos pastos, Isaí. 33:9; Jer. 50:19; Amós 1:2. Las rocas de la montaña son de piedra calcárea dura, y abundan en ellas cuevas naturales, Amós 9:3. Éstas han sido ensanchadas en muchos casos, habitadas para servir de morada a las gentes; y la montaña ha sido en varias épocas residencia favorita de los devotos. Es memorable por las frecuentes visitas que hacían allí los profetas Elías y Elíseo, 2 Reyes 1:9-15; 2:25; 4:25; y especialmente por la destrucción de los sacerdotes de Baal que tuvo lugar allí, 1 Reyes 18. Ésto se verificó en Mar Elyas, extremidad occidental de la cordillera, punto alto y escarpado, de donde se desciende suavemente a la llanura. Hay todavía un pozo en el costado del monte, en un sitio que ahora se llama El Maharra-kah, el incendio; y el antiguo Kishón actualmente se conoce con el nombre de Nahr-el-Mukatta, río de matanza. Corre al mar, al este del Carmelo y de Haifa.

CARNAL, impuro, profano; contrasta con lo espiritual y lo santo. Se aplica a todos los hombres que no se han regenerado nacidos de padres de nuestra raza apóstata, y no renovados por el Espíritu Santo, Rom. 7:14.

CARNE. En la Biblia esta palabra, además de su sentido ordinario, Job 33:25, tiene el de género humano, como raza, Gén. 6:12; Salm. 145:21; Isaí. 40:5, 6; el de todas las criaturas vivientes de la tierra, Gén. 6:17, 19; y en Juan 1:14, el de naturaleza humana. Se usa a menudo en oposición a espíritu, como nosotros usamos cuerpo y alma, Job 14:22, y algunas veces significa el cuerpo como animado y sensitivo, Mat. 26:41, y asiento de los apetitos corporales, Prov. 5:11; 2 Cor. 7:1. En el Nuevo Testamento, la palabra "carne" se usa muy a menudo para designar las propensiones y pasiones corporales que apartan al hombre de la sujeción que debe al Señor y a las cosas del Espíritu. La carne o principio carnal, se opone al espíritu o principio espiritual, Rom. 8; Gál. 5:17. "Conocer a Cristo según la carne," significaba gloriarse en las relaciones meramente externas que podían tenerse con él, por pertenecer a Israel su nación, o haberle visto en la carne, en lugar de conocerle espiritualmente por haber sido criado de nuevo en él, sin lo cual todo lo demás es en vano, Mat. 7:22, 23; Luc. 8:19-21; 2 Cor. 5:16, 17; Fíl. 3:3-10.

CARPINTEROS, y su herramienta y artefactos, se mencionan con frecuencia en la Biblia; se había alcanzado ya desde tiempos muy lejanos un alto grado de habilidad en muchas clases de obras de madera, como se manifiesta en la construcción del arca, del tabernáculo, del templo, de los palacios reales, y aun de los ídolos tallados, Gén. 6; Exod. 27; 2 Cor. 3; 9:11; Isaí. 44:13. Este oficio practicado en la vida civilizada fue honrado entre los Judíos, y siempre se le estimará debidamente por todos los cristianos, por el hecho de que nuestro Señor mismo fue carpintero, Mat. 13:55; Mar. 6:3.

CARPO, *fruto*, discípulo y amigo de Pablo en Troas, 2 Tim. 4:13.

CARRETAS, o CARROS. Los caminos de la Palestina en lo general no se pueden transitar actualmente por vehículos de ruedas; y el uso principal de la carreta tirada por bueyes, 2 Sam. 6:6, se limitaba a ciertos trabajos de la agricultura tales como desgranar las espigas ya maduras, trillar la paja, llevar de una parte a otra el producto de los campos, Isaí. 5:18; 28:27, 28. Los carros se usaron para llevar a Israel a Egipto, y para la conducción del arca, Gén. 45:27; Núm. 7:3-9. Las carretas iban frecuentemente tiradas por novillas, etc., 1 Sam. 6:7, y eran generalmente bajas, con ruedas sólidas de madera, que tenían a veces llantas de hierro. Carros fueron mandados por José para traer la familia de su padre a Egipto, Gén. 45:19, 21, 27. El mismo vehículo, llamado algunas veces carreta, era usado para transportar algunos de los utensilios sagrados, Núm. 7:3, 6, en dos ocasiones, ilícitamente, el arca misma, 1 Sam. 6:7-14; 2 Sam. 6:3; 1 Crón. 13:8. Véase Usías, también Ezequiel 23:24. Los carros eran tirados por bueyes o caballos. Probablemente eran de construcción sencilla y de dos ruedas sólidas. Los vehículos de cualquiera clase tienen poco uso en Palestina, pues los viajeros y las mercancías son llevadas casi exclusivamente en camellos, caballos, o mulas.

La Biblia habla de dos clases de carros tirados por caballos, ambos de dos ruedas, una para el uso de los príncipes y generales, Gén. 41:43; 46:29; 2 Reyes 5:9; Hechos 8:28, o dedicada a los ídolos, 2 Reyes 23:11; la otra para dispersar los batallones del enemigo, precipitándose entre ellos, siendo de esta clase los "carros herrados," esto es, armados de guadañas o garfios de hierro que salían de las extremidades del eje. Estos causaban terribles estragos. Los Cananeos a quienes Josué atacó en las aguas de Merom, tenían gente de caballería y multitud de carros, Jos. 11:4; Jueces 1:19. Sisera, general de Jabín, rey de Hazor, tenía 900 carros herrados, Jueces 4:5; y Salomón levantó 1,400, 1 Reyes 10:26, a pesar de la prohibición hecha en Deut. 17:16; 1 Sam. 8:11, 12. Los reyes posteriores cultivaron también esta arma de poder militar, Isaí. 31:1. Elías fue llamado "el carro y gente de a caballo de Israel," por ser su principal defensor, 2 Reyes 2:12.

CARTA, *una ciudad*, y CATTAH, *pequeño*, Jos. 19:15; 21:34, una ciudad de los Levitas hijos de Merari, en Zabulón, tal vez el Harteh, en el Kishón.

CARTAN, *ciudad doble*, ciudad de refugio levítica en Neftalí, Jos. 21:32; llamada también Cariat-Jarim, 1 Crón. 6:76; tal vez el Catanah al Norte del Lago de Tiberias.

CARTAS. La correspondencia epistolar parece haberse usado poco entre los antiguos Hebreos. Sólo unas cuantas cartas se mencionan en el Antiguo Testamento, 2 Sam. 11:14; Esdr. 4:8. Eran llevadas a su destino por amigos o viajeros, Jer. 29:3; o por correos reales, 2 Crón. 30:6; Ester 8:10. La carta tenía generalmente la forma de un rollo, y estaba pegada en la última vuelta. Estaban selladas, 1 Reyes 21:8, y algunas veces envueltas en una cubierta o en un saco de materiales costosos, y muy lleno de adornos. Enviar una carta abierta era una manifestación de desprecio, Neh. 6:5. En el Nuevo Testamento tenemos numerosos ejemplos de cartas escritas por los mismos apóstoles.

CASA. La diferencia entre las tiendas y las habitaciones permanentes, aparece desde tiempos muy antiguos en Gén. 4:17, 20, y se había alcanzado ya un alto grado de destreza en las construcciones, antes del tiempo del arca y de la torre de Babel, Gén. 6:14-16; 11:3-5. Abraham y sus descendientes más cercanos moraban en tiendas, Heb. 11:9, pero en la época del Éxodo los Hebreos ocupaban casas, así como los Cananeos a quienes desposeyeron, Exod. 12:7; Deut. 6:10, 11, habiendo vivido largo tiempo en ciudades, como los Asirios y Egipcios, Gén. 10:10-12, 19. El modo de fabricar en el Oriente parece haber sido casi el mismo desde los siglos más remotos, puesto que las casas que se describen en las relaciones egipcias y asirias, son con poca diferencia iguales a las que hoy se usan. Las ruinas de las antiguas ciudades permiten apenas que se vean los edificios públicos principales. Los campesinos pobres viven en chozas hechas de ladrillo o barro secado al sol, comúnmente de un piso, y con un solo departamento, que en algunos casos da cabida al ganado a la vez que a la familia, 1 Sam. 28:24. Las ventanas son pequeñas y altas, y de vez en cuando tienen enrejados de madera; las azoteas, a las cuales se sube por una escalera colocada en la parte de afuera, son planas, hechas de ramas de árboles cubiertas de una torta de barro mezclado con paja, y en ellas se levantan barracas formadas también de ramas, para que sirvan de dormitorios. En algunos lugares de Arabia y de Siria es abundante la piedra, y se usa para las casas de los pobres. Sus habitaciones en la ciudad son parecidas a éstas, aunque algunas veces tienen más de un piso, mejor azotea y un terrado sombreado al frente. Estas chozas son muy frecuentadas por las sabandijas y las serpientes, Amós 5:19, y pueden horadarse con facilidad, Job 24:16; Ezeq. 12:5-7; Mat. 6:19, 20; el aire y la lluvia las desbaratan en breve si se dejan abandonadas, Job 15:28, ejemplificando así la fragilidad de la vida humana, Job 4:19, y lo ilusorio de las doctrinas y esperanzas infundadas, Ezeq. 13:10-16; comp. Mat. 7:24-27. Véase Posadas.

Las casas de mejor clase, de las cuales hay muchas categorías, Jer. 22:14, se construyen generalmente dejándoles en el centro un espacio cuadrado con un patio abierto, 2 Sam. 4:6; Luc. 5:19. Los materiales usados son ladrillos y piedra, y algunas veces mármol, 2 Sam. 12:31; 1 Crón. 29:2; Jer. 43:9; Amós 5:11; Nah. 3:14, empleando madera para los pisos, los cielos rasos y las puertas. Grapas de hierro unían antiguamente los grandes trozos de piedra, y las tejas se adherían entre sí con barro o con cal. En una casa oriental la pared exterior o que da sobre la calle, le proporciona a la habitación un aspecto triste e inhospitalario, por tener sólo una puerta y una o dos ventanas salientes cuyas hojas resguardadas por tupidos enrejados se abren únicamente en ocasiones solemnes, 2 Reyes 9:30-33. Véase Celocía. La puerta cerrada comúnmente con cerrojo y cuidada por un portero, Hechos 12:13, conduce al abrirse a un pórtico que contiene bancas para los criados. Pasando por éste se llega al patio que está comúnmente enlozado, a veces con un costoso mosaico, y contiene con frecuencia un pozo o una fuente, 2 Sam. 17:18, con parras o árboles, Salm. 52:8; 92:13. En los días calurosos puede cubrirse el

patio con un toldo. Compárese la descripción de los cielos en Salm. 104:2. Los ricos no economizan gastos para hacer del patio un delicioso lugar de reunión en el verano. Allí reciben los huéspedes, y en una boda u otro festín, Ester 1:5, se adorna con alfombras, tapetes, divanes, flores, etc. El aspecto que presenta un patio abandonado se describe en Isaí. 34:13. Algunos de los discursos de nuestro Salvador fueron pronunciados probablemente en los patios de las casas grandes. Las escaleras que conducen al piso alto, si lo hay, y a la azotea, están abiertas en uno de los rincones del patio, o en el pórtico. El patio está rodeado de una columnata o peristilo de una profundidad de varios pies, sobre los cuales en las casas de más de un piso, hay un corredor de las mismas dimensiones, cercado por una balaustrada o enrejado. Piezas espaciales comunican con el peristilo por frontispicios abiertos, por arcos o por puertas, recibiendo en este caso luz y aire del patio por las ventanas. Estas piezas no se comunican entre sí, sino es por la galería o peristilo. En el piso bajo, dando frente a la entrada que conduce al patio, hay generalmente un aposento o un “cuarto de huéspedes,” Luc. 22:11, en donde el amo de la casa recibe a sus amigos: en ocasiones una parte del piso de éste, está más bajo que el de los demás, baldosado con ladrillo, y por lo común tiene una fuente en el centro. Alrededor de los tres costados interiores de la pieza se levanta una plataforma con divanes que sirven de asiento durante el día y de camas por la noche, no habiendo generalmente dormitorios especiales. El huésped ocupa el asiento de uno de los rincones del diván, como lugar de honor. Los huéspedes se quitan las sandalias antes de subir a la plataforma, Exod. 3:5; Jos. 5:15; Luc. 7:38. El cielo raso está artísticamente enmaderado y pintado, incrustado o adornado con estuco, Jer. 22:14; Hageo 1:4, y las paredes están igualmente adornadas, y a veces con colgaduras. Véase Marfil. Algunas de las otras piezas del piso bajo se usan como bodegas, y otras están destinadas a los criados y huéspedes. Hay casas que tienen más de un patio, y de éstos se cuentan hasta siete en algunas casas de Damasco. Cuando hay dos, el amo tiene sus habitaciones privadas dando frente al patio interior, en el cual también están abiertas las de las mujeres de la familia, el “harem,” 1 Reyes 7:8; Ester 2:3, y al cual ningún otro hombre que no sea el amo puede entrar, si bien en Israel las mujeres disfrutaban de mucha mayor libertad que las modernas orientales. Se erogaban gastos con prodigalidad en estos departamentos, que son quizá a los que se hace referencia bajo el nombre de “palacios,”

1 Reyes 16:18; 2 Reyes 15:25; Isaí. 34:13. En el patio interior se tiene ordinariamente una fuente y un tazón de agua, 2 Sam. 11:2, Si no hay más que un patio, las mujeres están alojadas en un edificio separado, o en un piso alto, en donde también hay en las casas elegantes, piezas espaciales y provistas de esteras, divanes y cortinas, y se consideran como más cómodas que las del piso bajo. También hay con frecuencia un aposento para los huéspedes en el piso alto. Algunas casas tienen tres pisos, Hechos 20:9, y aún más. El piso superior con frecuencia sobresale a los bajos, y fue por la baranda de una ventana que quedaba sobre la calle, que parece que se cayó Ocozías, 2 Reyes 1:2. Un edificio llamado *aleyah* está a veces en conexión con una casa, frecuentemente sobre el pórtico, comunicando con el corredor de la parte principal de ella, por una puerta, o con el pórtico por escaleras privadas, y conteniendo solamente una o dos piezas, dedicadas, o a los agasajos que se hacían a las visitas, o al retiro, Mat. 6:6. Su techo estaba separado de la azotea principal. En un edificio semejante pueden haber estado situadas “la sala de verano” de Eglón, Jueces 3:20-23, “la sala de la puerta” de David, 2 Sam. 18:33, “cámara,” de Elías,” 1 Reyes 17:19, “la pequeña cámara” de Elíseo, 2 Reyes 4:10, y “la sala” de Acaz, 2 Reyes 23:12.

Al techo o azotea de la casa se llega por escaleras exteriores abiertas en el pórtico o en el patio, Mat. 24:17; 2 Reyes 9:13. El techo es comúnmente plano, si bien las casas modernas tienen a veces bóvedas sobre las piezas superiores para agrandarlas. El modo común de construcción es, tender vigas sobre las paredes, separadas entre sí como tres pies, atravesar sobre ellas pequeñas viguetas o ramas de matorrales, cubriendo el todo con una especie de argamasa. En muchos techos se tienen a prevención

rodillos de piedra, para tenderlos sobre ellos cuando se les forman grietas o goteras, Prov. 27:15. La torta con que se cubren puede ser hecha principalmente de tierra endurecida, sobre la cual crece yerba con las lluvias de la primavera, pero que pronto se seca con el sol, Salm. 129:6, 7; Isaí. 37:27. En algunos lugares el piso de la azotea es de piedra o de ladrillo. Un pretil o parapeto guarda los costados, a menudo tan bajo que una persona puede con facilidad pasar de una casa a otra recorriendo muchas en hilera. La pared que da al patio se levanta sobre la azotea hasta la altura del pecho; pero es solamente a veces una balaustrada o enrejado, si bien a los Israelitas se les mandaba que las aseguraran con pretilos, Deut. 22:8.

Se iba con mucha frecuencia a ellas con varios objetos, tales como para secar la ropa, el grano, el cáñamo, los higos y las uvas, Jos. 2:6; para platicar, 1 Sam. 9:25, y dormir, vers. 26. Samuel "llamó a Saúl que estaba en el terrado." Las azoteas se usaban para el culto idólatra, 2 Reyes 23:12; Jer. 19:13; 32:29; Sof. 1:5, para lamentarse en tiempo de calamidades públicas, Isaí. 15:3; Jer. 48:38, para proclamas públicas, Mat. 10:27, para observar en tiempo de peligro, 2 Sam. 18:24; Isaí. 22:1, y para hacer oración, Hechos 10:9. En ellas se levantaban barracas en la fiesta de los Tabernáculos, Neh. 8:16. Las puertas de las casas orientales se colocaban de un modo especial. Véase Quiciales. Algunas veces hacían fuego en el patio, Luc. 22:55, o se calentaban las piezas con carbón en un brasero portátil, como el de que habla Jer. 36:22. No se conocían las chimeneas, y el humo se escapaba por agujeros hechos en la pared, Óseas 13:3. La cocina está en el patio interior, cuando hay dos patios, y contiene una plataforma alta de ladrillo, con agujeros para el fuego a semejanza de "las chimeneas hechas abajo" mencionadas en Ezeq. 46:23. En las casas grandes había a veces departamentos especiales para el verano y el invierno, Jer. 36:22; Amós 3:15. En Jerusalén algunas casas no tienen menos de cuatro cisternas, cavadas en la roca caliza, 2 Reyes 18:31; a éstas se lleva el agua llovediza que cae de las azoteas. Se tenía gran cuidado y aún se tiene, en preparar los cimientos de las casas, 1 Reyes 5:17, excavando muchos pies hasta llegar a las rocas sólidas, en donde se levantan arcos hasta llegar a la superficie, Luc. 6:48. De una casa nueva se hacía la dedicación por su dueño, Deut. 20:5.

"Casa" denota algunas veces una familia. Gén. 12:17; Exod. 1:21; propiedades, 1 Reyes 13:8; el cuerpo terrenal y espiritual, Eccl. 12; 2 Cor. 5:1; el sepulcro, Job 30:23; Isaí. 14:18; el Tabernáculo, Exod. 23:19; la Iglesia, 1 Tim. 3:15; y el cielo, Juan 14:2.

"Casa de los libros," y "casa de los tesoros" significan los lugares respectivamente en donde se depositaban los archivos públicos. Esdr. 6:1; 5:17.

"Casa de Dios," Jueces 20:18, 26, 27; 21:2, Betel, en donde el arca de Dios permaneció por algún tiempo. Véase Betel.

Casa de esquiteo, Heb. *Beth-eked Haroim*, 2 Reyes 10:12, 14, un lugar entre Jezreel y Samaria, en donde Jehú mató a 42 miembros de la familia real de Judá. La Septuaginta y Eusebio lo hacen nombre propio, Beth-eked; y el último habla de él como de una población de Samaria, situada en el llano de Jezreel, a 15 millas romanas de Megiddo. Conder sugiere que puede ser Akadah, en el lado occidental de la llanura.

Casa del tesoro, denota aquella parte del templo donde eran depositadas las ofrendas del pueblo dedicadas a fines sagrados; había departamentos para los diezmos de harina, vino, aceite, etc., 1 Crón. 9:26; Neh. 10:38; 13:4-9, y cofres para guardar donativos de dinero, los que los Rabinos dicen estaban en el "Atrio de las Mujeres" y eran trece, Mar. 12:41; Luc. 21:1; Juan 8:20. Los reyes tenían sus casas de tesoro, Ester 3:9, y oficiales a cargo de ellas, Esdr. 1:8. Los oficiales de esta clase nombrados por los

reyes de Babilonia tenían cierta autoridad; Esdr. 7:21; Dan. 3:2, 3. La nieve, el viento, la lluvia, y el granizo, se dice que proceden de los tesoros de Dios, 2 Crón. 7:13; Job 38:22; Salm. 135:7; Jer. 51:16.

CASIA, la corteza de un árbol oloroso, de la cual se extractaba un ingrediente del óleo santo o unción, Exod. 30:24; Salm. 45:8; Ezeq. 27:19.

CASIFIA, la habitación de muchos de los judíos desterrados, estaba probablemente entre Babilonia y el Mar Caspio, Esdr. 8:17.

CASIS, abrupto, valle de, una ciudad en la frontera oriental de Benjamín, Jos. 18:21, tal vez en el valle llamado Kaasis, entre Jericó y Betania.

CASLUIM, descendientes de Mizraim. Véase Caftorim.

CASTIGOS. Las penas infligidas en los tiempos antiguos por varios crímenes y delitos, variaban en diferentes naciones y en diferentes épocas. El castigo capital para asesinato fue permanentemente instituido en el origen de la raza humana, y Caín fue librado de él únicamente por una especial interposición de Dios, Gén. 4:14, 15. Fue preceptuado de nuevo, dando razones para ello, después del diluvio, Gén. 9:5, 6, y en el desierto, Núm. 35:9-34, y fue desde hace mucho tiempo y casi en todas partes reconocido por la humanidad entera.

Otros delitos por los cuales la ley de Moisés prescribía la pena de muerte, eran la blasfemia, Lev. 24:14-16, 23; la idolatría, Lev. 20:2; Deut. 13:5-15; el deshonor al padre, Exod. 21:15, 17; Deut. 21:18-21; el adulterio, Lev. 20:10; Deut. 22:22, 25; el ser robador de hombres, Exod. 21:16; el testimonio falso en casos capitales, Deut. 19:16, 19.

Los modos de aplicar el castigo capital prescritos en la ley de Moisés, eran la lapidación, Exod. 19:13; Deut. 13:10; Juan 8:5, 7, 59; Hechos 7:58, 59; atravesando al reo con una lanza o con espada, Exod. 19:13; 32:27; Núm. 25:7,8; 1 Reyes 2:25; la horca, Núm. 25:4; Deut. 21:22; 2 Sam. 21:6-9; la hoguera, Lev. 20:14; 21:9; comp. Gén. 38:24. Algunos creen que la horca y la hoguera se empleaban en raras ocasiones por los judíos, si no era hasta después de que la muerte se había infligido por otro medio, como en el caso de Acán, Jos. 7:24, 25. Según la ley de Moisés, la acusación debía ser sustanciada por más de un testigo, y en casos capitales los testigos mismos debían empezar a ejecutar la sentencia de muerte, Deut. 13:9; 17:6, 7; 19:15; Juan 8:7; Hechos 7:58. Los Hebreos practicaban otros diversos medios de infligir la pena capital, o llegaron a ser conocidos de ellos por su trato con otras naciones, como la decapitación, 2 Reyes 10:6-8; Mat. 14:8-12; el lanzamiento de precipicios, 2 Crón. 25:12; Luc. 4:29; el descuartizamiento, Dan. 2:5; 3:29; Heb. 11:37; el estiramiento del cuerpo en una armadura en forma de rueda, Heb. 11:35; la exposición a las fieras, Dan. 6; 1 Cor. 15:32; el ahogamiento, Mat. 18:6; y la crucifixión, Juan 19:18. Los Egipcios acostumbraban ahorcar, Gén. 40:19, 22, y parece que lapidar, Exod. 8:26. La horca se usaba también entre los Persas, Ester 2:23; 7:10; y la hoguera entre los Babilonios, Jer. 29:21,22; Dan. 3.

Los castigos secundarios prescritos en la ley eran las represalias a la medida del mal causado, Exod. 21:23-25; Deut. 19:19; véanse también Jueces 1:7; Jer. 52:11; Ezeq. 23:25; compensación por la pérdida de tiempo, de poder, de propiedad o de honor, Exod. 21:18-36; Lev. 24:18-21; Deut. 19:21; se exigía por hurto la restitución del doble y hasta el quintuple del objeto robado, Exod. 22; la flagelación, Lev. 19:20; Deut. 22:18, siendo el límite 40 azotes, Deut. 25:3; 2 Cor. 11:24. Como los castigos se ejecutaban inmediatamente, la ley Mosaica no prescribía prisión, pero ésta estuvo en uso en tiempo de los reyes,

2 Crón. 18:26; Jer. 37:15, y después de ellos, Esdr. 7:26; Mat. 4:12. El calabozo se empleó entre los Hebreos, Jer. 20:2, y el cepo entre los Romanos, Hechos 16:24, El destierro entre los Hebreos consistía en algunos casos en el confinamiento a una localidad prescrita, o en privarlo a uno del acceso al rey, 2 Sam. 14:24; 1 Reyes 2:36. Fue practicado por los Romanos, Apoc. 1:9.

CASTOR y POLUX, hijos gemelos de Júpiter y Leda, y guardianes de los marinos, según la mitología griega y romana. Las embarcaciones tenían frecuentemente sus imágenes en la proa, y llevaban sus nombres, Hechos 28:11.

CÁTEDRA DE MOISÉS, Mat. 23:2, la autoridad de aquel legislador, de la cual participaron los escribas y fariseos, en cuanto a que ellos enseñaron en armonía con él.

CATÓLICO. Este término es griego y significa universal. La verdadera Iglesia de Cristo se llama católica, porque se extiende por todo el mundo, y a todos los tiempos. En los tiempos modernos la Iglesia de Roma se ha usurpado este título, aplicándolo sin razón exclusivamente a ella. "Las Epístolas Católicas" son cinco, llamadas así porque fueron dirigidas a la iglesia en general y no a alguna particular. Son una epístola de Santiago, dos de Pedro, una de Juan y una de Judas.

CAUTIVIDAD. Dios con frecuencia castigaba los pecados de los judíos por medio de cautividades o servidumbres, según sus amenazas, Deut. 28. Su primera cautividad, sin embargo, de la cual Moisés los libró, debe considerarse más bien como un asentimiento de la Providencia, que como castigo de sus pecados. Hubo seis subyugaciones de las doce tribus durante el periodo en que gobernaron los Jueces. Pero las cautividades más notables, o más bien las expatriaciones de los Hebreos, fueron las de Israel y Judá bajo el gobierno de los reyes. Israel fue llevado cautivo en parte, por el año 740 A. C. por Tiglat-Pileser, 2 Reyes 15:29. Las tribus que estaban al este del Jordán, con partes de las de Zabulón y Neftalí, 1 Crón. 5:26; Isaí. 9:1, fueron las que primero tuvieron que sufrir. Veinte años después Salmanasar se llevó el resto de Israel, 2 Reyes 17:6, y los colocó en distintas ciudades, muchas de ellas probablemente a corta distancia del Mar Caspio; y el lugar que dejaron fue ocupado por colonias de Babilonia y Persia, 2 Reyes 17:6-24. Haciendo a un lado ciertas profecías, Isaí. 11:12, 13; Jer. 31: 7-9, 16-20: 49: 2; Ezeq. 37:16; Oseas 11:11; Amós 9:14; Abdías 18; 19, etc., que se interpretan de varias maneras para significar un regreso pasado o futuro, una restauración física o espiritual, no hay evidencia alguna de que las diez tribus como cuerpo, hayan vuelto jamás a Palestina.

A Judá se le reconocen generalmente tres cautividades: 1. En el tercer año bajo el gobierno de Joacim, 606 A. C., cuando Daniel y otros fueron deportados a Babilonia, 2 Reyes 24:1, 2; Dan. 1:1. 2. En el último año de Joacim, cuando Nabucodonosor hizo deportar a Babilonia a 3,023 Judíos; o más bien, bajo el gobierno de Joachin cuando este príncipe fue enviado también a Babilonia; esto es, en los años séptimo y octavo del reinado de Nabucodonosor, 598 A. C., 2 Reyes 24:12; 2 Crón. 36:8, 10; Jer. 52:28. 3. Bajo el gobierno de Sedequías 588 A. C., cuando Jerusalén y el templo fueron destruidos y casi todo lo que era valioso entre el pueblo, incluyendo sus tesoros, fue llevado a Babilonia, 2 Reyes 25; 2 Crón. 36. Esto acaeció 132 años después de la cautividad final de Israel. Los setenta años que tenían que permanecer en la cautividad, Jer. 25:11; 29:10, se cuentan probablemente desde la fecha de la primera cautividad, 606 A. C. Además de las tres ocasiones mencionadas, se hace alusión a otras varias invasiones y cautividades parciales en 2 Reyes 15:19; 17:3-6; 18:13; 25:11.

Mientras estuvieron en Babilonia los Judíos, fueron tratados con benignidad, y como colonos más bien que como esclavos. Tenían jueces y ancianos que los gobernaron, y decidían judicialmente sus asuntos

contenciosos, según sus leyes. Los libros de Nehemías y de Daniel nos muestran a judíos que ocupaban altas posiciones en la corte, y el libro de Ester celebra el número de ellos y su poder en el Imperio persa. Había sacerdotes entre ellos, Jer. 29:1, y conservaron sus registros genealógicos, y muchos de sus ritos y costumbres. Los profetas trabajaron y no en vano, en mantener viva la antorcha de la religión verdadera.

Por fin los setenta años se cumplieron, y Ciro, en el primer año de su reinado en Babilonia, 536 A. C. expidió una proclama para todo su Imperio, permitiendo que el pueblo de Dios volviera a su propio país y reedificara el templo, Esdr. 1:11. Cerca de 50,000 aceptaron esta invitación, si bien una gran parte prefirieron permanecer donde estaban, Esdr. 2:2; Neh. 7:7. Esta compañía echó los cimientos del segundo templo, que fue terminado en el sexto año de Darío, 516 A. C. Cincuenta y ocho años después, Esdras condujo una pequeña compañía de 7,000 hombres de Babilonia a Judea. Le sucedió como gobernador Nehemías, que trabajó fielmente y con buen éxito en reformar al pueblo, y muchos de los buenos frutos de sus trabajos subsistieron hasta en tiempo de Cristo. El carácter y el idioma de los judíos sufrieron notables cambios a causa de su larga permanencia entre los extranjeros, Neh. 8:8, y es digno de llamar la atención el hecho de que poco hayamos oído hablar de ídolos o de idolatría entre ellos después de su cautividad.

Probablemente no hay nadie de la posteridad de Jacob que pueda probar ahora de cuál de los doce hijos de éste es descendiente. Habiendo sido separados tanto Judá como Israel de “la parte de su heredad” en Canaán, y hallándose dispersos entre los extranjeros, las varias tribus han tenido naturalmente que amalgamarse entre sí, no existiendo ya la envidia que dividía a Judá y a Efraín, y reviviendo la memoria de Abraham, Moisés y David, Esdr. 6:16. 17; 8:35; Ezeq. 37:26-28. Se les llama los “dispersos entre los gentiles,” Juan 7:35, y dos de las epístolas inspiradas les fueron escritas a ellos, Sant. 1:1; 1 Ped. 1:1.

La última cautividad de los judíos, 71 A. D., después que hubieron llenado la medida de su iniquidad rechazando a Cristo y al evangelio, fue terrible. Según Josefo, perecieron 1,100,000 en el sitio puesto a Jerusalén por Tito, y cerca de 100,000 cautivos fueron diseminados entre las provincias y muertos en espectáculos de gladiadores, condenados a trabajos forzados, como esclavos públicos, o vendidos como cautivos privados. Este grabado representa la medalla del emperador Vespasiano, 71 A. D., en memoria de la captura de Jerusalén. Bajo el emperador Adriano 133 A. D. sufrieron una opresión igualmente destructora los judíos que habían vuelto a reunirse en Judea; y hasta hoy se hallan diseminados por todo el mundo, no con fundiéndose, sin embargo, con las gentes entre las cuales viven, sufriendo bajo el desastre que la incredulidad atrajo sobre sus padres y sobre ellos mismos, hasta que llegue el tiempo en que Cristo “hará desaparecer la impiedad de Jacob,” Rom. 11:25, 26.

CAUTIVOS, tomados en guerra, parece que antiguamente se veían como justamente merecedores de la pena de muerte, y de consiguiente de cualquier tratamiento menos terrible que esta pena. Se les ponía el pie sobre el cuello, Jos. 10:24, en prueba de sujeción abyecta, lo cual ilustra lo que dice el Salm. 110:1. Eran vendidos para la esclavitud, como José. Eran mutilados como Sansón, Adonizedec o Sedequías. Eran despojados de todos sus vestidos y llevados en tropel como trofeo del triunfo del vencedor, Isa. 20:4. Se escogían grandes cantidades de ellos, midiéndolos a menudo con cordel, 2 Sam. 8:2, y los mataban, 2 Crón. 25:12. Esto se hacía a veces con premeditada crueldad, 2 Sam. 12:31; 1 Crón. 20:3. Véase Nínive, también 2 Reyes 8:12; Nah. 3:5, 6; Zac. 14:2, se vendía a veces todo un pueblo como esclavo, o se le deportaba. Los Romanos solían atar un cautivo vivo a un cadáver, y lo dejaban que así ligado a él pereciera, práctica que puede ilustrar la exclamación del apóstol, ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librá del cuerpo de esta muerte?” Rom. 7:24.

CAZA. La relación que hace la Biblia respecto de los hombres primitivos, nos los presenta no como meros salvajes, subsistiendo de la caza, sino como que llevaban una vida agrícola y pastoril, morando en ciudades, y expertos en varias artes, Gén. 2:15; 4:2, 17, 20-22; 5:29. No se sabe que se haya hecho uso de alimento alguno animal antes del diluvio, pero a Noé se le permitió echar mano de animales tanto domésticos como silvestres para alimentarse con ellos, a condición de extraerles la sangre, Gén. 9:2-4. Nimrod fue un “vigoroso cazador,” Gén. 10:9, también Esaú, Gén. 25:27, 28; 27:3, 4; pero en general parece que los patriarcas pasaron una vida pacífica, agrícola y pastoril, Gén. 9:20; 13:2; 26:12-14; 37:2-7. En Egipto, según se muestra en los monumentos, se cultivaba la caza como diversión, empleándose los perros y los lazos. Cuando los Israelitas conquistaron a Canaán, la expulsión de los paganos tuvo que ser gradual, para precaverse de un indebido aumento de fieras, Exod. 23:27-30. Después se practicaba la caza, tanto de animales que se podían comer, Lev. 17:13; 25:7; Prov. 12:17, como de fieras. Se nos habla de animales de la especie del antílope y del ciervo, Deut. 12:15; 1 Reyes 4:23, y de leones y osos, Jueces 14:5; 1 Sam. 17:34; 2 Reyes 2:24, chacales, Jueces 15:4, y zorras, Cant. 2:15. Los métodos de cazar eran diversos: se usaban arcos y flechas, Gén. 27:3; los animales grandes, como el león, se presaban en fosos que se cavaban con ese objeto, 2 Sam. 23:20; Ezeq. 19:4-8; a algunos se les azuzaba haciéndolos andar por entre redes que circuían un gran trecho convergiendo y yendo a terminar en un vasto foso. Las trampas que se usaban eran de varias especies; algunas se tendían en el suelo por donde acostumbraba ser el rumbo del animal, para coger a éste enredándole las patas, Job 18:9, 10; Prov. 22:5. Los pájaros se atrapaban con una red extendida sobre un marco, o manteniéndola abierta colocada en un palo, de tal modo que tocándole cierto punto quedara encerrado el pájaro en ella, Amós 3:5; con una trampa que los apresara por las patas, Job 18:10; Salm. 140:5, o con una a donde fueran atraídos por otro pájaro amaestrado al efecto, Jer. 5:26, 27. Los monumentos asirios y babilonios muestran toros monteses y leones cazados por reyes montados a caballo o en carros. Se habla de la guerra bajo la imagen de la caza, Jer. 16:16.

CEBADA, se sembraba en Palestina entre los meses de Noviembre y Febrero, y se cosechaba en el periodo de la Pascua en adelante. Los Hebreos usaban frecuentemente pan de cebada, 2 Sam. 17:28; 2 Reyes 4:42; Juan 6:9, aun cuando se le consideraba inferior al de trigo. Compare Núm. 5:15; Jueces 7:13; Ezeq. 13:19. Los Árabes modernos ridiculizan a sus enemigos, llamándolos “comedores de pan de cebada.” La cebada se usaba mucho también para alimento del ganado, 1 Reyes 4:28.

CEBOLLA, el *Allium cepa*, una de las legumbres de Egipto que los Hebreos deseaban en el desierto., Núm. 11:5. Hasselquist dice que las cebollas de Egipto son notablemente dulces, suaves y nutritivas. Juvenal, Plinio y Luciano satirizan la supersticiosa importancia que los Egipcios le dan a este bulbo.

CEDAR, *oscuro*, el segundo hijo de Ismael, Gén. 25:13, mencionado por Plinio, padre de los Cedarianos o Cedreos, que moraban en las cercanías de los Nabateanos, en la Arabia Desierta, al este del Mar Rojo. Era una tribu grande y poderosa y no de muy buena reputación, Salm. 120:5, y su nombre Cedar se usa a veces para designar toda la Arabia Desierta y sus nómades habitantes, Isaí. 21:16, 17; 42:11; Jer. 2:10. Eran ricos en rebaños y camellos, de los cuales hacían comercio con Tiro, Isaí. 60:7; Ezeq. 27:21. Fueron despojados por Nabucodonosor, Jer. 49:28, 29. Sus tiendas de pelo negro de camello le dan a un paisaje mucho de pintoresco, Cant. 1:5.

CEDES, santuario, I., ciudad en la extremidad Sur de Judá o Simeón, Jos. 15:23; 19:9, probablemente Cades-barnea.

II. Ciudad levítica en Isacar, 1 Cron. 6:72.

III. Cedes-Neftalí, ciudad levítica fortificada y de refugio en Neftalí, Jos. 19:37; 21:32; 1 Crón. 6:72. Barac, juez de Israel, nació allí, y allí reunió sus fuerzas para darle una batalla decisiva a Sisera, Jueces 4:6, 10. Fue asolada por Tiglat-Pileser, 2 Reyes 15:29. Se supone que se halla en el moderno pueblo de Cades, 4 millas al noroeste del lago el-Huleh, en un cerro que da sobre la llanura del Jordán. Véase Saanaim.

CEDMA, hacia el este, el hijo menor de Ismael, Gén. 25:15; 1 Crón. 1:31.

CEDMONEOS, oriental o antiguo, Gén. 15:19, tribu de Cananeos que habitaba en la tierra prometida al este del Jordán, por el monte Hermón. Algunos se han imaginado que Cadmo, el que se supone inventor del alfabeto griego, y que vino del Oriente, fue Cedmoneo, y que las letras griegas se han derivado de las fenicias y las antiguas hebreas. Entre los Nusairi-yeh al Norte de Trípoli, Thompson halló este nombre conservado y una tradición de que sus antepasados habían sido expulsados de Canaán por Josué. Halló también otros fragmentos de este pueblo de aborígenes en los alrededores del monte Hermón.

CEDRO DEL LÍBANO, un árbol majestuoso, siempre verde, muy celebrado en las Escrituras, Salm. 92:12; Ezeq. 31 3-6.

Estos árboles son notablemente altos y gruesos; algunos tienen troncos de una circunferencia de 35 a 40 pies, y de unos 90 de altura. Del cedro nacen ramas a diez o doce pies de distancia del suelo, grandes y casi horizontales; sus hojas tienen una pulgada de largo, son delgadas y derechas, y crecen apiñadas. El árbol produce un pequeño cono como el del pino. Este árbol no es peculiar sólo al Líbano, sino que también crece en los montes Amanus y Taurus en el Asia Menor, y en otras partes del Levante, pero en ninguna alcanza la corpulencia y elevación que tiene en el primero de los montes citados. Ha sido cultivado igualmente en los jardines de Europa; dos se hallan en Chiswick, Inglaterra; uno en el Jardín de Plantas de París, y es posible que haya mayor número de cedros tiernos en Inglaterra que en Palestina. La hermosura del cedro consiste en la proporción y simetría de sus extendidas ramas, y de su copa de forma casi cónica. La goma que se destila tanto del tronco como de los conos o de la fruta, es suave como el bálsamo, y su fragancia es como la del bálsamo de la Meca. Todo el rededor del árbol tiene un olor balsámico muy pronunciado; y de aquí que el agradable aroma del bosque entero cause positivo placer el recorrerlo, Cant. 4:11; Oseas 14:6. Su madera es en extremo durable, Salm. 92:12; no está expuesta a podrirse ni a apelmazarse; y por eso se usaba mucho para cubríos y para tablas con que se cubrían las casas, y se formaban los pisos y cielos de las piezas. Era de un color rojizo, hermosa, sólida y sin nudos. El palacio de Persépolis, el templo de Jerusalén y el palacio de Salomón, estaban todos en parte contruidos con cedro; y “la casa de los bosques del Líbano” tenía este nombre quizá debido a la cantidad de esta madera usada en su construcción, 1 Reyes 7:2; 10:17.

De los bosques de cedro que en un tiempo cubrían el Líbano, han quedado comparativamente pocos, Isaí. 2:13; 10:19, bien hay todavía muchos árboles y bosques diseminados en diversas partes. El Rev. H. H. Jessup, misionero Americano, y el Dr. Post, visitaron once bosques diferentes, en dos de los cuales se contaban miles de cedros. Los árboles más grandes y viejos que antiguamente se creía eran los únicos, se hallan en un bosque que está un poco más allá del camino que atraviesa el Monte Líbano, de Baalbek a Trípoli, 6,400 pies sobre el nivel del mar, y 3,000 pies abajo de la cumbre del monte en el lado occidental, al pie de esta, que es sin duda la más alta de la cordillera del Líbano. Este bosque se compone de unos cuantos árboles muy viejos, quizá del tiempo de Cristo, entremezclados con 400 o 500 nuevos. Véase Líbano.

Además del verdadero cedro del Líbano, la palabra cedro en la Biblia parece que algunas veces significa el enebro, Lev. 14:4, 6, 49-52; Núm. 19:6; y algunas veces el pino, Ezeq. 27:5, y tal vez 1 Reyes 5; 6; 7; 9:11, o el abeto.

CEDRÓN, turbio, negro, una corriente de invierno, y el valle por el cual corría al este de Jerusalén. Este valle comienza una milla y cuarto al noroeste de la ciudad, pasa con dirección al este cosa de 200 varas al Norte de la actual muralla, lleno de tumbas excavadas, y gira hacia el Sur. Allí está ancho y abierto, con olivos y otros árboles frutales; pero a medida que corre al Sur, entre la ciudad y el monte de los Olivos, se angosta y profundiza. Frente al monte Moría no es otra cosa que el lecho de un torrente que queda 100 pies abajo del muro de la ciudad y 500 pies más abajo que la cumbre del monte de los Olivos. Se hunde todavía más profundamente cuando pasa por Siloam, al valle de Hinom y al pozo de Nehemías, y entonces se dirige serpenteando al sudeste formando una garganta angosta y rápida por el horrible desierto de San Sabas, hacia el Mar Muerto. El Cedrón es ahora más bien una cañada que un arroyo, pues su lecho se mantiene seco la mayor parte del año; aun en la estación de las lluvias no tiene una corriente constante, si bien las lluvias fuertes y continuas forman un torrente impetuoso aunque de corta duración. Si sus aguas fueron “las que corrían por en medio del territorio,” las que Ezequías detuvo tapando en su origen “el manantial de arriba de Gehón,” y haciendo volver las aguas a la ciudad, 2 Crón. 32:4, 30, esto explicaría en parte su actual estado de sequedad. Está atravesado por una calzada y un puente de un solo arco, entre la puerta de San Estevan y el huerto de Getsemaní, en donde el valle, casi plano, tiene una anchura de 400 pies. Por este camino probablemente huyó David de Absalón, 2 Sam. 15:23, 30; y el Salvador lo pasó frecuentemente al ir a Betania, al monte de los Olivos y a Getsemaní, Luc. 22:39; Juan 18:1, 2.

El segundo puente cruza la barranca 1,000 pies al Sur, y 150 pies abajo del muro de la ciudad. La barranca sigue corriendo por un espacio de 500 yardas más, a “la Fuente de la Virgen” y el pueblo de Siloam; entonces pasa el valle del Tyropeón, sesgando de la derecha hacia abajo, y luego el valle de Hinom de una anchura de 200 yardas, encontrándose en el extremo de abajo en-Rogel, o sea hoy Bir Ayub o el pozo de Job. Esta región es actualmente fértil y está cultivada, siendo antiguamente “el Jardín del Rey,” Neh. 3:15. La parte histórica del Cedrón tiene por tanto como $2\frac{3}{4}$ millas de largo. Sus faldas están llenas de tumbas antiguas y modernas, pues los judíos fincan cierto anhelo aún en ser sepultados en el monte de los Olivos, y los musulmanes emplean para sus sepulcros la falda del valle contigua a la ciudad. En la confluencia de este valle y del de Hinom, los reyes Asa, Josías y Ezequías destruyeron los ídolos y las abominaciones con que Jerusalén estaba contaminada, 1 Reyes 15:13; 2 Reyes 23:4,6. 12; 2 Crón. 29:16; 30:14. Véanse Hinom y Jerusalén. Toda su longitud en línea recta sería de 15 millas, y cae al Mar Muerto al Sur de Ras-Feshkhah, por una garganta de una altura de 600 pies, habiendo descendido 3,792 pies. Como a 8 millas de Jerusalén se halla el convento griego, Mar Saba, más allá del cual la hondonada se llama Wady en-Nar, valle de fuego. Véase Mar, III. Una parte de las aguas del antiguo Cedrón venía del templo mismo, bajando por varios canales hasta el profundo lecho del arroyo. El profeta Ezequiel hace uso de este hecho en su hermosa alegoría, prediciendo el río de la divina gracia que al fin renovará el mundo. La corriente que él describe sale del templo, de junto al altar de Dios; corre con un volumen siempre creciente que lleva consigo al espantoso desierto verdura, fertilidad y melodía, y aun endulza las amargas aguas del mismo Mar Muerto, Ezeq. 47:1-12.

CEELATA, *reunión*, 21° estación de los Hebreos en sus peregrinaciones, Núm. 33:22, 23.

CEFAS, una piedra, nombre siriaco o hebreo moderno, dado a Pedro por Cristo, Juan 1:42. El griego *Petros* y el latín *Petrus* tienen el mismo significado. Véase Pedro.

CEGUERA. Esta desastrosa enfermedad está muy extendida en el Oriente, en donde muchas causas físicas se unen para causarle perjuicio a la vista; el sol es ardiente, y en la atmósfera flota un polvo muy fino que penetrando en los ojos los lastima; los insectos son también muy numerosos, y ya producen, o ya desarrollan las enfermedades de la vista. Los ejércitos de Francia y de Inglaterra, mientras estuvieron en Egipto, sufrieron mucho de enfermedades oftálmicas. La ceguera se perpetúa como una enfermedad contagiosa por los inmundos hábitos de los nativos. También ocurre con mucha frecuencia en la costa de Siria, pues en Jaffa una décima parte de la población ha perdido uno de sus ojos cuando no ambos.

En los tiempos antiguos les sacaban a menudo los ojos a las personas odiadas o temidas, Jueces 16:21; 1 Sam. 11:2; 2 Rey. 25:7. Algunas veces se infligía la ceguera como castigo, Gén. 19:11; Hechos 13:11; con frecuencia se amenazaba con ella como pena, Deut. 28:28; y había ocasiones en que se enviaba y se quitaba milagrosamente, 2 Reyes 6:18-20; Hechos 9:9-18. A los judíos se les prevenía por las leyes humanitarias de Moisés, que mostrasen toda clase de bondades y consideraciones a los ciegos, Lev. 19:14; Deut. 27:18. Ninguno que adoleciera de esta enfermedad podía ejercer las funciones de sacerdote, Lev. 21:18.

Nuestro Salvador curó milagrosamente muchos casos de ceguera, tanto causada por enfermedad como de nacimiento. En estos últimos casos había un doble milagro, porque no sólo se restablecía el órgano de la vista, sino también se daba la facultad de usarlo, cosa que solo se adquiere generalmente con una larga experiencia, Marcos 8:22-25. La unción con barro, Mat. 9:29; Juan 9:6, no puede haber tenido ningún efecto curativo. La curación fue enteramente milagrosa, pues Cristo impartió primero fe en su divino poder y amor, y después puso a las esferas privadas de vista en aptitud de luchar—en su ansiedad por contemplar al Señor—por adquirir la facultad de la visión.

La palabra “ceguera” se usa muchas veces para denotar la ignorancia y el error, especialmente nuestra pecaminosa falta de discernimiento en cuanto a cosas espirituales, Isaí. 42:18-20; Mat. 15:4; 2 Cor. 4:4. El abuso de la misericordia de Dios aumenta esta ceguera, Juan 12:40.

¡Benditos son los ojos que recobran la vista en su lucha por contemplar al Redentor!

CEILA, *ciudadela*, I., ciudad fortificada en la llanura de Judá, hacia el Sur, Jos. 15:44; véase Ceila II., a la cual David libertó una vez de un sitio de los Filisteos; pero una parte de sus habitantes, los Baalistas, procuraron después entregarlo a Saúl, 1 Sam. 23:1-3. Compare Salm. 31:6, 8, 21. Dos de sus gobernantes ayudaron a reconstruir a Jerusalén, Neh. 3:17. Puede situarse en Khubbet Kilah, ocho millas al noroeste de Hebrón.

II. Descendiente de Caleb, 1 Crón. 4:15, 19.

CELO. Véase, Adulterio. “La imagen del cielo,” Ezeq. 8:3, 5, es lo mismo que Tamuz en vers. 14. Véase Tamuz

CELOCÍA. Véase pág. 130.

CELOSO, Celador o Zelotes, lleno de celo. En varios pasajes la palabra griega así traducida se emplea en sentido favorable, Tito 2:14, especialmente tratándose de aquellos que eran celosos de la ley Judaica, Hechos 21:21; 22:3; Gál. 1:14. En otras partes denota un fanático que obra apasionadamente y con celo ardiente.

Después del tiempo de Cristo la palabra era comúnmente aplicada a una sociedad de individuos particulares que sin ley ni autoridad alguna pretendían imponer a los demás sus propias opiniones respecto de lo que era justo y conveniente. A su modo de ver, era un gran crimen pagar tributo a los Romanos, y la rebelión era deber de todo judío patriota. Empezaron con moderación, pero se hicieron más y más violentos; y durante el sitio de Jerusalén por Tito, sus crímenes bajo el pretexto de celo por el Señor, como nos lo describe Josefo, eran espantosos, de manera que adquirieron el justo nombre de sicarios o asesinos. Como quiera que el germen de esta sociedad existiera en tiempo de nuestro Señor, algunos suponen que el apóstol Simón Zelotes era llamado así por haber pertenecido a dicho gremio, Luc. 6:15; Hechos 1:3. Su nombre Cananeo, del Siriaco kaneán, tiene el mismo significado que celoso, Mat. 10:4; Mar. 3:18. Poco más se sabe respecto de este Simón.

CELOCÍA, Jueces 5:28; 2 Reyes 1:2; Prov. 7:6, una obra de malla hecha para cubrir una ventana. Véase Casa.

CENA. Véanse Comida, Copa y Cena del Señor. Es digno de notarse que en la relación que hace Pablo de la institución de la cena del Señor, 1 Cor. 11:23-29, al pan se le llama tres veces “pan,” vers. 26-28, y al vino se le sigue llamando por nuestro Salvador “fruto de la vid,” Mat. 26:29, después de que ambas cosas habían sido bendecidas y dadas a los discípulos. La consagración no había cambiado en nada ninguno de los elementos. Para los detalles de las fiestas de amor que solían acompañar a la celebración de la cena del Señor, véase Fiestas.

CENA DEL SEÑOR, llamada también “el acto de partir el pan,” Hechos 2:42; 20:7, y “la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo,” 1 Cor. 10:16, es uno de los dos mandatos sencillos de la Iglesia cristiana, instituido por nuestro Señor en las más conmovedoras circunstancias, la noche de la Pascua, cuando fue traicionado, para que se observase por sus discípulos hasta su segunda venida. El pan y el vino, símbolos de su cuerpo partido y de su sangre derramada por nuestra redención, tienen qué ser probados por todo el que comulga, para conservar en la memoria aquel gran sacrificio, el fundamento de todas nuestras esperanzas y el motivo más poderoso para una vida santa y devota, Exod. 24:5-8; Rom. 3:25; 2 Cor. 5:14, 15. En la cena del Señor se renueva el pacto entre Cristo y su pueblo. Es también la muestra visible de hermandad cristiana; y todos los verdaderos creyentes—que se hayan unido a su iglesia, y observan una vida consecuente con los principios que profesan—todos y únicamente ellos tienen derecho a participar de la cena del Señor, 1 Cor. 5:6-8. En este sacramento los cristianos pueden esperar y deben procurar recibir de la plenitud de Cristo, gracia por gracia, 2 Cor. 1:21, 22; Efes. 4:15, 16; mientras que aquellos que participan de él de una manera descuidada se hacen culpables y pueden incurrir en castigo. Abusos de la clase indicada parece que corrompieron este culto en Corinto, o más bien las fiestas de amor, llamadas *agapae*, que lo acompañaban, 1 Cor. 11:20-34. El dogma de la Iglesia Romana de que el pan se cambia en el verdadero cuerpo y alma de Cristo, que el sacerdote ofrece de nuevo en sacrificio, es contrario a las Escrituras y a todos los sentidos, así como también al sentido común.

CENAZ, *cazador*, I., hijo de Elifaz y nieto de Esaú, Gén. 36:11, 15; 1 Crón. 1:36, cabeza de una tribu de Cenezeos en la Arabia Oriental, hacia el Golfo Pérsico; se supone que se hallan vestigios de ella en los Anezeh, que ahora forman una tribu muy grande y poderosa de los Beduinos orientales.

II. Príncipe Edomita, Gén. 36:42; 1 Crón. 1:53. Véase Jos. 14:14.

III. Hermano menor de Caleb, y padre de Otniel, Jos. 15:17.

IV. Nieto de Caleb, 1 Crón. 4:15.

CENCREA, puerto de Corinto, llamado actualmente Kenkries, en donde Pablo se dio a la vela para Éfeso, Hechos 18:18. Era un lugar de bastante importancia comercial, y donde quedaba situada una de las iglesias más antiguas, Rom. 16:1. Quedaba en el lado oriental del istmo, 809 millas al este de la ciudad, en el Golfo Sa-rónico. El otro puerto, que estaba en el lado occidental del istmo, era Lechaeum.

CENEZEOS, cazadores, un antiguo pueblo de Canaán, cuya tierra prometió Dios a los descendientes de Abraham, Gén. 15:19. Parece que se mezclaron con otros Cananeos y perdieron su nombre distintivo antes del tiempo de Josué.

CENIZAS. Manifestar arrepentimiento poniéndose cilicio y cenizas, o acostándose sobre éstas, era señal externa de aflicción por el pecado, o de pesar por alguna desdicha, Salm. 102:9. Esta costumbre la hallamos adoptada por Job, 2:8, por muchos judíos cuando tenían un gran temor, Ester 4:3; y por el rey de Nínive, Jonás 3:6. Las cenizas de una becerra colorada se usaban en ciertas purificaciones ceremoniales, Núm. 19; Heb. 9:13.

CENSO. Se refieren en la Biblia cuatro cómputos formales hechos de la población hebrea: el primero en el Monte Sinaí, Exod. 38:26, cuando el número de hombres mayores de veinte años ascendió a 603,550; el siguiente en el segundo año después del éxodo, Núm. 1-3; el tercero cuando iban a hacer su entrada a la tierra de Canaán, Núm. 26; y el último en el reinado de David, 2 Sam. 24:1-9; 1 Crón. 21:5; 27:24, cuando los hombres contados llegaron por lo menos a 1,300,000. Comparando con esto los grandes ejércitos levantados por los reyes subsiguientes, 2 Crón. 13:3, 17; 14:8, 9; 17:14-19; 25:5,6, y triplicando éstos números por las mujeres y los niños, tenemos la constancia de que la población de la Tierra Santa en su apogeo era más densa que la de los países más populosos de nuestros tiempos; y lo que Josefo manifiesta a este respecto es del mismo tenor.

CENTENO, Exod. 9:32; Isaí. 28:25, llamado “mijo” en Ezeq. 4:9. Es probable que su verdadero significado sea espelta. El centeno es un grano del Norte, que por rareza se cultiva en el Levante aun ahora, y era probablemente desconocido allí en los tiempos antiguos; pero la espelta, *Triticum spelta*, ha sido cultivada y apreciada en el Oriente por muchos siglos. Difiere poco del trigo, aunque es inferior, y su harina se mezcla a menudo con la del trigo para hacer pan.

CENTINELAS, o veladores, han existido desde que hubo ciudades, ladrones y guerras, Exod. 14:24; Jueces 7:19. Jerusalén y otras ciudades tenían guardas de día y de noche, Salm. 127:1; Cant. 3:1-3; 5:7, a cuyos gritos cada hora se refiere Isaías como una figura de la vigilancia que Dios exige de sus ministros, Isaí. 21:8, 11, 12; 62:6. En la actualidad los guardas de Jerusalén “no guardan silencio,” “no están callados durante el día ni durante la noche;” especialmente durante la noche y cuando se prevee el peligro, están obligados a pasar el grito cada rato, de manera que el grito da la vuelta por los muros de la ciudad. Los de Sidón hacen lo mismo. Los veladores tenían siempre su estación en cada garita, y en la torre o atalaya adjunta, 2 Sam. 18:24-27; 2 Reyes 9:27; también en las cumbres de los cerros desde donde dominaban las viñas y podían ver “ojo a ojo,” y “levantar la voz” de amonestación o de júbilo, Isa. 52:7, 8; y su ocupación de responsabilidades fue figurativo de la de los profetas y ministros, Jer. 6:17; Ezeq. 33:1-9; Heb. 13:17. En 2 Reyes 18:8, la frase “desde las torres de los atalayas,” en la viña remota, “hasta la ciudad fortalecida,” parece significar todo el país.

CENTURIÓN, oficial romano que mandaba cien soldados, semejante a un “capitán” de los tiempos modernos. Varios centuriones se mencionan con honra en el Nuevo Testamento, Mar. 15:39; Luc. 7:1-

10; Hechos 27:1, 3, 43; y el primer fruto para Cristo, de los gentiles, fue el generoso y devoto Cornelio, Hechos 10.

CENTURIONES, 2 Reyes 11:15; 2 Crón. 23:14, filas de soldados.

CEÑIR, acción de pasar un cable por debajo y alrededor de un buque varias veces para apretarlo desde la cubierta, a fin de evitar que se muevan y separen las cuernas y tablas durante un temporal, Hechos 27:17. Se ha recurrido a él con frecuencia en tiempos modernos.

CEPO. Job 13:27; 33:11, instrumento para sujetar los pies. En Jer. 20:2, 3, se ha traducido con poca propiedad por “calabozo,” en que el profeta Jeremías fue encerrado toda una noche. Algunos intérpretes eruditos suponen que la palabra hebrea usada en los pasajes citados significa el cepo común, que consiste en un marco con agujeros para sujetar allí los tobillos; otros suponen que es una picota o marco con agujeros para sujetar el cuello y las muñecas; y otros que se componía de cinco agujeros en que respectivamente se metían el cuello, las muñecas y los tobillos, quedando así el cuerpo encorvado. Se hace mención también de él asociándolo con el calabozo en Jer. 29:26, y en 2 Crón. 16:10, en donde en la Biblia española se ha traducido cárcel. Los cepos en que estuvieron oprimidos Pablo y Silas, Hechos 16:24, parecen haberles sujetado solamente los tobillos, y probablemente se parecían al instrumento usado en estos últimos tiempos en Europa y América, y en el cual la viga superior es movable. Los cepos y las picotas se colocaban con frecuencia en lugares públicos para poder agregar los insultos del populacho a los sufrimientos de esa mortificante sujeción, Jer. 20:2. Otra palabra hebrea es la que se ha traducido cepo en Jer. 29:26, interpretada por algunos por el término más general de “grillos.” La palabra traducida prisiones en Prov. 7:22, opinan algunos que quedaría mejor traducida por “grillos,” y es la misma traducida “calzados” en Isaí. 3:18.

CERASTA, especie de serpiente más comúnmente llamada víbora. La palabra cerasta se usa cinco veces en la Biblia, como traducción de cuatro diferentes palabras hebreas, que denotan diferentes serpientes de la especie venenosa. En Gén. 49:17, parece significar la víbora cornuda, de color de arena y de mordedura mortal; acostumbraba estar echada en las sinuosidades de la arena, y se lanzaba sobre el inadvertido viajero. En Salm. 58:4; 91:13, es probablemente el áspid. En Salm. 140:3, quizá la tarántula o alguna serpiente que brinca hacia atrás. Véanse Serpiente, Víbora.

CERTEOS o CERETIM, I., una porción de los Filisteos que según muchos suponen, tuvieron origen en Creta, 1 Sam. 30:14; Ezeq. 25:16; Sof. 2:5.

II. Una parte del cuerpo de guardia de David mencionado siempre con los Péleteos, 2 Sam. 8:18; 15:18; 20:7; 1 Crón. 18:17. Algunos suponen que eran extranjeros a quienes David tomó a su servicio cuando estaba entre los Filisteos. Los Geteos mencionados con ellos en 2 Sam. 15:18, no cabe duda de que lo eran. Otros creen que tenían este nombre por el cargo que desempeñaban de verdugos o correos. Véase Peleteos.

CEROS, encorvado, entre los Netineos que volvieron después del cautiverio, Esdr. 2:44; Neh. 7:47.

CERVIZ o CUELLO. Las frases erguir la cerviz, Prov. 29:1, y tener el cuello tieso, como un animal testarudo, ejemplifican la terca obstinación de los pecadores contra las instrucciones y mandamientos de Dios. El yugo del pecado es de hierro, Deut. 28:48; pero el de Cristo es suave, Mat. 11:29. “Poner el cuello” es aventurar la vida de uno, Rom. 16:4. Los conquistadores de los tiempos antiguos ponían algunas veces el pie sobre los cuellos postrados de los príncipes, en prueba de su subyugación,

pisándolos en el polvo. Esto se muestra a menudo en los monumentos egipcios y asirios. Su malignidad se volvía a veces sobre sus propias cabezas, Jos. 10:24, Salm. 18:40.

CÉSAR, originalmente sobrenombre de la familia juliana en Roma. Después de haber sido dignificado en la persona de Julio César, se hizo el nombre usual de los miembros de su familia que subían al trono. El último de éstos fue Nerón, pero dicha denominación continuó conservándose por sus sucesores, como una especie de título perteneciente a la dignidad imperial. Los emperadores a los cuales se alude bajo este título en el Nuevo Testamento, son Augusto, Luc. 2:1; Tiberio, Luc. 3:1; 20:22; Claudio, Hechos 11:28; y Nerón, Hechos 25:8; Fil. 4:22. Calígula, que sucedió a Tiberio, no se menciona.

CESAREA, llamada con frecuencia Cesárea de Palestina, en la costa del Mar Mediterráneo, a sesenta millas de Jerusalén, entre Joppa y Tiro, Hechos 10:23, 24; 21:8. Era antiguamente un pequeño lugar llamado Torre de Strato, pero fue reedificado con grande esplendor, y sólidamente fortificado por Herodes el Grande, quien formó un puerto construyendo un vasto dique semi-circular, adornó la ciudad con muchos edificios magníficos, y la llamó Cesárea en honor de Augusto. Estaba principalmente habitada por Griegos, y Herodes estableció en ella juegos cada cinco años, en honor del emperador. Esta ciudad fue la capital de Judea durante el reinado de Herodes el Grande y de Herodes Agripa I, y fue también el asiento del poder romano mientras Judea fue gobernada como provincia del Imperio. Estuvo sujeta a frecuentes conmociones entre los Griegos, los Romanos y los judíos, de manera que en una ocasión se dice que perecieron 20,000 personas en un día.

Se habla de ella en la historia evangélica, como residencia de Felipe el evangelista, Hechos 8:40; 21:8; y del centurión Cornelio, primicias de los gentiles, Hechos 10; 11:1-18. Allí fue herido Herodes Agripa por el ángel de Dios, Hechos 12:20-23. Pablo la visitó varias veces, Hechos 9:30; 18:22; 21:8, 16. Allí compareció ante Félix, quien tembló bajo sus apelaciones, Hechos 23:23; 24; allí estuvo preso por dos años; y después de haberse defendido ante Festo y Agripa, se hizo a la vela para la imperial Roma, Hechos 25:26; 27:1. Fue el lugar del nacimiento y la residencia de Eusebio, el historiador eclesiástico, a principios del siglo cuarto. Ahora se llama Kaisariyeh, y es solamente un montón de ruinas ocupadas por serpientes, escorpiones, lagartijas, jabalíes y chacales.

CESAREA DE FILIPO, ciudad a tres o cuatro millas al este de Dan, cerca del nacimiento oriental del Jordán, llamada antiguamente Paneas, ahora Banías, de una gruta contigua dedicada a Pan, y en la cual brotaba uno de los manantiales del expresado río. Estaba edificada en donde las montañas que se hallan al sudoeste de Hermón se juntan a la llanura arriba del Lago Huleh, en una elevada altiplanicie rodeada de hondonadas y corrientes de agua, siendo sus paredes gruesas y fuertes. Fue ensanchada y embellecida por Filipo, tetrarca de Traconitis, y llamada Cesárea en honor de Tiberio César. El nombre de Filipo le fue añadido, para distinguirla de Cesárea la del Mediterráneo. Nuestro Salvador visitó este lugar muy poco antes de su transfiguración, Mat. 16:13-28; Mar. 8:27-38; Luc. 9:18, 27. Después de la destrucción de Jerusalén, Tito hizo que los judíos cautivos combatesen allí y se matasen los unos a los otros en espectáculos gladiatorios. En el tiempo de las Cruzadas sufrió muchos cambios, y ahora es una insignificante población que se halla en medio de extensas ruinas, entre las cuales se ve un vasto castillo en una elevación, datando partes de la misma de una época que no es la última del Antiguo Testamento.

CESIA, CASSIA o QUESIA, *cassia*, el nombre fragante de la segunda hija de Job, Job 42:14.

CETRO, una "vara" o bastón adornado, a veces de seis pies de longitud, usado por los reyes, jefes y magistrados como símbolo de autoridad, Gén. 49:10; Núm. 24:17; Ester 4:11; 5:2; Isaí. 14:5; Ezeq. 19:11,14; Zac. 10:11. Véase Vara. Puede haberse derivado este uso del que hacían los pastores de su

cayado. Compare Núm. 27: 15-17. El cetro de Cristo es “vara de justicia,” Salm. 45:6, pero fatal a sus enemigos, Salm. 2:9; Dan. 2:44. “No será el cetro de la impiedad el que gobierne la tierra de los justos,” Salm. 125:3. En Jueces 5:14, en lugar de “pluma del escritor,” léase “cetro del gobernante.”

CETURA, fragancia, la esposa de Abraham después de la muerte de Sara, Gén. 25:1-6. Aun cuando se le llama concubina, tal vez esto sea para distinguir a sus hijos, así como a Ismael, de Isaac, el hijo de la promesa, Gén. 25:6; 1 Crón. 1:31; Gal. 4:22, 30. Sus hijos llamados Zimram, Jecmán, Madán, Madián, Jesboc y Sue, fueron establecidos por Abraham en la parte Oriental del país, fuera de la residencia de Isaac, y llegaron a ser los antepasados de muchas tribus árabes.

CHEMARIM, o CAMOREOS, 2 Reyes 23:5; Osea. 10:5; Sof. 1:4 [versiones antiguas], arúspices o sacerdotes idólatras.

CHERUB, plural CHERUBIM. Véase Querubines.

CHIPRE, isla grande del Mediterráneo, situada en la parte noroeste de aquel mar entre Cilicia y Siria, que tiene a la vista los Montes Líbano y Taurus. Tiene como 140 millas de largo y varía de 5 a 50 millas de anchura. Se le da una importancia especial entre las islas de Kithim, Ezeq. 27:6, etc. Sus habitantes estaban sumergidos en toda clase de voluptuosidad y relajación. Su principal deidad era Venus, que tenía un templo célebre en Pafos. La isla era en extremo fértil, y abundaba en vino, aceite, miel, lana, cobre, ágata y una especie de bello cristal de roca. Había también grandes bosques de árboles de ciprés. De las ciudades de la isla, se menciona en el Nuevo Testamento Pafos, que estaba en la costa occidental, y Salamina en la extremidad opuesta. El evangelio fue predicado allí desde los primeros años del cristianismo, Hechos 11:19, siendo Bernabé y Mnasón y otros cristianos eminentes, naturales de esa isla, Hechos 11:20; 21:16. Los apóstoles Pablo y Bernabé hicieron un viaje de misiones por ella, 46 A. D., Hechos 13:4-13. Véanse también Hechos 15:39; 27:4.

CHOZA, tienda rústica o barraca, hecha a menudo de ramas de árbol, Isa. 1:8; Sof. 2:6. En Isa. 24:20 denota una especie de hamaca o sillón elevado para el que cuida de un jardín.

CHUZA, mayordomo de Herodes Antipas, Luc. 8:3.

CIELO, levantado, alto, ya sea el reino material de las regiones atmosféricas y sidéreas, o la especial mansión de Dios y de los espíritus santos. En ambos casos se usa a menudo el plural en nuestro idioma y siempre en el griego, en las expresiones “Padre Nuestro, que estás en los cielos,” “el reino de los cielos,” etc.

1. En el primer caso la palabra cielo se pone en contraste con la palabra tierra, significando el cielo y la tierra todo el universo, Gén. 1:1. Se habla de él como de una grande expansión o “firmamento,” Gén. 1:6-8, representado metafóricamente como con puertas y ventanas que se abren o cierran para dar paso al agua o detener la, etc., Deut. 11:17; 28:12; Salm. 78:23; en él se han colocado el sol, la luna y los estrellas, Gén. 1:14-17; Deut. 4:19; Nah. 3:16; en medio de él vuelan las aves, Gén. 1:20; Apoc. 19:17. Tiene que ser destruido con la tierra, para dar lugar a “un nuevo cielo y a una nueva tierra” al fin de los tiempos, Isaí. 51:6; Mat. 24:35; 2 Ped. 3:10; Apoc. 21:1.

2. En el segundo sentido la palabra de nota el mundo de santa felicidad, la residencia especial de Dios, 1 Reyes 8:30; Mat. 5:45; el lugar de donde Cristo descendió, Juan 3:13; 1 Cor. 15:47, a donde ascendió, Luc. 24:51; 1 Ped. 3:22, y de donde tiene que venir otra vez, Fil. 3:20. Es la morada de los ángeles, Mat.

22:30; Mar. 13:32. A él pasó Elíseo, 2 Reyes 2:1. Allí Cristo intercede por su pueblo, Heb. 7:25; 8:1; 9:24; y allí le tiene preparado un lugar, Juan 14:2, 3; 1 Ped. 1:4, en donde todos al fin se reunirán. De él todo pecado y sus amargos frutos están excluidos para siempre. Para darnos idea de su felicidad superior a toda concepción, se han empleado muchas imágenes. Es un reino, una herencia; hay ríos de placer, árboles de vida, luz gloriosa, cánticos arrebatadores, túnicas, coronas, festejos, regocijos, tesoros, triunfos. Dios también nos hace positivas descripciones: los justos viven en la divina presencia; aparecen con Cristo en la gloria. El cielo es vida sempiterna, gloria, un eterno peso de gloria, salvación, reposo, paz, plenitud de alegría, la alegría del Señor. Hay diferentes grados en esa gloria, y un progreso en ella que nunca cesa ni jamás termina. Será un estado social, y su felicidad hasta cierto punto se originará de la comunión y comunicación íntima y de las expresiones y práctica de común benevolencia. Incluirá la perfecta pureza de cada uno de los santos; la deliciosa fraternidad con aquellos a quienes hemos amado aquí en el Señor, Mat. 8:11; 17:3, 4; 1 Tes. 2:19; 4:13-18; la presencia de Cristo y la conciencia de que todo es perfecto y sempiterno, Apoc. 7:9-17. Se nos enseña que tanto el cuerpo como el alma participarán de esta bendición; la consumación de nuestra bendición es subsiguiente a la resurrección del cuerpo; porque ha sido redimido así como el alma, y en la resurrección de los justos tomará una forma semejante a la del glorioso cuerpo de Cristo; quien al haber descendido del cielo, y al ascender de nuevo a él, prueba a las almas que tengan duda la realidad del cielo, y abre las puertas de éste a los culpables con su sacrificio expiatorio; y todos los que son admitidos a él por el mérito de su sangre serán hechos idóneos para ello por su gracia y hallarán su felicidad eterna en su amor. Véase Reino de los Cielos.

“El tercer cielo,” 2 Cor. 12:2, es probablemente equivalente a “el cielo de los cielos,” Deut. 10:14, los más altos cielos, que se creía estaban arriba de los cielos aéreos y sidéreos.

CIERVA, la hembra sin cuernos del ciervo; es activa, Gén. 49:21; comp. Jueces 4:6-10; 5:18; ligera, y pisa con firmeza en las rocas elevadas, 2 Sam. 22:34; Salm. 18:33; Hab. 3:19; cariñosa, Prov. 5:18, 19; Jer. 14:5; fácilmente se agita, Cant. 2:7; 3:5; y es tímida, Salmo 29:9. Véase Trueno.

CIERVO, cuadrúpedo montaraz, de tamaño mediano, entre el venado y el corzo. Sus cuernos los tiene inclinados hacia atrás, y son grandes y planos. El ciervo es muy tímido por naturaleza, y estaba reputado como limpio y bueno para comer, Deut. 14:5; 1 Reyes 4:23. Hay dos especies, conocidas ahora como el ciervo berberisco y el ciervo persa, que tienen una gran semejanza con el corzo, y que les eran sin duda conocidas a los judíos. Los cerratos se mencionan en los Prov., Cant., e Isaías, como hermosas criaturas y muy ligeras, Prov. 5:19. Véase Corzo.

CIENCIA, 1 Tim. 6:20. El apóstol se refiere a las falsas pretensiones a conocimientos superiores que caracterizaban las sectas gnósticas, las cuales exaltaban sus conceptos místicos sobre el puro evangelio de Cristo y el verdadero camino de la salvación, 1 Cor. 8:1; Col. 2:18-23.

CIGÜEÑA. Ave migratoria bien conocida, que pertenece al orden de los vadeantes, y está clasificada como inmunda en la ley Mosaica, Deut. 14:18, por alimentarse sólo de culebras, sapos, lagartijas, ratones campestres, etc., sino también de inmundicias y entrañas de animales, de donde resulta que su carne es ordinaria y poco apetitosa. Su nombre hebreo *chasidah* se deriva de la misma raíz que otro traducido a menudo “piedad” y “misericordia.” En todo tiempo ha sido considerada como un tipo de amor paternal y filial; los Romanos la llamaban “avis pius,” y su nombre inglés “stork,” lo hacen provenir algunos de la palabra griega *storge* que significa “afección natural.” En el gran incendio del Delft, Holanda, una cigüeña que vio que sus esfuerzos eran infructuosos para salvar a sus polluelos, pereció

voluntariamente con ellos. La antigua creencia popular de que los pájaros padres son cuidados en la decrepitud por sus polluelos, carece probablemente de fundamento. La cigüeña blanca común, *Ciconia Alba*, tiene cerca de cuatro pies de altura. Su plumaje es blanco, con excepción del de la mitad inferior de las alas, que es negro. Su largo pico y sus zancudas piernas son de un color escarlata, y sus dedos los tiene parcialmente unidos como los palmípedos. Se encuentra en toda la Europa desde Marzo hasta Octubre, tiempo en que emigra en parvadas numerosas al África. Es sumamente regular en el tiempo de su emigración y remonta su vuelo en el aire a grande altura, Jer. 8:7. Sus alas extendidas miden de un extremo a otro cerca de siete pies, y son muy fuertes, lo cual la pone en aptitud de volar con sorprendente rapidez, Zac. 5:9. La cigüeña no tiene órganos vocales, sino que hace un ruido como de castañuelas chocando entre sí la parte superior y la inferior de su pico. La cigüeña blanca busca la sociedad del hombre. En las ciudades hace sus nidos en los techos o chimeneas de las casas; en medio de las ruinas, en la cima de las columnas, torres y arcos; y fuera de allí, en la de algún árbol alto como el abeto, Salm. 104:17; atando las ramas superiores con varejones, etc., y cubriendo la superficie con paja, musgo y plumas; pone generalmente cuatro huevos. Año tras año aparece el mismo par de cigüeñas, y vuelve a ocupar el mismo nido. En Palestina abundan tanto la cigüeña blanca como la negra más pequeña, llamada *Ciconia nigra*; éstas se hallan en los distritos pantanosos más recónditos, en grandes parvadas, huyendo de los hombres y fabricando sus nidos en los árboles corpulentos. En las cercanías del Mar de Galilea, la cigüeña anda también en parvadas y anida en los árboles.

La cigüeña blanca era protegida por los antiguos a causa de su utilidad, y además por su bien reconocida adhesión a las personas. Vaga sin que nadie la perjudique por las calles de Holanda y Dinamarca, y por los bazares de la Siria y del África Septentrional.

CILICIA, la provincia Sudeste del Asia Menor, limitada al norte por la cordillera del Taurus, que la separaba de Capadocia, Lycaonia e Isauria; al sur por el Mediterráneo; al este por Siria, y al oeste por Panfilia. La parte occidental tenía la denominación de Aspera, mientras que a la oriental se le daba la de Campestre o plano. Este país era la provincia de Cicerón, cuando este fue procónsul, 52 A. C., y Tarso, su principal ciudad, fue el lugar del nacimiento del apóstol Pablo, Hechos 6:9. Muchos judíos residían en Cilicia y mantenían frecuentes relaciones con Jerusalén, en donde tenían una sinagoga, y se unieron a los otros Judíos en la oposición que se le hizo al progreso del cristianismo. Pablo mismo puede haber tomado parte en la discusión pública con Esteban, Hechos 6:9; 7:58. Después de su conversión visitó su provincia natal, Hechos 9:30; Gál. 1:21, y estableció iglesias, a las cuales se dirigió en la carta escrita por el Concilio celebrado en Jerusalén, Hechos 15:23. El apóstol hizo después otro viaje misionero entre estas iglesias, deseando ansiosamente su corazón presenciar y aumentar su prosperidad, Hechos 15:36, 41. El cristianismo floreció en Cilicia hasta que fue subyugada por los Turcos en el siglo octavo.

CÍMBALO, instrumento de música que consistía en dos platillos anchos de metal, de forma convexa, que al tocarse uno con otro producían un sonido agudo y penetrante. Por lo que se dice en Salmo 150:5, parece que tanto los címbalos de manos como los de dedos o castañuelas se usaban. Se tocaban en el templo y con ocasión de los regocijos públicos, 1 Crón. 13:8; 16:5, como se hace por los Armenios.

CINNERET o CINNEROT, ciudad en la playa occidental del Mar de Galilea, Núm. 34:11; Deut. 3:17; Jos. 11:2; 12:3; 19:35; 1 Reyes 15:20. Fue una ciudad cercada de Neftalí y dio su nombre al lago. Jerónimo supone que Tiberias ocupó después el sitio en que ella yacía.

CINTO o CINTURÓN. Los Orientales comúnmente usaban vestiduras sueltas que les caían hasta los pies; de manera que cuando querían correr o pelear, u ocuparse de algo, tenían la necesidad de ceñirse el vestido con un cinto o cinturón. Véase Juan 13:4, 5, 15. Era por lo mismo un símbolo de fuerza y

actividad, 1 Sam. 2:4; Job 12:18; Isaí. 45:5; Jer. 13:11; y “tener ceñidos los lomos,” es prepararse para algún servicio, 2 Reyes 4:29; Hechos 12:8; esperar el llamamiento o la venida de su amo o señor, Luc. 12:35. Un cinto apretado se creía también que aumentaba el poder de resistencia, y éste símil se usaba en las exhortaciones hechas al valor y a la fortaleza cristiana, Job 38:3; Jer. 1:17; Efes. 6:14; 1 Ped. 1:13. Tener el cinto flojo es estar enervado y sin disposición para ponerse en movimiento, Isaí. 5:27; 11:5. Los cintos de cuero eran usados por la gente común y también por los profetas, 2 Reyes 1:8; Mat. 3:4. Los cintos se hacían también de género de lino, Jer. 13:1; igualmente de seda, y algunas veces bordados, Prov. 31:24; Dan. 10:5; Apoc. 1:13; 15:6; y se usaban como presentes, 1 Sam. 18:4; 2 Sam. 18:11. Eran a menudo anchos y largos; se doblaban a lo largo, y se les daba vuelta varias veces al rededor del cuerpo. El cinto además servía como de bolsa para llevar dinero y otras cosas; véanse Mat. 10:9; Mar. 6:8, en donde la palabra bolsa corresponde a la griega, que significa cinturón. Los Árabes y otros orientales usan en la actualidad cinturones análogos a los antiguos; llevan también un cuchillo o puñal prendido en ellos, como lo hacían los Hebreos, 1 Sam. 25:13; 2 Sam. 20:8. Los escribientes llevaban sus tinteros de cuerno y los carpinteros sus reglas del mismo modo, Ezeq. 9:2. Los cinturones de los sacerdotes eran de un lino extraordinariamente fino, y se los ataban sobre la túnica, dándoles vuelta varias veces al rededor del cuerpo, y dejando que las puntas les colgaran hasta los pies, Exod. 28:4, 39, 40; 39:29; Lev. 16:4; Isaí. 22:21. El “cinto primoroso” del sumo sacerdote era una parte del efod mismo, Exod. 28:8; 39:5. Véanse los grabados bajo la palabra Vestidos.

CINA, *elegía*, ciudad en la extremidad sur de Judá, hacia el Mar Muerto, Josué 15:22.

CINEOS, obreros en hierro, pueblo de aborígenes que moraban al Este del Mar Muerto y se extendían muy hacia el interior de la Arabia Petrea, Gén. 15:19; 1 Sam. 15:6. Jetro o Ragüel, Madianita, Núm. 10:29, era Cineo, y su familia acompañó a los Israelitas y se estableció con otros Cineos en varias partes de la Tierra Santa, Jueces 1:16; 4:11; 1 Sam. 30:29; 1 Crón. 2:55. Eber y los Rechabitas eran sus descendientes, Jueces 5:24. Véanse Jonadab y Madián. Los Cineos de quienes se nos habla parece que conocieron y sirvieron a Jehová, y la tribu toda trató amistosamente a los Hebreos. Saúl los perdonó cuando fue enviado por Samuel a destruir a los Amalecitas entre quienes ellos residían, 1 Sam. 15:6; y David fingió ataque sobre ellos, pero los hizo partícipes de sus despojos, 1 Sam. 27:10; 30:29. Los Cineos mencionados en Núm. 24:21, 22, y Gén. 15:19, parece que fueron una antigua tribu árabe.

CIPROS. El cipros de Scio, y el alcanfor de Valera, en los Cánticos de Salomón 4:13, no es la goma de alcanfor que se halla en nuestras boticas, sino la flor de Chipre, como se le llama algunas veces, que es la Alba Lawsonia de los botánicos, la Henna de los Árabes, flor blanquisca y olorosa que cuelga en racimos como las uvas, en un arbusto que tiene de 4 a 6 pies de alto. Las señoras orientales hacen uso de las hojas secas y pulverizadas para darles a sus uñas, a sus pies y a sus manos un tinte anaranjado. Las uñas de las momias egipcias se han hallado teñidas de ese modo. Véase Ojo. Las flores de la Henna son fragrantas; y como están dispuestas en racimos, les gusta a las mujeres de Egipto llevarlas en el pecho.

CIRCUNCISIÓN, una incisión al rededor, porque en este rito se cortaba el prepucio. Era signo de consagración a Dios, y de purificación. Dios mandó a Abraham que usara la circuncisión como signo de su pacto; y así el patriarca, a la edad de 99 años, fue circuncidado, lo mismo que su hijo Ismael y todos los varones de su casa, Gén. 17:10-12. Dios repitió este precepto a Moisés, y ordenó que todos aquellos que quisiesen participar del sacrificio pascual recibiesen la circuncisión, y que este rito se practicara en los niños en el octavo día de su nacimiento, Exod. 12:44; Lev. 12:3; Juan 7:22; y acompañaba este acto al de darle su nombre, Luc. 1:59; 2:21. En él, como rito religioso del pacto, los varones representaban también a las mujeres de la casa. Los judíos fueron siempre muy exactos en observar esta ceremonia, y parece que no la descuidaron cuando estuvieron en Egipto, Exod. 4:24-26; Jos. 5:1-9; aunque la

suspendieron cuando andaban errantes en el desierto, estando enfadado Dios con ellos. Se les exigía a los esclavos, Gén. 17:12, 13, y a los prosélitos del judaísmo, Hechos 16:3, y siendo un rito doloroso, Gén. 34:25, fue una de las cargas de que el evangelio relevó a los judíos conversos.

Todas las otras naciones que descendían de Abraham, además de los Hebreos, como los Ismaelitas, los Árabes, etc., conservaron también la práctica de la circuncisión. En la actualidad es un rito esencial de la religión mahometana, y aunque no se prescribe en el Korán, prevalece en dondequiera que se halla esta religión. Se practica también en cierta forma entre los Abisinios y en varias tribus de la África meridional, como se hacía por los antiguos Egipcios. Pero no hay constancia de que fuese practicada en los niños, o de que haya sido una costumbre general, nacional o religiosa, antes de que Dios la preceptuase a Abraham.

La mayor parte de las naciones que rodeaban a los judíos, eran incircuncisas, como los Aveos, Gén. 34, y los Filisteos, a quienes con frecuencia se les llama "los incircuncisos," Jueces 14:3; de aquí viene lo que se refiere en 1 Sam. 18:25-27. Los judíos juzgaban la incircuncisión como una gran impureza; y la mayor ofensa que podían recibir era la de ser llamados "incircuncisos." Pablo frecuentemente hace mención de los gentiles llamándolos así, no oprobiosamente, Rom. 2:26; 4:9, sino para distinguirlos de los judíos, a quienes llama "la circuncisión," etc.

Las disputas en cuanto a la observancia de este rito por los convertidos del gentilismo al cristianismo, ocasionaron muchos disgustos en la iglesia primitiva, Hechos 15; y se pasó largo tiempo antes de que se comprendiese bien que "en Cristo Jesús la circuncisión no vale nada, ni tampoco la incircuncisión, sino una nueva criatura," Gál. 5:2, 3; 6:15.

La verdadera circuncisión es la del corazón, Rom. 2:29; y son "incircuncisos de corazón y de oídos," Hechos 7:51, los que no quieren obedecer la ley de Dios, ni abrazar el evangelio de Cristo.

CIRENE, una provincia de Libia, al oeste de Egipto, entre Gran Syrtís y el Mareotís, llamada ahora Cairoan, en la provincia de Barca. Algunas veces se le llamaba Pentápolis, por las cinco ciudades principales que contenía, y que eran Cirene, Apollonia, Arsinoe, Berenice y Ptolemaís. Cirene, la ciudad, fue colonizada por los Griegos por el año 631 A. C., y cayendo después de la muerte de Alejandro el Grande en manos de los Egipcios, fue después cedida por ellos a los Romanos, 75 A. C. De esta ciudad venía Simón el Cireneo, padre de Alejandro y de Rufo, a quien los soldados romanos hicieron llevar una parte de la cruz de nuestro Salvador, Mat. 27:32; Luc. 23:26. Ahora está en ruinas. Había muchos judíos en la provincia de Cirene, una gran parte de los cuales abrazaron la religión cristiana, aunque otros se le opusieron con mucha obstinación, Hechos 11:20; 13:1. También Hechos 2:10; 6:9.

CIRENEO, más bien *Publius Sulpitius Quirinus*, según el nombre latino, gobernador de Siria. Según la historia, Quirinus no fue propiamente gobernador de Siria sino hasta 6 A. D., algunos años después de la fecha dada en Luc. 2:2; y el único censo o empadronamiento de aquel tiempo mencionado por los historiadores profanos tuvo lugar cuando Cristo tenía de 8 a 10 años de edad. Compare Hechos 5:37. Sin embargo, las investigaciones críticas recientes, hechas por Zumpt, indican una gran probabilidad de que Quirinus haya sido dos veces gobernador de Siria: la primera de 4 a 1 A. C.; y el censo de que habla Luc. 2:2 puede haber sido menos conocido y memorable que el segundo, que parece fue continuación y complemento del primero. Fue un censo romano; pero hecho según lo usaban los judíos.

CIRO, el sol, hijo de Cambyses, príncipe de Elam. Su madre, o quizás su madre adoptiva, fue Mandane, hija de Astyages rey de los Medos. Su notable valor y habilidad pronto lo colocaron a la cabeza del

ejército persa; y haciéndose jefe de una revolución contra Astyages, lo destronó y se hizo rey de los Medas y los Persas, 559 A. C. Con sus fuerzas unidas comenzó una carrera de conquistas. Con “Darío el Meda,” probablemente su tío, Cyaxares, “rey” nominal “de los Medas,” conquistó a los Lidios, a los Griegos del Asia Menor y a Susiana; capturó a Babilonia; e invadió el Imperio Asirio. Siria y Palestina cayeron en poder de él; hizo algunas tentativas sobre el Egipto y la India, y murió en una guerra contra los Masagetae, en el río Laxartes, 529 A. C. El profeta Isaías predijo a Ciro, 44:28; 45:1-7, como libertador y restaurador de Judá, según pruebas que dio de serlo, 2 Crón. 36:22, 23; Esdr. x: 1-4. El profeta Daniel fue su ministro favorito, Dan. 6:28, y la influencia de estos dos hombres notables fue grande entre los paisanos de ambos. Ciro parece que reverenció a Jehová como al verdadero Dios, Esdr. 1:2, 3; Isaí. 41:2; y a éste héroe de la historia persa, a éste conquistador afamado en los anales clásicos, lo hallamos en las Escrituras reconociendo y obedeciendo al Rey del cielo.

CISMA, rotura o grieta, Mat. 9:16, usada generalmente en el Nuevo Testamento para designar una división dentro de la iglesia cristiana por altercados y disgustos, sin separación en cuerpos distintos, 1 Cor. 1:10; 12:25, 26. El pecado puede estar del lado de la mayoría, de la minoría o de ambos. Es un pecado contra el amor cristiano, y hiere el corazón del cristiano mismo, Juan 17:21; Rom. 12:4-21.

CITAS, en la Biblia las hay de tres clases: 1. Las hechas por los últimos escritores del Antiguo Testamento, referentes a los primeros, siendo de éstas muchas secciones de las Crónicas, y los últimos Salmos de los antiguos. Son principales entre los pasajes paralelos de esta clase, Núm. 26 con Gén. 46; Deut. 5 con Exod. 20; 1 Crón. 17 con 2 Sam. 7; Esdr. 2 con Néh. 7; Salm. 18 con 2 Sam. 22; Isaí. 2:1-4 con Miq. 4: 1-3; Isaí. 36-39 con 2 Reyes 18-20; Jer. 52 con 2 Reyes 24, 25; Abdías 1:8 con Jer. 4:9; Jonás 2:3 con Salm. 42:7; Jonás 2:5 con Salm. 69:2; Hab. 2:14 con Isaí. 11:9.

2. Citas de escritores paganos: Hechos 17:28 de Áratu; 1 Cor. 15:33 de Menandro; Tit. 1:12 de Callímachus o Epiménides; Gál. 5:23 de Aristóteles. Tal vez también Hechos 14:17 y Sant. 1:17.

3. Citas del Antiguo Testamento en el Nuevo. Éstas son numerosas y se han tomado generalmente de la Septuaginta, la cual debe verse. En el tiempo de Cristo esta versión estaba muy extendida, y era muy usada por los judíos, especialmente por los que residían fuera de Palestina. La entendía también el mundo gentil que hablaba el griego; y de aquí es que los escritores del Nuevo Testamento, al referirse al Antiguo, citaban, como era natural, la Septuaginta, más bien que la traducción que pudiera hacerse del original hebreo. En los casos en que la traducción Septuaginta varía del hebreo sin diferencias importantes, los escritores del Nuevo Testamento conservan con frecuencia sus variaciones, como en Mat. 15:9; compare Isaí. 29:13. En otros casos en que los errores de la Septuaginta causan discrepancia en el sentido, se han corregido por la hebrea, como en Mat. 21:5; 1 Ped. 4:8. A menudo se cita directamente, como en Mat. 4:15, 16; Juan 19:37. Y en algunos casos la hebrea y la Septuaginta se han combinado, como en Mar. 12:30. Además de las citas directas, los escritores del Nuevo Testamento abundan en referencias y alusiones al Antiguo, a veces señalando alguna profecía o tipo relativo a Cristo o a la dispensación espiritual introducida por él; la frase familiar “para que se cumpliera” y otras semejantes, muestran cuán lleno está el Antiguo Testamento de los gérmenes de verdad desarrollados en el Nuevo. Compare Isaí. 49:8 y 2 Cor. 6:2. Las citas y referencias al contenido de las Antiguas Escrituras, hechas en el Nuevo Testamento, se dice que llegan a 804.

CISNE, en hebreo *Tinshemeth*, mencionado como inmundo en Lev. 11:18; Deut. 14:16. El verdadero cisne no se halla en Palestina, y tal vez se alude al sagrado ibis egipcio, o más probablemente a la gallina purpurina, o gallineta de un plumaje azul oscuro, pico y patas coloradas, y uñas largas.

CISÓN, *serpenteando*, ahora el Nahr el-Mukatta, Jos. 19:11, arroyo que nace en la llanura de Esdraelon, cerca del pie del Monte Tabor. Después de pasar por la gran llanura y de recibir las aguas de varias corrientes pequeñas, corre hacia el noroeste a lo largo del pie del Monte Carmelo, y desagua en el Mediterráneo a corta distancia al sur de Acre. Las aguas que recibe de la cumbre del Carmelo (véase Carmelo, II.), hacen que sea una corriente perenne en una longitud de cosa de siete millas desde su boca. Toda la parte oriental de su canal, ahora que la gran llanura que recorre está destituida de árboles, permanece seca durante toda la estación del verano; y sin embargo, en el invierno y después de fuertes lluvias, crece hasta formar un torrente rápido y considerable. El hecho de haberse ahogado el ejército de Sisara, Jueces 4:13; 5:21, se compara a una destrucción semejante que sufrieron los Árabes al huir de los Franceses después de la batalla del Monte Tabor, Abril 18, 1799. El Deburieh, afluente del Cisón que le cae del noreste, está seco también en el verano, pero fácilmente forma un torrente fuerte y profundo, cuando crece con las lluvias que caen en las alturas de los contornos. Véase Megido.

CISTERNAS, o pozos, y depósitos de agua, eran muy comunes en Palestina, tanto en el campo como en las ciudades. Durante casi la mitad del año no caen lluvias, y las corrientes perennes, así como los manantiales, son a la verdad raras. Una gran parte de la población estaba principalmente atendida al agua que caía en la estación de las lluvias, y se conservaba en cisternas, 2 Sam. 17:18. El Dr. Robinson hace alusión a inmensos depósitos que estaban dentro y debajo del área del templo, abastecidos por el agua llovediza, y por el acueducto que venía de los tanques de Salomón, y dice: “Estos por sí solos, en caso de sitio, proporcionarían una regular cantidad de agua. Pero además de éstos, casi todas las casas de Jerusalén, de cierta extensión, se entiende que tienen por lo menos una cisterna, cuando no más, excavada en la blanda piedra calcárea sobre que está edificada la ciudad. La casa del Sr. Lanneau, en que nosotros residíamos, no tenía menos de cuatro cisternas, y como éstas pueden servir de muestra respecto de la manera cómo estaban abastecidas las mejores casas.

El agua se conduce a ellas durante la estación de las lluvias, y teniéndose el cuidado debido, se conserva pura y potable durante todo el verano y el otoño.” Cuando estaban secas, podían usarse como prisiones, Gén. 37:22; Jer. 38:6, o como graneros, como se hace actualmente; y beber agua sólo de la cisterna doméstica, quiere decir que uno está contento con los goces legales de su propia casa, Prov. 5:15. De tales cisternas y de otras llamadas más propiamente tanques o pozos, estaban provistos los campos para la irrigación, así como los caminos a ciertos intervalos, para comodidad de los viajeros, Salm. 84:6, y “cisternas rotas” de gran antigüedad pueden verse todavía de trecho en trecho, a lo largo de los caminos reales antiguos. Depósitos tan inciertos de placeres terrenales se encuentran en contraste con la fuente perenne del amor de Dios, Jer. 2:13. Las mismas causas condujeron a la erección de grandes depósitos abiertos para el uso del público a inmediaciones de todas las ciudades principales. Estos estaban contruidos de grandes piedras macizas, y en lugares donde las lluvias del invierno podían ser conducidas con facilidad. Todavía existen muchos depósitos por el estilo, y ruinas de otros varios. Véanse Betesda, Simeoam, y Salomón.

Se servían de las cisternas secas y de los hoyos como calabozos, Gén. 37:20; Jer. 38:6. Cubriéndolas ligeramente y poniéndoles un cebo, servían de trampas para coger animales monteses, treta que ejemplifica las redes que tienden los hombres y las mujeres de mala intención, Salm. 119:85; Prov. 22:14; 26:27; Ezeq. 19:4. En Isaí. 51:1, esta palabra traducida por “caverna” parece significar la cantera en donde se labraban piedras grandes y columnas, como la que está abajo de Jerusalén, de la cual se extrajeron algunas de las hermosas piedras del templo. La misma expresión traducida por “sepulcro” se usa también para denotar Hades, el mundo interior de los espíritus, Salm. 28:1; 30:3, 9, y el infierno, prisión de los espíritus malos, Apoc. 20:1; comp. Luc. 8:31, en donde se traduce “abismo.”

CIUDAD. Las ciudades y las poblaciones de Palestina estaban edificadas comúnmente en las alturas, para mayor seguridad contra los ladrones y los invasores. Estas alturas, rodeadas de muros, formaban algunas veces la ciudad entera. En otros casos la ciudadela sola coronaba la colina, en cuyo rededor y base se construían las casas de la población; y en tiempo de peligro toda ella buscaba refugio en el lugar fortificado. Grandes poblaciones y ciudades estaban a menudo defendidas, no solamente por fuertes murallas exteriores, con torres y puertas, sino por una ciudadela o castillo que se hallaba dentro de estos límites, y servía de último recurso cuando el resto de la ciudad era tomada, Jueces 9:46, 51. Se hace mención de "las ciudades" desde los tiempos más remotos de la historia del mundo, Gén. 4:17; 10:10-12,19; 11:3-9; 19:1-29. Las "ciudades cercadas" de los judíos, Deut. 3:5, eran de diversos tamaños y grados de fuerza; algunas estaban rodeadas de altos y espesos muros de piedra, y otras de fortificaciones más débiles, hechas de barro o de ladrillos secados al sol, y algunas veces de materiales combustibles, Isaí. 9:10; Amós 1:7-14. Estaban también provistas de vigilantes, Salm. 127:1; Cant. 5:7. Las calles de las ciudades antiguas eran generalmente estrechas, con espacio apenas suficiente para dar paso a dos camellos en fila cargados; muchas veces no eran empedradas, y casi siempre les faltaba la luz artificial. A veces tenían plazas abiertas, especialmente el fórum o plaza de mercado, y las que se encontraban en las cercanías de las puertas. Algunas ciudades estaban adornadas con extensos parques o jardines, cosa que pasaba en Babilonia que comprendía un inmenso espacio dentro de sus murallas. Es imposible en la actualidad formar un cálculo fidedigno de la población que tenían las ciudades de Judea. Jerusalén se dice por Josefo que contaba 150,000 habitantes, y que contenía en el tiempo en que la sitiaron los Romanos, más de un millón de personas encerradas dentro del circuito formado por una muralla de cuatro millas. Véanse Puerta, Refugio, Centinelas.

Ciudad de David, Monte Sion, la sección sudoeste de Jerusalén, que David tomó a los Jebuseos y ocupó con un palacio al cual le dio su propio nombre. En Luc. 2:11, significa así a Belén, su ciudad natal.

Ciudad de Dios, Deut. 12:5; Salm. 46:4, y la Ciudad Santa, Neh. 11:1, nombres de Jerusalén. Su nombre moderno es El Kuds, el Santo.

Ciudades de municiones, 1 Reyes 9:19; 2 Crón. 8:4,6; 16:4; 17:12, lugares para depositar provisiones y mercancías. Las bodegas en que esto se hacía en Egipto eran construidas por los Israelitas allí esclavizados, Exod. 1:11.

CIUDADANÍA, en el Nuevo Testamento el privilegio de los Romanos nativos, y de los judíos que lo adquirirían por compra, Hechos 22:28; por servicios militares o de otro género, por manumisión, etc. Aseguraba al que la poseía y a sus hijos, todos los derechos que se les otorgaban por los emperadores romanos; entre otros, el de que no fuesen azotados o reducidos a prisión sin previo juicio, Hechos 16:37; 22:24-29, y el de apelar al Emperador, Hech. 25:11.

CLAUDA, pequeña isla cerca de la playa sudoeste de Creta, a la cual se acercó Pablo en su viaje a Roma, Hechos 27:16. Un viento fuerte del noreste sopló sobre la embarcación que venía de Creta, y habiendo corrido a sotavento de la isla de Clauda, se pudieron tomar las precauciones que se describen en los versículos 16 y 17. Clauda ahora se llama Gozzo, y está ocupada por unas 30 familias.

CLAUDIA, coja, mujer cristiana, probablemente convertida por Pablo en Roma, 2 Tim. 4:21.

CLAUDIO CÉSAR, quinto emperador de Roma, sucedió a Cayo Calígula, 41 A. D., y le sucedió Nerón, después de un reinado de trece años. Él invistió a Agripa de autoridad real sobre Judea, la cual, muerto este último, vino a ser otra vez provincia de Roma, 45 A. D. Probablemente por este tiempo ocurrió el

hambre que había predicho Ágabo, Hechos 11:28. Como hacia el año noveno de su reinado, desterró a todos los judíos de Roma, Hechos 18:2, incluyendo a los judíos cristianos. El historiador romano Suetonio, dice que, "El desterró a los judíos de Roma, con motivo de los continuos disturbios que causaban instigados por Chresto;" habiendo oído hablar de Cristo y de las disputas suscitadas entre los cristianos y los Judíos, pero no sabiendo nada del mérito que para ello había. En 43-44 A. D. Claudio hizo una expedición militar a Bretaña. Murió a causa del veneno que le dio su mujer y sobrina, Agripina.

CLAVOS, o espigones fueron usados por los soldados romanos para asegurar al Salvador en la cruz, Juan 20:25; Col. 2:14. El clavo con que Jael mató a Sisara, era más bien una estaca, de las que se clavan en el suelo, para atar las cuerdas de las tiendas de campaña. Exod. 27:19; Jueces 4:21, 22. Algunas veces la palabra hebrea se usa para designar las estacas de madera o los espigones de hierro embutidos firmemente en las paredes de un edificio, Esdr. 9:8; Ezeq. 15:3. Esta palabra implica firmeza, Isaí. 22:23, 25, y un firme apoyo, Zac. 10:4. Otra palabra hebrea describe los clavos de oro y ornamentales del templo, etc., 2 Crón. 3:9; Eccl. 12:11; Isaí. 41:7; Jer. 10:4.

CLEMENTE, benévolo, cristiano de Filipos mencionado en Fil. 4:3. Se conjetura, aunque sin evidencia, que éste es el mismo Clemente que fue después pastor en Roma, llamado comúnmente Clemente el Romano.

CLEOFAS, más bien Clopas, marido de María, Juan 19:25, llamado también Alfeo, nombre que puede verse. El Cleofas mencionado en Luc. 24:18, era probablemente otra persona distinta.

COAT, asamblea, el segundo hijo de Levi, Gén. 46:11, nacido en Canaán y muerto en Egipto a la edad de 133 años, Exod 6:16, 18. Los Coatitas descendientes suyos eran notables entre las tres divisiones de los Levitas, y habían recibido el honroso cargo de llevar el arca, los altares, la mesa del pan de la proposición, etc., durante los viajes de los Israelitas por el desierto, Núm. 3:31, habiendo sido todos previamente cubiertos por los sacerdotes, Núm. 4:4-15. Véase Oza. Había cuatro familias de sus hijos, 1 Crón. 23:12, y en el Éxodo el número de varones de su posteridad ascendía a 8,600, de los cuales 2,750 eran de 30 a 50 años de edad. La posición que ocupaban en el campamento estaba al sur del Tabernáculo, cerca de la de Rubén, Num. 3:19, 20, 27-31; 4:35, 36. Las ciudades estaban en Manasés, Efraín y Dan, Jos. 21:5, 20-26; 1 Crón. 6:61-70, y de ellas salieron jueces, tesoreros y cantores, 1 Crón. 26:23-32; 2 Crón. 20:9. Véase Sacerdotes.

COBRE, uno de los metales primitivos, y el más dúctil y maleable después del oro y de la plata. De este metal y del zinc se hace el bronce, que es de invención moderna. Hay poca duda de que se habla del cobre en los pasajes en que la palabra hebrea se ha traducido en la Biblia española por metal, y en esta virtud debe haber sido conocido antes del diluvio y trabajado por Tubalcaín, Gén. 4:22. Hiram de Tiro fue un célebre constructor de obras de este material, 1 Reyes 7:14. En Palestina abundaba el cobre, Deut. 8:9, y David reunió grandes cantidades de él para emplearlas en la edificación del templo, 1 Crón. 22:3, 14. El llamado gran "mar de bronce," fue hecho de cobre, así como los pilares Jaquín y Boaz y otros muchos artículos destinados al templo y a su servicio, 1 Reyes 7:15-39. En Esdras 8:27 se mencionan "dos vasos de metal limpio muy bueno, preciados como el oro." Éste metal debió haber sido probablemente un compuesto de cobre con oro o plata, o con ambas cosas. Era admirado por su belleza, solidez y rareza, y se le prefería al oro mismo en algunos usos. Compare 1 Reyes 7:45; Dan. 10:6. Algún compuesto de esta clase debe haberse usado para los pequeños espejos de que se habla en Exod. 38:8; Job 37:18; y para "los arcos de acero," Job 20:24; Salm. 18:34. La palabra bronce se usa en Jeremías 15:12, y de este compuesto con que entraba el cobre se habla como de una sustancia más dura

que el hierro, como el “hierro del Norte,” esto es, como el acero, cuya fabricación fue arte conocida por los antiguos Egipcios y Mexicanos. Véanse Metal, y Mar.

CODICIA, o avaricia, deseo vehemente de adquirir alguna cosa. Puede ser lícito, como el que se nos recomienda tengamos en 1 Cor. 12:31; o reprobado, como el que se prohíbe en Exod. 20:17. La codicia es una forma grosera del egoísmo, muy ofensiva a Dios, Luc. 12:15-21; Col. 3:5; 1 Tim. 6:9, 10.

CODO, medida muy usada entre los Antiguos, que en su origen equivalía a la distancia del codo a la muñeca, según algunos dicen, o más bien, a la extremidad del dedo del corazón, que es la cuarta parte de la estatura de un hombre. El codo hebreo, en opinión de muchas autoridades, tiene 21 $\frac{3}{4}$ pulgadas; pero otros lo fijan en 18. Los Talmudistas observan que el codo hebreo era una cuarta parte más largo que el romano, lo cual tendría que darle una longitud de 22 pulgadas. Éste casi correspondía al codo sagrado de los Egipcios, que tenía 21 $\frac{3}{4}$ pulgadas, mientras su codo común era sólo de 20.

CODORNICES, abastecieron a los Israelitas de carne en dos ocasiones, en el primero y en el segundo año de sus peregrinaciones por el desierto, Exod. 16:1, 8, 12, 13; Núm. 10:11, 33; 11:4, 10, 18-23, 31-34; Salm. 78:26-28; 105:40; 106:15. La estación en cada uno de estos casos fue la de la primavera en que las codornices, que abundaban en casi todas partes del Antiguo Mundo, emigraban en inmensas parvadas, saliendo del África hacia el Norte. El milagro parece haber consistido en una especial adaptación del orden natural de las cosas a la emergencia que lo motivó. Tienen la costumbre las codornices de volar por la noche y a favor del viento. Llevadas por un viento Sudeste providencial al través del golfo occidental del Mar Rojo, siendo esos pájaros de alas débiles, se sintieron con las fuerzas agotadas al llegar al campamento de los Israelitas y “volando bajo,” lo cual se cree es el significado de “dos codos,” etc., Núm. 11:31, podían ser recogidas fácilmente con la mano, como aún sucede con frecuencia. Por la palabra “montones” que se halla en el vers. 32, se entiende un número indefinido más o menos crecido. Heródoto refiere que los Egipcios conservaban las codornices haciéndolas secar, y esta es todavía costumbre de los Árabes. Las codornices son todavía comunes en el desierto de la Arabia, y cerca del Mar Muerto y el Jordán, y se llevan en grandes cantidades al mercado de Jerusalén. Abundan en las costas del Mediterráneo, habiendo sido recogidas 100,000 en un solo día en Net-tuno, en la playa occidental de Italia. La codorniz del hemisferio oriental, *Cotornix Communis*, tiene como 7 pulgadas de largo, y es semejante, aunque no idéntica, a la *Ortyx Virginianus*, llamada “Codorniz” en la Nueva Inglaterra, y “perdiz” en los Estados del centro y del Sur de Norte América.

COHOMBROS, vegetal muy abundante en el Oriente, principalmente en Egipto, Núm. 11:5 [en las versiones antiguas; Pepinos en la Reina-Valera 1960]; donde se tienen por cosa delicada, y se usan mucho por las clases bajas del pueblo, con especialidad en los meses calurosos. El cohombro egipcio se describe por Hasselquist como más verde, más suave, más blando y dulce, y de más fácil digestión que el nuestro.

COLOSAS, o más bien Colosae, una ciudad de Frigia, en un cerro, cerca de la confluencia del Lycus con el Meander, y no lejos de las ciudades de Hierápolis y Laodicea, Col. 2:1; 4:13, 15. Juntamente con estas ciudades fue destruida aquella por un temblor de tierra en el décimo año del reinado de Nerón, por el año 65 A. D., viviendo Pablo todavía. Poco tiempo después fue reedificada. La iglesia de los cristianos de esta ciudad, a quienes Pablo escribió, parece haber sido formada por Epafras, Col. 1:2. Compare 1:7, 8, 9, y 4:12, 13. Tanto Filemón y Onésimo como Arquipo residían allí. Sus ruinas están cerca de un lugar llamado Chonas.

COLOSENSES, Epístola a los, fue escrita por Pablo desde Roma durante su primera prisión allí, 62 A. D. El motivo de esta carta fue el informe que le llevó Epafras, Col. 1:6-8, respecto del estado interno de la iglesia, la cual según parece, no había sido aún visitada por el apóstol, Col. 2:1, si bien le eran familiares su historia y sus asuntos, Hechos 16:6; 18:23. Algún filósofo judío que profesaba el cristianismo, pero mezclando con él un miramiento supersticioso por la ley, y otros errores, parece que había adquirido un ascendiente peligroso sobre la iglesia. Pablo enseña que toda nuestra esperanza de salvación está en Cristo el único Mediador, en quien reside toda plenitud; pone sobre sí a los Colosenses contra los errores introducidos entre ellos, como opuestos al evangelio, y los motiva, valiéndose de los argumentos más persuasivos, a que tengan una índole y un comportamiento dignos de su carácter de cristianos. La Epístola fue escrita al mismo tiempo que la dirigida a los Efesios, y les fue enviada por los mismos portadores. Las dos tienen puntos muy semejantes entre sí y deben estudiarse juntas.

COLUMNA, o pilar, algunas veces significa una estructura monumental, Gén. 35:20; 2 Sam. 18:18; o una columna de nube y humo, Exod. 13:21; Jueces 20:40. La soberbia columna que adorna y sostiene el frente de un templo, Jueces 16:25-30; Job 9:6; 26:11, ejemplifica la posición de los profetas, Jer. 1:18; apóstoles, Gál. 2:9; creyentes, Apoc. 3:12, y la iglesia misma, con relación a la verdad, 1 Tim. 3:15. La "llanura del pilar," Jueces 9:6, es propiamente "la encina del pilar." Para "columna de sal" véase Sal.

COMADREJA, animal de la clase de los inmundos, Lev. 11:29. Hay varias clases de comadrejas en Palestina, incluyendo la común y el veso; también el icneumon de piernas cortas.

COMER, Modo de. Los Hebreos antiguamente se sentaban para hacer sus comidas, Gén. 43:33; 1 Sam. 9:22; 20:25; Salm. 128:3; pero después adoptaron la práctica de reclinarse en canapés o divanes como los Persas, los Caldeos, los Romanos, etc., Amós 6:4. El grabado, que representa un triclinium romano, tres cavias, servirá para aclarar varios puntos oscuros para el lector moderno de la Biblia. En él se verá que hay tres mesas bajas colocadas de manera que forman tres lados de un cuadrado abierto para dar paso a los criados. Alrededor de estas mesas están colocados no asientos, sino divanes o camas, uno en cada mesa, formados de colchones mullidos y con frecuencia muy llenos de adornos, Éster 1:6; 7:1, 8. Los comensales se reclinaban teniendo la cabeza en dirección de la mesa; y apoyándose en el codo izquierdo, usaban por lo mismo principalmente la mano derecha para tomar su alimento.

Obsérvese también que los pies de las personas que así estaban reclinadas que daban fácilmente al alcance de alguno que pasara, Luc. 7:36-50; Juan 12:3. No le fue difícil en este concepto a nuestro Salvador, lavarles los pies a sus discípulos en la última cena, Juan 13:5-12, y "enjugárselos con la toalla que para tal efecto llevaba ceñida." Esto también explica la postura de Juan en la misma cena; porque reclinándose al lado y enfrente del Salvador, tenía que estar por decirlo así en su seno, Juan 13:23, 25, y podía fácilmente recostar su cabeza en el pecho del Salvador, postura expresiva para indicar intimidad, amistad y amor, Luc. 16:22; Juan 1:18.

No se sabe sin embargo, hasta donde o hasta cuando sustituyó esta costumbre al modo primitivo de comer entre los Orientales, que prevalece todavía en la Palestina y sus cercanías. La mesa ordinaria no consistía más que en una piel o tapete de forma circular que se tendía en el suelo, al rededor del cual se sentaba la familia en el suelo también, o sobre mantas burdas o cojines. Algunas veces se colocaba una pequeña mesa en el centro para poner en ella el platillo principal un poco arriba del piso.

Las comidas de los judíos eran generalmente dos, que se distinguían con los nombres de comida y cena, Luc. 14:12; Juan 21:12. La primera era generalmente frugal, y consistía en leche, queso, pan y frutas, y la hacían a diversas horas desde temprano de la mañana, hasta cerca de las diez. En la historia primitiva de

los Hebreos se nos dice que la comida principal, que correspondía a la nuestra, se hacía al mediodía poco más o menos, Gén. 43:25; 1 Reyes 20:16. En una época posterior, por lo menos cuando se celebraba alguna fiesta, se tomaba después de que había pasado el calor del día. Esta era la cena. Los judíos acostumbraban lavarse las manos antes de comer, cosa que se hacía necesaria supuesto su modo de comer, y que vino a ser entre los Fariseos una prueba de piedad, Mar. 7:2, 3; Luc. 11:38. Los judíos devotos no solamente en sus festividades sagradas, sino aun en sus regocijos diarios en la comida familiar, se manifestaban reconocidos al Dispensador de todo bien, e imploraban su bendición al alimento, 1 Sam. 9:13; Mat. 14:19; 15:36; 26:26; Luc. 9:16; Juan 6:11; 1 Tim. 4:3. Algunas familias repetían el Salmo 23 cuando se sentaban a comer. El alimento se componía de carne, pescado o aves, mantequilla, miel, pan y fruta. Véase Alimento. El alimento animal era a menudo cortado en pequeños pedazos, o estofado y servido en un platón grande con mantequilla derretida, legumbres, etc. Los cuchillos, tenedores, y cucharas eran desconocidos como utensilios de mesa, y la comida se llevaba a la boca con la mano derecha, Prov. 19:24. Cada persona tomaba una porción del platillo, ya valiéndose de los dedos, o ya de un pedacito de pan. Varias manos se metían en ocasiones a un tiempo en el mismo plato, Juan 13:26. El que hacía de cabeza de la familia acostumbraba enviar una porción doble de alimento a un extraño en señal de honor, y obsequiarlo con mayor variedad de manjares, Gén. 43:31; 1 Sam. 1:4; 9:22-24; y a menudo escogía los mejores bocados y los presentaba a su huésped con sus propios dedos. Compare Rut 2:14, y Juan 13:26. Todavía se acostumbra hacer esto mismo en el Oriente. Después de la comida se volvían a limpiar las manos derramando agua sobre ellas, 2 Reyes 3:11. Véanse Fiesta, Lavamiento.

COMIDA. Los judíos se habrían considerado como contaminados al comer con gente de otra religión, o con los que ceremonialmente fueran impuros o de mala fama, como con los Samaritanos, Juan 4:9; publícanos, Mat. 9:11, o gentiles, Hechos 10:28; Gál. 2:12. “Comer y beber,” Mat. 11:19, significa entrar libremente en sociedad. El acto de comer juntos era recibido como una manifestación de confianza mutua, como prenda de relaciones amistosas entre las familias, las cuales se esperaba que sus hijos perpetuaran. Los ritos de la hospitalidad se tenían como sagrados; aun en la actualidad entre los Árabes, un fugitivo se pone a salvo si consigue abrigarse en una tienda aunque ésta sea de un enemigo. El abuso de la hospitalidad era un gran crimen, Salm. 41:9.

“Comerse un libro,” es apropiarse sus preceptos, sus promesas y su espíritu, Jer. 15:16; Ezeq. 3:1; Juan 4:14; Apoc. 10:9. Del mismo modo, comer la carne de Cristo y beber su sangre, es recibirle como Salvador, y por medio de una fe viva imbuirse en su verdad, en su espíritu y en su vida celestial, Juan 6:32-58.

Las palabras “comer” y “comida” o “carnes,” *meat*, en la Biblia Anglicana, significan comúnmente alimento, no siempre de carne, Gén. 1:29, 30; Mat. 15:37. En este sentido se dice en Luc. 24:41, “¿Tenéis algo de comer?” y en el mismo se usa la palabra “comida” en Rom. 14:20; 1 Cor. 8:13. En Salm. 111:5, por “carne” se da a entender “presa” o “despojo.” La “oblación de presente” de los judíos se hacía de harina, grano y aceite de olivo, Lev. 2. Véanse Ofrendas y Sacrificios. En cuanto al alimento animal usado por los judíos, véanse las palabras Limpio y Alimento.

No consta que los antiguos Hebreos hayan sido muy escrupulosos en cuanto al sazón y condimento de su comida. Hallamos entre ellos carne asada, cocida y guisada, Gén. 27:9; Exod. 16:3; carne de carnero, Amós 6:4; de becerro, Gén. 18:7; de cabritos, Gén. 27:9; de bueyes, Prov. 15:17; de venado y de aves, 1 Reyes 4:23. Moisés les prohibió aderezar un cabrito en la leche de la madre, Exod. 23:19; 34:26, precepto que llevaba por objeto inculcar principios humanitarios, y quizá impedirles que adoptaran una costumbre idólatra de sus vecinos los paganos. A los judíos también les estaba prohibido matar una vaca

y su becerro en el mismo día; o una borrega o cabra y su cría al mismo tiempo. No podían cortar una parte de un animal vivo para comérsela, ni cruda, ni aderezada. Si algún animal legítimo o permitido moría de muerte natural o estrangulado, y por lo mismo no se desangraba, no les era permitido comer su carne. No comían nada que hubiese sido preparado por otro que no fuera Judío, ni aderezaban nunca sus potajes con los utensilios de cocina de alguien que no perteneciera a su propia nación. La prohibición de comer sangre, o animales estrangulados, Lev. 3:17; 7:26; 17:10, ha sido siempre observada estrictamente por los judíos. En la iglesia cristiana se conservó la prohibición por mucho tiempo, habiéndose aprobado por el concilio celebrado en Jerusalén y recomendado a los gentiles conversos, Hechos 15.

Recién establecida, hubo muchas disputas en la iglesia, relativas al uso de los manjares ofrecidos a los ídolos. Algunos cristianos recientemente convertidos, convencidos de que un ídolo nada era, y que la distinción de animales limpios e inmundos había sido abolida por nuestro Salvador, comían indiferentemente de lo que se les servía, aun entre los paganos, sin informarse de si los manjares habían sido ofrecidos a los ídolos. Usaban la misma libertad al comprar carne vendida en el mercado, sin atender a si era pura o impura según los judíos, o si había sido ofrecida a los ídolos o no. Pero otros cristianos más débiles, más escrupulosos o menos instruidos, se ofendían de esta libertad, y creían que comer de la carne que había sido ofrecida a los ídolos era una especie de participación de aquella mala y sacrílega ofrenda. Esta diversidad de opinión entre los discípulos hizo necesario el juicio de la inspiración; y hallamos en varias de las Epístolas de Pablo, direcciones, tanto para los que tenían esa clase de escrúpulos, como para los que estaban libres de ellos. Los primeros, a la vez que obedeciendo a su propia conciencia se abstendían cuidadosamente de los alimentos en cuestión, tenían el en cargo de ver con caridad la conducta de aquellos que no participaban de sus escrúpulos. Los segundos podían comprar libremente la carne referida y comerla sin culpa, puesto que la carne como artículo de alimento de ninguna manera se daña por haber sido ofrecida a un ídolo; sin embargo, siempre que otros se escandalizasen de ello, se apenasen, o incurriesen en pecado por tal motivo, tenían el deber de abstenerse, por las leyes de la caridad cristiana y de la prudencia, Rom. 14:20-23; 1 Cor. 8; 10:19-33; Tito 1:15. Este principio es de general aplicación en casos semejantes; y muchos en nuestros días bien podrían adoptar la generosa determinación del abnegado apóstol, de no permitirse ninguna satisfacción cuestionable, mientras el mundo exista, si eso puede ser ocasión de pecado para otros.

COMINO, una planta aparasolada muy parecida al hinojo. Sus semillas producen un aceite aromático, de naturaleza caliente y estimulante, Isaí. 28:25-27. Los Fariseos pagaban escrupulosamente diezmos de yerba buena, anís y comino, y con todo descuidaban las obras buenas y la obediencia a la ley de Dios, Mat. 23:23.

COMPAÑÍA, Hechos 10:1, una cohorte militar o regimiento, mandado por un tribuno.

COMÚN, profano, ceremonialmente impuro, Mar. 7:2, 5; Hechos 10:14, 15; Rom. 14:14. Véase Limpio.

CONCIENCIA es la facultad común a todos los agentes morales libres, Rom. 2:13-15, en virtud de la cual discernimos entre el bien y el mal, y nos vemos impulsados a elegir el primero, y a rechazar el segundo. Su esfera señalada está en el arreglo—según la voluntad de Dios, revelada en la naturaleza y en la Biblia—de todo nuestro ser y de todas nuestras acciones, en cuanto tengan un carácter moral. La existencia de esta facultad moral prueba que el alma es responsable ante el tribunal de su creador, y su voz es en un sentido importante la voz de Dios. Sentimos que cuando es pura y está bien ilustrada, es guía infalible de lo que es el deber, y que ni la imperiosa influencia de los afectos falsos, ni aliciente alguno posible pueden justificar el que la desatendamos. Aunque en el hombre existe siempre esta

convicción de que debemos hacer lo que es recto, el valor de la conciencia pierde mucho siendo inherente a una alma depravada, cuyos malas tendencias tuercen y pervierten nuestros juicios sobre toda clase de asuntos. Así Saúl creyó sinceramente que debía perseguir a los discípulos de Cristo, Hechos 26:9. Su pecado consistió en el culpable descuido que tuvo de no ilustrar su conciencia por todos los medios que estaban a su alcance, y de no purificarla con la divina gracia. Una terrible serie de errores y persecuciones según la conciencia, que han infestado y afligido a la iglesia en todos los siglos, nos señala la necesidad individual que tenemos de luz perfecta y de gracia santificadora. Una conciencia “buena y pura,” 1 Tim. 1:5; 3:9, está rociada con la sangre de Cristo, discierne claramente la voluntad de Dios, y nos compele a obedecerla por motivos evangélicos; según sea nuestra obediencia a ella, que dará ella “libre de daño,” Hechos 24:16, y su aprobación es uno de los elementos más esenciales de la felicidad. Una conciencia débil, irresoluta y ciega, 1 Cor. 8:9; una conciencia impura, esclava de un corazón corrompido, Tit. 1:15; Heb. 10:22; y una conciencia cauterizada, 1 Tim. 4:2. tan obstinada contra la ley como contra el evangelio, mientras no alcance cambio por la gracia de Dios, llegará al fin a ser una conciencia vengadora, e instrumento de un espantoso y eterno remordimiento. El caso de Judas demuestra su terrible poder. Ninguna tortura corporal puede compararse con la agonía que constituye el castigo de esta obstinación; y aun cuando se adormezca aquí, será después como el gusano que nunca muere, y como el fuego que nunca puede apagarse.

CONCUBINA, se llama ahora una mujer que sin ser casada con un hombre, vive con él como esposa; pero en la Biblia la palabra concubina significa una esposa legal, aunque de un rango secundario. Difiera de la esposa propiamente dicha, en que no era casada por estipulación solemne, sino desposada; no llevaba dote consigo, ni tenía parte en el gobierno de la familia. Estaba expuesta a ser repudiada o despedida con un presente, Gén. 21:14, y sus hijos podían ser tratados de la misma manera, y no participar de la herencia de sus padres, Gén. 25:6. Una causa de concubinato se señala en la historia de Abraham y Jacob, Gén. 16:30; lo motivó la esterilidad de la esposa legal, y la especial urgencia del deseo de ser favorecido con hijos; y los hijos de concubinas semejantes no cargaban con la mancha de ilegítimos, sino que eran adoptados muchas veces como hijos de la propia mujer, Gén. 30:6. El concubinato, sin embargo, llegó a ser costumbre general, y la ley de Moisés restringió sus abusos, Exod. 21:7-9; Deut. 21:10-14, pero nunca lo sancionó. El evangelio ha restablecido la ley primitiva del matrimonio, Gén. 2:24; Mat. 19:5; 1 Cor. 7:2; y el concubinato, considerado siempre como malo, corresponde hoy a la categoría de los delitos de fornicación y de adulterio.

CONEJO. El término hebreo así traducido es *Shafan*, que concuerda con el Ash-koko o *Hyrax Siriaco*. Se traduce “conejo” en Lev. 11:5; Deut. 14:7; Salm. 104:18, y Prov. 30:26. Aun cuando todos nuestros lectores conozcan el conejo, por ser este animalito tan común, siendo por demás hacer la descripción de él, es de advertirse que el de que aquí se habla, como se ve en el grabado, no es precisamente el mismo que lleva hoy este nombre, sino otro que sólo se le parece en el tamaño y en el color, y también en el cuerpo y en la forma de las patas. Es sin embargo, de estructura mucho más tosca, casi sin cola, y con largos pelos erizados diseminados en la piel. Tiene las patas desnudas en la parte inferior, y las uñas planas y redondeadas, siendo largas y curvas únicamente las de los dedos interiores de las patas traseras. No pueden hacer hoyos, y residen en las grietas de las rocas. Salomón les da el nombre de “sabios,” y de “pueblo débil;” son quietos y acostumbran juntarse en manadas; y son tan tímidos que les causa sobresalto la sombra de un pájaro que pase volando. A España se dice que le dieron su nombre los viajeros fenicios, que al ver las costas occidentales de dicho país cubiertas de animalejos parecidos al *Shafan*, la llamaron así.

CONGREGACIÓN, la reunión general de los judíos bajo la teocracia, que incluía, a todos los hombres adultos, o bien a sus representantes por familias y tribus, Jueces 9:15, 18. Eran citados ante “el

Tabernáculo del testimonio,” por medio de dos trompetas de plata, para comunicarse con Dios, Núm. 10:3; 25:6; para proceder en juicio, declarar la guerra, o desempeñar cualquier acto nacional de importancia, Jueces 20:1-11; 1 Sam. 10:17-25; 2 Sam. 5:1. En épocas posteriores, el Sanedrín representaba a la congregación. La palabra “congregación” en Hechos 7:38, significa la santa reunión de Israelitas en el Sinaí.

CONSAGRAR, dedicar al servicio de Dios o a objetos sagrados, como lo eran los sacerdotes judíos, el mueblaje del templo y las oblaciones, Exod. 28:3; 29:31; 2 Crón. 26:18; 31:6.

CONSEJO o CONCILIO, términos equivalentes en la Biblia española a la forma Aramaica Sanedrín, griega Sunedrion. I. La principal institución que se denomina así, se llama en el Mishna “Beth-din,” casa de juicio, y también “El Gran Sanedrín.” Este supremo tribunal de los Judíos en tiempo de Cristo y antes de él, celebraba sus reuniones en Jerusalén, y estaba compuesto de 71 miembros, supremos sacerdotes, mayores del pueblo y escribas. Sus funcionarios eran un Nasi, jefe, o presidente, que era las más de las veces el sumo-sacerdote; un vice-presidente, llamado Ab-bet-din; y según algunos, un segundo vice-presidente llamado Hakam, sabio. Había también secretarios y servidores u “oficiales,” Mar. 14:65; Juan 7:32. La época en que tuvo su origen este consejo está en disputa; la tradición judaica y algunos cristianos eruditos creen hallarlo en el nombramiento que hizo Moisés de 70 mayores; otros en el establecimiento que hizo Jósafat de un tribunal de apelación en Jerusalén, 900 A. C., 2 Crón. 19:8-11; pero más probablemente tuvo principio durante la supremacía de Macedonia en Palestina, en el siglo segundo o en el tercero A. C. La mención que hace Josefo de él como citando a Herodes para juzgarlo, por el año 47 A. C. indica que era ya entonces una institución antigua y poderosa. El lugar en que se reunía quedaba adyacente al templo por el costado oriental, y más antes por el costado sur. Se reunía diariamente, excepto el sábado y los días festivos. Sus miembros se sentaban formando un semicírculo, ocupando el Nasi un lugar céntrico elevado, entre el Ab-bet-din que quedaba a su derecha y el Hakam a su izquierda. Detrás de estos había tres hileras de gradas ocupadas por los discípulos, de entre los cuales se escogían algunos para llenar las vacantes. El consejo tenía autoridad para interpretar la ley divina, decidir sobre la calificación de los sacerdotes para el culto, velar por la vida religiosa de la nación, y juzgar a los acusados de idolatría, y a los profetas falsos y heréticos. El rey mismo y el Sumo-Sacerdote eran responsables ante ese tribunal; y los asuntos generales, tales como hacer la guerra, nombrar miembros de tribunales provinciales, y arreglar el calendario, le correspondían también. Decidía en las apelaciones de tribunales inferiores, y los judíos en tierras extranjeras reconocían su autoridad, Hechos 9:2. Infligía castigos corporales, Hechos 5:40, y también la muerte por medio de la lapidación, la hoguera, la decapitación o estrangulación, hasta que este derecho le fue quitado por los Romanos, unos tres años antes de la crucifixión de Cristo, Juan 18:31, 32. La presencia del acusado era derecho de él, Juan 7:50, 51, y justos y humanitarios reglamentos presidían a todas sus investigaciones judiciales, reglamento que no obstante se echaron a un lado cuando Jesús fue acusado de pretender ser el Mesías y de engañar o extraviar al pueblo. Tanto los Fariseos como los Saduceos eran admitidos como miembros, Hechos 23:6. Fue sin duda de este tribunal de donde se envió una diputación a que tomara informes a Juan el Bautista, Juan 1:19-28. Cristo predijo la acción de ellos con relación a él mismo, Mat. 16:21; 20:18, 19. Las tres clases que constituían este tribunal ejercían una inspección hostil sobre el ministerio de Jesús, Luc. 19:47, 48; 20:1-26; Juan 7:32; su arresto fue tramado por ellos, y llevado a cabo por sus emisarios, Mar. 14:43-46; Luc. 22:3-6; Juan 11:47-53; 57; y fue por una sesión irregular del mismo consejo, que él fue ilegalmente juzgado, condenado a muerte por el delito de blasfemia, y entregado al gobernador romano como reo de traición, Mat. 26:57, a 27:2; Luc. 23:1-5, 13, 14. Con todo, aun en el consejo, José de Arimatea y Nicodemo creyeron en él, Luc. 23:50-53; Juan 7:51; 19:38-42. Ante este tribunal, Pedro y Juan fueron examinados dos veces, Hechos 4:5-22; 5:21-41. Esteban fue juzgado y condenado ilegalmente por él, o ejecutado en un tumulto popular, Hechos 6:12 a 7:60. Pablo

compareció ante él, Hechos 22:30 a 23:10; comp. 23:15; 24:20, 21; y según Josefo lo refiere, Santiago, “el hermano del Señor,” fue condenado por el mismo a ser lapidado, 62 A. D. Gamaliel, el maestro de Pablo, fue un miembro influyente de este tribunal, Hechos 5:34-40, y el apóstol, antes de su conversión, ocupó algún puesto bajo los 71, Hechos 7:58; 8:1. Después de la destrucción de Jerusalén, ese consejo fue trasferido a Jamnia hasta el año 80 A. D., y finalmente, después de otros cambios, a Tiberias, como por el año 200 A. D. Su constitución sufrió considerables alteraciones; cerca del fin del tercer siglo perdió el título de Sanhedrin tomando el de Bet-ham-Midrash, casa de interpretación, y por último, se extinguió en el año 425 A. D.

II. Había un tribunal inferior en cada población, para juzgar asuntos de menor importancia, Deut. 16:18. El número quedan de los miembros que lo componían varía, siendo, según unos 7 y según otros 23, constando el primero de la relación que Josefo hace de las constituciones mosaicas, y el segundo de las exposiciones rabínicas hechas en el Mishna. Según los rabinos, las sesiones se celebraban en el segundo o quinto día de cada semana, en un cuarto contiguo al local ocupado por la sinagoga, para juzgar tanto los delitos civiles como los capitales; y los azotes cuando se imponían como pena, eran aplicados en la sinagoga por los empleados propios del mismo tribunal. Jerusalén tenía dos tribunales menores de esta clase; probablemente a uno de los mismos se le llama “el juicio” en Mat. 5:21; y a ellos se hace referencia en Mat. 10:17; Mar. 13:9.

III. Un tribunal más pequeño todavía compuesto de tres jueces se hallaba establecido en los distritos de menor importancia, el cual conocía de las deudas, robos e injurias hechas a una persona o a su reputación. Jerusalén se dice que llegó a tener hasta 390 de estos tribunales.

En Mat. 5:22, diferentes grados de severidad en el único divino castigo de la muerte espiritual, parece que se simbolizan bajo los términos de “el juicio,” véase II., “el consejo,” I., y “el infierno de fuego.” Véase Hinom.

Se toma a veces esta palabra “consejo” para indicar una junta cualquiera reunida para deliberar sobre algún asunto, Mat. 12:14; en Hechos 25:12, se aplica a los consejeros de Festo el Gobernador romano; en Mat. 5:22; Mar. 13:9, parece que con esta palabra se designan los juzgados menores de los judíos, de los cuales había uno en cada población, pero más comúnmente significa el Sanedrín. En tiempos posteriores se ha dado este nombre a las convenciones generales, o a veces parciales, de los representantes oficiales de la iglesia, convocadas para deliberar acerca de asuntos eclesiásticos. Así, la junta que en Jerusalén tuvieron “los apóstoles, los mayores y los hermanos,” Hechos 15, para decidir sobre si el yugo de la ley se debería imponer a los gentiles conversos, se reputa comúnmente como el primer concilio general de la iglesia cristiana.

CONSOLADOR, en griego *Paracletos*, abogado o maestro. Este título se da a nuestro Salvador, “Abogado (paracletos) tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo,” 1 Juan 2:1. Pero más frecuentemente se aplica al Espíritu Santo. Él es el “otro consolador” que tenía que suceder a Cristo; la gran bendición prometida a la iglesia cristiana, Juan 14:16, 17, 26; 15:26; Luc. 24:49; Hechos 1:4. La palabra española consolador no da la definición adecuada del cargo de Paracleto, pues que no sólo tenía qué consolar, sino qué auxiliar y dirigir a la iglesia como Cristo lo había hecho. Los discípulos vieron que la promesa les fue cumplida. El Consolador los auxilió cuando fueron llamados ante los concilios; los guio en el camino de la verdad respecto del plan de salvación, les trajo a la memoria las palabras y hechos de Cristo, y les reveló los acontecimientos futuros. Su presencia iba acompañada de señalados triunfos de la gracia y llenaba en cierto modo el vacío que dejó la ausencia de Cristo. La iglesia está todavía bajo la

dispensación del Consolador, y él da todavía al mundo la convicción “del pecado, de la justicia y del juicio futuro.” Véase Espíritu Santo.

CONTAMINACIÓN. Muchas eran las manchas en las personas o en su conducta, que bajo la ley ceremonial de los judíos se tenían como contaminaciones; algunas eran voluntarias, otras involuntarias; y algunas eran inevitables, por ser defectos naturales, y otras por último eran consecuencias de la trasgresión personal. Bajo el evangelio, hay contaminaciones del corazón, del espíritu, del carácter y de la conducta. Las contaminaciones morales son tan numerosas, y están tan imperiosamente prohibidas en el Evangelio como siempre, aunque hayan dejado de existir las ceremoniales, Mat. 15:18; Rom. 1:24. Véase Limpio.

CONTRIBUCIONES, son bajo alguna forma esenciales en todo gobierno organizado, para el sostenimiento de las administraciones civil y militar. Durante el periodo de la peregrinación de los Hebreos, las contribuciones eran en gran parte voluntarias; si bien medio siglo era exigido como dinero de sacrificio, Exod. 30: 13. Al establecerse en Canaán, se dictó un sistema de diezmos y ofrendas en el que predominaba el carácter religioso de la teocracia, y para usos dedicados principal mente al culto. Véase Diezmos. Aumentaron en gran manera las contribuciones durante el periodo de los reyes, incluyendo un diezmo sobre los productos de la tierra y los ganados, 1 Sam. 8:15, 17; Amós 7:1, servicio militar, 2 Reyes 9:22; 1 Crón. 27:1; regalos forzosos, 1 Sam. 10:27; 16:20; 17:18; derechos sobre efectos importados, 1 Reyes 10:15, y el monopolio de varios departamentos del comercio, 1 Rey. 9:28; 10:28, 29; 22:48. El gravamen de las contribuciones durante el reinado de Roboam causó la separación de Israel, 1 Reyes 12:4, 18. Las naciones extranjeras que sucesivamente conquistaron a los Hebreos, los oprimieron con contribuciones pesadas, como los Persas, los Egipcios, los Sirios y los Romanos. Compare 2 Reyes 15:20; 17:4; 18:14; 23:35; Neh. 5:1-11, 14; 9:37.

CONVERSACIÓN, en Fil. 1:27 (Valera “proceder”), se aplica a todo el tenor de la vida de uno, en el modo de tratar a sus semejantes.

CONVERSIÓN, la vuelta de un pecador a la santidad y a Dios. El término es Bíblico, siendo usada al hablar de los gentiles en Hechos 15:3, y en otros pasajes, como en Luc. 1:16; Hechos 26:18. En el caso de los infieles, y de los gentiles, este término denota a veces meramente el haber abandonado la infidelidad e idolatría para abrazar el cristianismo, aunque por lo general implica también su regeneración. En el caso de Pedro, Luc. 22:32, significa el haberse restablecido de una caída para abrazar una fe más segura y vigorosa. En el uso común, esta palabra significa todo el trabajo que ha necesitado un pecador para convertirse en hijo de Dios, incluyendo la operación regeneradora del Espíritu Santo; pero hay una razón válida e importante para hacer la distinción en los términos, entre la obra poderosa y graciosa del Espíritu, por la cual una alma nace de nuevo, y el acto de ésta misma, que influenciada ya así, libre y sinceramente acepta a Cristo y huye del pecado.

COOS, pequeña isla del Archipiélago griego, a corta distancia del extremo sudoeste del Asia Menor. Pablo pasó por ella en su viaje a Jerusalén, Hechos 21:1. Ahora se le llama Stanchio y tiene una población de 8,000 habitantes, la mayor parte cristianos del rito griego.

COPA o CALIZ. Esta palabra se toma en las Escrituras tanto en su sentido propio como figurado. En el primero significa una copa común hecha de cuerno, de barro, o de algún metal precioso, Gén. 40:13; 44:2; 1 Reyes 7:26, tales como las que se usan para beber en la mesa; o una copa ceremonial, usada en las comidas solemnes y religiosas, en la de la Pascua, en que el padre de la familia pronunciaba ciertas bendiciones sobre la copa, y habiendo gustado el vino lo hacía pasar de uno a otro de los circunstantes y

de los miembros de su familia, participando todos de él, 1 Cor. 10:16. En sentido figurado, se habla de una copa, como llena de la porción que a cada uno le ha sido dada por la Divina Providencia, Salm. 11:6; 16:5; de las bendiciones de la vida y de la gracia, Salm. 23:5; de acciones de gracias ofrecidas a Dios, Exod. 29:40; Salm. 116:13; de licor usado en las fiestas idólatras, 1 Cor. 10:21; de pociones impuras, Apoc. 17:4; de aflicciones dolorosas, Salm. 75:8; Isaí. 51:17; y del trago amargo de la muerte, que a menudo se causaba con una copa de cicuta o de otro veneno, Salm. 75:8. Véanse Mat. 16:28; Luc. 22:42; Juan 18:11. Véase Botija.

Los que insisten en el significado literal, en vez del sentido real de las palabras de Cristo, “Este es mi cuerpo,” deben también convertir en sangre de él “el cáliz” — y no el vino que éste contiene: “Este cáliz es mi sangre.”

COPERO, empleado de la corte a cuyo cargo estaban los vinos, etc., de los monarcas orientales, para que constantemente los vigilara; y tenía la obligación de probar los vinos antes de servirlos, en prueba de que no se le había mezclado veneno alguno; pero generalmente se tenía confianza en él y gozaba de mucha influencia. El principal de los coperos de Faraón en Egipto, Gén. 40:21; Rabshakeh con Sennaquerib, Isaí. 36, y Nehemías con Artajerjes, Neh. 1; 2, son ejemplos.

CORA, *hieloocalvicie*, I., segundo hijo de Esaú y de Aholibama, príncipe de Edom Gén. 36:5, 14, 18.

II. Hijo de Hebrón, tribu de Judá, 1 Crón. 2:43.

III. Levita coatita que se rebeló contra Moisés y Aarón, y de consiguiente contra Jehová. Era primo de Moisés, porque sus respectivos padres Izhar y Amram eran hermanos, Exod. 6:16-21. Fue celoso de la autoridad civil y de la dignidad sacerdotal conferida por Dios a sus primos Moisés y Aarón, mientras que fue simplemente levita; y para obtener por lo menos una parte de su poder para sí, despertó el espíritu faccioso en el pueblo. Demasiado, por desgracia, de lo que puede parecer celo por el honor de Dios, tiene su verdadero carácter desplegado en el orgullo y la ambición de este rebelde levita. Cora y los 250 levitas a quienes él había incitado a que se le uniesen, fueron destruidos por fuego descendido del cielo; a la vez que Datán y Abiram fueron tragados por milagrosa apertura de la tierra, Núm. 16; Salm. 106:17, 18; Judas 11. Pero los hijos de Cora se libraron, Núm. 26:11; y los Coritas o “hijos de Cora,” fueron una familia célebre de porteros, cantores y poetas en el tiempo de David, 1 Crón. 9:17-19; 26:1; 2 Crón. 20:19. A ellos se les atribuyen varios salmos, Salm. 42, 44-49, 84, 85, 87, 88.

CORAL. Producto marino, duro y calcáreo, debido al trabajo de millones de pequeños animales llamados pólipos, y que con frecuencia se parece en su forma al vástago de una planta dividida en ramas. Es de varios colores, negro, blanco y colorado. Este último es el de más valor. Se enumera por Job 28:18, y Ezeq. 27:16, entre las piedras preciosas. Abunda en el Mar Rojo; y las islas de los mares del sur son a menudo arrecifes de coral cubiertos de tierra. La palabra traducida “piedras preciosas” en Prov. 3:15; 8:11; 20:15; 31:10, se cree por muchos que se refiere a adornos hechos de coral colorado.

CORAZÍN, ciudad de Galilea, cerca de Capernaum y de Betsaida, en la playa noroeste del Mar de Galilea. Jerónimo dice que estaba a dos millas de Capernaum; Robinson la sitúa en la moderna Tell-Húm; el Dr. W. M. Thomson encontró más extensas ruinas llamadas Kherá-zeh, dos millas al noroeste de Tell-Húm, y este sitio se aprueba por Wilson y otros recientes exploradores. Fue censurada por Cristo a causa de su impenitencia, Luc. 10:13.

CORAZA o CORSELETE, Neh. 4:16; Job 41:26, cote de malla; pieza antigua de armadura defensiva, en la forma de saco o túnica que bajaba desde el cuello hasta la mitad del cuerpo, hecha de cuero áspero o de muchos dobleces de lienzo acolchado, o de escamas de metal, sobrepuesta como las de los pescados; o por último, de pequeños anillos o mallas de hierro eslabonadas entre sí, Exod. 28:32; 39:23.

CORAZÓN. En la Biblia es el asiento de las afecciones, deseos, esperanzas, motivos y voluntad, Hechos 16:14, también de las percepciones intelectuales, como influenciadas por el carácter moral, Salm. 14:1; Juan 12:40; 1 Cor. 2:9; incluyendo así toda la naturaleza espiritual del hombre, Rom. 1:21; 2 Cor. 4:6. El corazón de la humanidad caída está naturalmente en todas partes alejado de Dios, Gén. 8:21; Eccl. 9:3; Jer. 17:9; es la fuente del pecado y del crimen, Mat. 15:19, y necesita ser renovado por la gracia especial de Dios, Salm. 51:10; Jer. 32:40; Ezeq. 36:26. Es después el asiento de la fe, Rom. 10:10, por cuyo medio Dios lo purifica, Hechos 15:9, comp. Heb. 10:22; la morada de Cristo, Efes. 3:17; del Espíritu Santo, 2 Cor. 1:22; y del Padre, Juan 14:23. Su renovación se evidencia en la vida, Mat. 12:35. Dios lo ve, 1 Sam. 16:7; Hechos 8:21, y lo juzga tanto a él como a la vida, Jer. 17:10; Apoc. 2:23. Se nos manda que lo sometamos enteramente a Dios, y que lo mantengamos diligente en su camino, 1 Sam. 7:3; Prov. 3:1, 4; 23:26; Salm. 51:17; Jer. 4:14; Joel 2:12, 13; Fil. 4:7; 1 Ped. 3:15.

CORBÁN, una dádiva o presente sagrado, Mat. 23:18, consagrado a Dios o a su templo. Nuestro Salvador reprocha su crueldad a los judíos, hacia sus padres necesitados, al hacer un corbán de aquello con que ellos pudieran haberse valido. “Ya he consagrado a Dios aquello que me pides,” Mar. 7:11; y las enseñanzas tradicionales de los doctores judíos tendían a dar fuerza a esos votos, aunque fuesen contrarios a la naturaleza, a la razón y a la ley de Dios relativa a la honra que se debía a los padres, Mat. 15:3-9; y aunque la propiedad consagrada así nunca fuese trasferida del propietario al servicio de Dios, y ni siquiera se intentase hacerlo. Los Fariseos y los Talmudistas, sus sucesores, permitían aun a los deudores el de fraudar a sus acreedores, consagrando su deuda a Dios, como si los bienes fuesen suyos, y no más bien el derecho de sus acreedores. Dios mismo es el guardián de éstos y de nuestros deudos, y desprecia una ofrenda o caridad que nos procuramos a costa de los legítimos derechos de ellos.

CORCHETES, gauchos o agarraderos de oro y de latón que servían para juntar las cortinas del tabernáculo, 50 para cada juego, Exod. 26:6, 11, 33; 36:18; 39:33.

CORDERO. La cría de la oveja, y también la de la cabra, Exod. 12:3-5. Cristo es el Cordero de Dios, Juan 1:29, 36, por ser el sacrificio aceptado para el pecado humano, Hechos 8:32; 1 Ped. 1:19. Los sacrificios del Antiguo Testamento eran una representación ordenada y perpetua, no sólo de su muerte expiatoria, sino de su santidad inmaculada, y de su irresistible mansedumbre, Isaí. 53:4-9. Se le describe en Apoc. 5:6; 12:11, como teniendo la forma de un cordero del sacrificio en el mismo cielo. Véase Pascua, también Sacrificios. En 1 Ped. 1:18, 19, puede aludirse al hecho de que las antiguas monedas llevaban la figura de un cordero.

CORDÓN, cuerda, a menudo el cordel usado para medir las tierras, etc., 1 Reyes 7:23; Salm. 78:55; Isaí. 34:17; Amós 7:17; y de aquí es que en Salm. 16:6, se da este nombre al lote o porción en él medida. En el Salm. 19:4, el “cordón” o “línea” de los cielos puede denotar los majestuosos movimientos de los cuerpos celestiales, que miden los climas, los meses y las estaciones de la tierra. Otra palabra así traducida en la Biblia española significa trenzado, y quiere decir la cinta o lazo azul que ataba el pectoral del Sumo-Sacerdote al efod, Exod. 28:28, 37; 39:21, 31; Núm. 15:38; llamado también “hilos” en Exod. 39:3; “cuerda” en Jueces 16:9, y “cordel” en Ezeq. 40:3.

CORINTIOS, Epístola I. Esta fue escrita por Pablo en Éfeso por el año 57 A. D., con motivo de haber recibido informes respecto de la iglesia corintia, por conducto de los miembros de la familia de Cloe, cap. 1:11; y por una carta que le envió esa iglesia pidiéndole consejos, cap. 7:1, carta que probablemente llevó Estéfanos, etc., cap. 16:7. Se habían levantado ciertas facciones en la iglesia usando el nombre de Pablo, de Pedro, de Apolos y de Cristo mismo, en amargas contiendas de partido. En la primera parte de esta epístola procura restablecer la armonía entre ellos, reuniéndolos bajo la grande y única Cabeza de la Iglesia. Él en seguida aprovecha la ocasión de ponerlos en guarda contra los maestros de una falsa filosofía, y la tentación de apoyar su fe en la sabiduría de los hombres, más bien que en la sencilla pero poderosa palabra de Dios. Continúa en el cap. 5, improbándoles ciertas torpes inmoralidades toleradas entre ellos, tales como las que antiguamente habían practicado a imitación de los que los rodeaban, las cuales les recomienda que destierren de la iglesia de Cristo. Contesta a las preguntas que le hacen relativas al celibato, al matrimonio, y a la comida de viandas ofrecidas a los ídolos; trata de varios errores y pecados predominantes en la iglesia, dándoles instrucciones oportunas en cuanto a las disputas entre los hermanos; al decoro que debe observarse en las reuniones públicas; a la cena del Señor; a la resurrección de los creyentes; a la verdadera caridad, y al uso propio de los dones espirituales — cosa en que los cristianos corintios se distinguían, pero no sin alguna mezcla de ostentación y de desorden. Los dirige en cuanto al mejor método que debe seguirse en la beneficencia cristiana, y termina con saluciones amistosas.

Epístola II. Esta fue motivada por el informe que recibió de Tito, en Filipos. Pablo supo la favorable acogida que tuvo su primera epístola, y los buenos efectos que había producido; así como que, no obstante eso, existía cierta facción que se le oponía, acusándolo de veleidad por no haber cumplido la promesa que les hizo de visitarlos; vituperando su severidad hacia la persona incestuosa, y reprochándole una arrogancia y presunción que no convenían a su verdadera autoridad y a su apariencia personal. En el curso de su réplica, contesta a todas estas objeciones; se extiende sobre la excelencia del Nuevo Pacto, sobre los deberes y recompensas de sus ministros, y sobre la obligación en que están los cristianos corintios de hacer colectas para obras de caridad. En seguida defiende sus procedimientos y su dignidad y autoridad como apóstol, contra aquellos que lo combatían. Por sus últimas palabras los invita a la contrición, a la paz, y al amor fraternal. Ésta Epístola parece que fue escrita pocos meses después de la primera. De su autenticidad nunca ha existido cuestión.

CORINTO, capital de Acaya, en el istmo que separa el Mar Jónico del Egeo, y de aquí es que se llama bimarís, “en dos mares.” La ciudad misma estaba en una isla pequeña, pero tenía dos puertos, Lecheum al oeste y Cencrea al este. Su posición le daba una grande importancia mercantil y militar, porque a la vez que el tráfico del este y del oeste fluía por sus puertas, como sobre el istmo de Darién fluye el comercio de dos océanos, estaba también a la entrada del Peloponeso, y era el camino que había entre la Grecia septentrional y la meridional. Su defensa, además de las murallas de la ciudad, consistía en el Arco-Corinto, nombre de una masa rocallosa que se elevaba a 2,000 pies sobre el nivel del mar, con precipitosos costados, y con espacio en su cima para una ciudad. Debido a esto, Corinto llegó a ser una de las más populosas y ricas ciudades de la Grecia; pero sus riquezas le produjeron orgullo, ostentación, afeminación y todos los vicios que generalmente trae consigo la abundancia. La lascivia, sobre todo, no solo se toleraba, sino que se consagraba allí por el culto de Venus, y por la notoria prostitución de las numerosas personas dedicadas a su devoción. Corinto fue destruida por los Romanos el año 146 A. C. Un siglo después fue reconstruida por Julio César, que estableció en ella una colonia romana; pero aunque en breve volvió a adquirir su antiguo esplendor, cayó también en su antigua disipación y en la licencia. Pablo llegó a Corinto en 52 A. D., Hechos 18:1, y se alojó en la casa de Aquila y Priscila, quienes, lo mismo que él, eran constructores de tiendas. Manteniéndose por medio de este trabajo, permaneció en Corinto un año y medio predicando el evangelio, primero a los judíos, y después con mejor suceso a

los gentiles, 1 Cor. 12:2. Véase Gallio. Durante este tiempo escribió las Epístolas a los Tesalonicenses, y en una visita subsecuente, 57 A. D., Hechos 20:2, 3, la dirigida a los Romanos. Algunos suponen que hizo una pequeña visita en el intervalo, que no está narrada en la Biblia. Compare 2 Cor. 13:1 con 2 Cor. 1:15; 2:1; 12:14, 21; 13:2. Apolos le siguió en sus trabajos en Corinto; y Áquila y Sostenes se contaban también entre sus ministros más antiguos, Hechos 18:1; i1Cor. 1:1; 16:19. El sitio que ocupa es ahora mal sano y casi desierto, con pocos vestigios de su antigua grandeza.

CORNELIO, centurión romano estacionado en Cesárea en Palestina, que se supone era de una familia distinguida de Roma. Fue el primer gentil convertido por Pedro; y la historia sobre cómo recibió el evangelio, y cómo fue aceptado por parte de los judíos cristianos, manifiesta por qué medio rompió Dios la pared divisoria entre judíos y gentiles. Cuando se menciona primero, en Hechos 10:1, había sido evidentemente inducido por el Espíritu Santo a renunciar la idolatría, a dar culto al verdadero Dios, y a llevar en medio del libertinaje una vida devota y benéfica; estaba preparado para recibir al Salvador, y Dios no dejó de revelarse. Cornelio fue milagrosamente inspirado para enviar por Pedro, quien del mismo modo se preparó para atender al llamamiento. Se dirigió de Jopa a Cesárea, andando 35 millas, predicó el evangelio a Cornelio y a sus amigos, y vio con admiración que los dones del Espíritu Santo llovían sobre ellos. La Providencia explicó así la reciente visión que tuvo en su éxtasis; se desprendió con nobleza de sus preocupaciones judaicas, y empezó en el acto su grande obra de apóstol de los gentiles, recibiendo en la iglesia de Cristo a aquellos a quienes el Salvador había aceptado tan manifiestamente, Hechos 10; 11.

CORO, Ezeq. 45:14. Véase la tabla de las medidas en el apéndice.

CORONA. Hay dos clases diferentes de términos hebreos que se traducen por corona en la Biblia. La una representa los atavíos de la cabeza, que nosotros designamos con los nombres de corona ducal, marquesal, etc., banda, mitra, tiara o guirnalda; y la otra los llevados como distintivo por los monarcas. La primera se aplicaba a una simple cinta o diadema colocada alrededor de la cabeza, adornada de diferentes maneras. Las personas recién casadas, de uno y otro sexo, usaban coronas el día de su boda, Cant. 3:11; Ezeq. 16:12. Las coronas de los reyes eran algunas veces bandas blancas que se ataban alrededor de la frente, y cuyas puntas les caían sobre el cuello, o estaban hechas de tisú de oro, o consistían en un cerco de oro también, que servía de base a una obra ornamental de relieve adornada de pedrería. La del Sumo-Sacerdote judío era una plancha de oro fino o diadema atada con un cordón de jacinto, Exod. 28:36; 39:30. En ocasiones, la corona era de oro puro; y la llevaban los reyes en todas las ceremonias oficiales, 2 Crón. 23: 11; y aun cuando iban a la guerra, 2 Sam. 1:10; 12:30. También se llevaba por las reinas, Ester 2:17. La corona es un símbolo de honor, poder y vida eterna, Prov. 12:4; Lam. 3:16; 1 Ped. 5:4. Se daban coronas o guirnaldas a los competidores afortunados de los juegos griegos, y a éstas se hacen frecuentes alusiones en las Epístolas, 2 Tim. 4:7, 8. Estas eran hechas de laurel, perejil, pino y hojas de encina—altamente apreciadas, pero de corta duración, hecho que añade fuerza al contraste que se implica en las palabras de los apóstoles, cuando hablan de la “incorruptible corona de gloria que nunca se marchita,” Sant. 1:12; 1 Ped. 3:4; Apoc. 2:10. Véase Cardos.

CORREA, la tira angosta de cuero con que aseguraban las sandalias en los pies, Luc. 3:16.

CORREOS, en hebreo corredores, mensajeros especiales encargados de llevar noticias importantes con velocidad; hombres de esta clase eran empleados en el Oriente desde tiempos muy antiguos, Job 9:25. Un cuerpo de corredores estaba al servicio de Saúl. Se empleaban correos ligeros para llevar mensajes en tiempo de David, 2 Sam. 18:22-27. Tales pueden haber sido los correos de Ezequías, 2 Crón. 30:6, 10, y de Babilonia, Jer. 51:31. Los correos prácticos pueden cansar un caballo y correr más que él en

jornadas largas. Los reyes persas apostaban centinelas a distancias convenientes para transmitir noticias públicas, gritándole el uno al otro. Ciro, sin embargo, estableció un sistema de correos que cabalgaban en caballos, camellos, etc., noche y día, para conducir despachos importantes, estacionando relevos frescos de hombres y de animales a distancias convenientes, Ester 3:13, 15; 8:10, 14. Los Persas y los Romanos reclutaban hombres y bestias para este servicio público, costumbre que detestaban los Judíos; véase Mat. 5:41. Los correos romanos eran notables por su velocidad y regularidad.

CORTADURA o CONCISIÓN, Fil. 3:2, término de reproche a ciertos maestros que exageraban el valor de la mera circuncisión, y la exigían a los gentiles convertidos; en contraste con la verdadera “circuncisión” que se aplicaba a aquellos “creados de nuevo en Cristo Jesús, para buenas obras,” Efes. 2:10; 4:24.

CORZO, traducción de una palabra hebrea que significa hermosura, nombre de un animal limpio según la ley mosaica, Deut. 12:15, 22; 14:4, 5, muy estimado como alimento. 1 Reyes 4:23; objeto favorito de la caza, Prov. 6:5; Isaí. 13:14; y notable por su agilidad y ligereza, 2 Sam. 2:18; 1 Crón. 12:8; Cant. 2:8, 9, 17. Se cree que el animal a que se refiere sea la gacela, Antílope dorcas, o Gacela arábica, especie de antílope que abunda en Siria, Arabia, Persia, Egipto y Berbería, y muy celebrado en la poesía oriental por su gracia y hermosura. Tiene como dos pies de alto, es de un color rojizo oscuro, con pintas pardas oscuras o negras y blancas, cuernos negros, que vistos por el frente presentan la forma de una lira, y grandes y brillantes ojos. Anda en manadas, es fácilmente domesticado, aunque muy tímido, y expuesto a morir en la cautividad; su carne es excelente. Frecuenta tanto las llanuras como las montañas de Siria, y se caza algunas veces con halcones ayudados de perros; y también arreando las manadas a grandes cercados, en donde se coge con trampas. Tábita y Dorcas, Hechos 9:36, son las palabras aramaicas y griegas con que se designa la gacela.

En Prov. 5:19, la palabra “corzo” es traducción de una palabra hebrea diferente que denota la cabra montés.

El “ciervo” mencionado solamente como animal limpio, Deut. 14:5. y como manjar servido en la mesa de Salomón, 1 Reyes 4:23, era de la raza de los venados, ya sea el gamo que se halla en el Asia occidental y meridional, o el bubale que se parece al antílope del África meridional.

En Deut. 14:5, se traduce por “corzo” un término hebreo que significa literalmente rabadilla blanca, y se cree que de notaba una especie del antílope o ciervo, quizá el *Oryx addax*, o el *Addra ruficollis* de Africa; este último es un bonito animal como de tres pies y tres pulgadas de alto, y cinco pies cuatro pulgadas de largo, que se ve en manadas en Nubia y en Góndola.

COS, o HACCOZ, esphia, 1 Crón. 24:10, cabeza de una línea de sacerdotes en el reinado de David, Esdr. 2:61; Neh. 3:4, 21; 7:65.

COSTILLA, literalmente costado, como se traduce a veces la parte tomada de Adán para formar a Eva, Gén. 2:21, 22; Dan. 7:5. En la expresión “la quinta costilla,” 2 Sam. 2:23; 3:27; 4:6; 20:10, la palabra costilla está suplida.

CREACIÓN, (1) el acto por el cual Dios llama a la existencia las cosas que antes carecían de ser, ya sean materiales o espirituales, visibles o invisibles, Salm. 148:5; Apoc. 4:11; (2) el acto de dar forma o de reconstruir cosas cuyos elementos ya existían; y (3) las cosas mismas “creadas o hechas” de ese modo, 2 Ped. 3:4; Apoc. 3:14; 5:13. En el primer sentido de los indicados es como debe entenderse la palabra

“creó” en Gén. 1:1, y la idea de la eternidad de la materia debe rechazarse como contraria a la sana razón, y a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, Prov. 8:22-31; Juan 1:1-3; Heb. 11:3.

La creación es exclusivamente obra de Dios. Se designan al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, a cada uno a su turno como autores de la creación, Isa. 40:28; Col. 1:16; Gén. 2:2. Es una obra cuyos misterios no ha podido concebir entendimiento alguno finito; y con todo, como nos revela las cosas invisibles de Dios, Rom. 1:20, podemos y debemos aprender lo que él revela a este respecto, no sólo en la revelación, sino en sus obras. Estos dos tomos dimanen de la misma mano divina y no pueden menos que armonizar entre sí. La Biblia comienza refiriendo la creación de una manera indeciblemente sublime y majestuosa. Los seis días de que en ella se trata, se han tomado generalmente por los días naturales que tenemos ahora; pero las investigaciones geológicas han dado lugar a la idea de que “día” denota en ese pasaje un periodo mayor. Las diferentes rocas de nuestro globo yacen en diferentes lechos, cuya edad comparativa parece que se ha fijado. Sólo en las más recientes se han encontrado residuos humanos. Los lechos más antiguos presentan a su vez diferentes fósiles, restos de animales y plantas, muchos de los cuales se supone que se han extinguido ya. Estos lechos se hallan profundamente introducidos en el suelo que ahora vemos, y con todo, hay indicios de que fueron formados de materias lavadas en el lecho de algún primitivo mar, y endurecidas después hasta convertirse en rocas. Bien puede haber también otras numerosas capas, pero en todas ellas aparece la circunstancia de que han sido depositadas allí de un modo semejante en el transcurso lento de los tiempos. Estos lechos han sido también empujados para arriba y penetrados en todo el mundo, por rocas formadas en tiempos anteriores y que al parecer se han hallado alguna vez en estado líquido.

Hay varios modos de armonizar estos descubrimientos geológicos con las Escrituras: suponiendo, primero, que los seis días de que se habla en Gén. 1 denotan seis largas épocas o periodos de una alternativa formación y revolución verificada en la superficie de la tierra. Para el Señor “mil años son como un día,” Salm. 90:2, 4; 2 Ped. 3:5-10; Apoc. 20.

Segundo, que las largas épocas indicadas en la estructura geológica del globo tuvieron lugar antes del comienzo de la narración Bíblica, o, más bien, en el intervalo que media entre el versículo primero y segundo de Gén. 1. Según esta interpretación, el versículo segundo describe el estado de la tierra al fin de la última revolución que experimentó, preparando la adecuada transformación que Dios le hizo efectuar para servirle al hombre de morada, según se describe en los versículos siguientes.

Tercero, que Dios redujo la obra de aquellas épocas ignoradas a seis días cortos, y creó el mundo, como lo hizo con Adán, en un estado ya de madurez, incorporando en sus rocas y fósiles esas formas elementales de vida vegetal y animal que parecen conducir naturalmente a la existencia de las que ahora vemos.

La relación bíblica de la creación del hombre es absolutamente irreconciliable tanto con la teoría ateísta de una serie eterna de razas semejantes, o una evolución que asciende desde los elementos más simples de la materia primordial, pasando por una serie dilatada de animales, hasta llegar al hombre; como también con la moderna de los infieles, relativa a que fueron creadas varias razas distintas de hombres, y no una sola. La Biblia enseña de una manera inequívoca la unidad de la raza humana y el origen que en Adán tuvo, Mal. 2:10; Hechos 17:26; y ninguno que la acepte como la Palabra de Dios puede dudar de esta exposición, que igualmente encuentra apoyo en la más profunda investigación de la ciencia moderna, y se confirma cada vez más con nuevas evidencias. La anatomía practicada en los cuerpos de los hombres, y el análisis de sus facultades mentales y espirituales, prueban su unidad esencial como especie; en sus diversas lenguas se hallan los vestigios de una sola lengua primitiva, y la

facultad que tiene de acomodarse a todos los climas conviene también con lo que la Biblia manifiesta. La fecha que ésta da a la creación del hombre se confirma por las tradiciones de muchas naciones antiguas, por el examen crítico hecho sobre el progreso del mundo en artes, ciencias e idiomas, y por el hecho de que no se encuentran restos ningunos humanos, sino es en depósitos superficiales y recientes.

Las relaciones relativas a la creación, que existen en las tablillas de piedra de las antiguas bibliotecas asirias, que últimamente se han desenterrado, son tradiciones incompletas y oscuras, pero tienden a confirmar la historia bíblica, y no en modo alguno las teorías de los materialistas.

Las “criaturas” y las “criaturas todas” en Rom. 8:19-22 pueden denotar la creación irracional e inferior que se verá libre de la maldición y tendrá parte en la emancipación gloriosa de los hijos de Dios, Isaí. 11:6; 35:1; 2 Ped. 3:7-13. Los cuerpos de los creyentes, ahora sujetos a la vanidad, están seguros de una libertad completa en la resurrección—“la redención de nuestro cuerpo,” Rom. 8:23.

CREENCIA. Véase FÉ.

CRESCENTE, *crecimiento*, auxiliar del apóstol Pablo, y probablemente uno de los setenta discípulos; se supone que ejerció su ministerio en Galacia, 2 Tim. 4:10.

CRETA, isla grande que tiene 150 millas de largo y de seis a treinta y cinco de ancho, llamada ahora Candía, en el Mediterráneo, poblada primitivamente según es probable, por una rama de los Caftorim. Es escabrosa y montuosa, pero tiene muchas llanuras y valles fértiles, y ha sido celebrada por Homero a causa de sus cien ciudades. Sus habitantes eran excelentes marinos y visitaban todas las costas. Eran también famosos en el ejercicio del arco, ejercicio que practicaban desde su infancia. Creta era una de las Kas contra cuya infidelidad el proverbio griego amonestaba, a saber: Kappadocia, Kilicia y Krete; y esto conviene con el carácter que el apóstol da a los Cretenses diciendo que eran “siempre mentirosos,” brutos y glotones, según los pinta el poeta cretense Epiménides, Tit. 1:12, 13. Creta es famosa como el país natal del legislador Minos, y por su conexión con el viaje de Pablo a Roma, Hechos 27. El buque primero se dirigió a Salmón, promontorio oriental de la isla, y tomó abrigo en Buenos Puertos, ancladero que se hallaba en el lado sur, al este del Cabo de Matala. Después de algún tiempo, y contra las observaciones de Pablo, se hizo a la vela para Fenicia, puerto más cómodo en la parte occidental de la isla; pero fue sorprendido por un fuerte viento este-noreste, que lo obligó a estarse a la capa y lo empujó a Malta. Pablo se supone que visitó a Creta después, en relación con una de las expediciones que hizo al Asia Menor, después de la primera prisión que sufrió en Roma, 1 Tim. 1:3; File. 22. Allí estableció las instituciones evangélicas y confirió a Tito su cargo pastoral, Tit. 1:5. Véase también Hech. 2:11.

CRIATURAS VIVIENTES, o animales, Ezeq. 1; 3:13; 10:15-17, los querubines, palabra traducida “animales” en Apoc. 4:6-9; 5:6-14; 6:1-7, etc. Véase Querubines.

CRIBA o ZARANDA. Los antiguos escritores hacen mención de cuatro clases de harina que implican tamices de diferentes grados de finura. La alusión que de estos se hace en Isaí. 30:28; Amós 9:8; Luc. 22:31, parece indicar el procedimiento seguido por el labrador al cernir el grano para separar de él el hollejo o la paja, más bien que a la faena doméstica de cernir la harina para hacer el pan. Compare Mat. 3:12.

CRISÓLITO, se supone que es el topacio oriental de los tiempos modernos, piedra preciosa, trasparente, que tiene color de oro con mezcla de verde, y brille hermoso, Apoc. 21:20.

CRISOPRASO. La décima piedra preciosa de los fundamentos del muro de la Jerusalén celestial, según la visión de Juan. Su color era verde, inclinándose al del oro, como su nombre lo indica, Apoc. 21:20.

CRISPO, rizado, presidente de la sinagoga judía en Corinto, convertido por la predicación de Pablo, Hechos 18:8; y bautizado por él, 1 Cor. 1:14.

CRISTAL, la misma palabra hebrea se traduce en la Biblia por cristal, en Ezeq. 1:22; por helada en Gén. 31:40 y por nieve en Job 6:16. La palabra en su origen de nota hielo, y se aplica también al vidrio y a una joya de una transparencia perfecta y semejante a la del vidrio, Apoc. 4:6; 21:11.

CRISTIANOS, nombre dado en Antioquía de Siria a todos los que creían que Jesús era el Mesías, 42 A. D., Hechos 11:26. Parece haberse dado por la gente de Antioquía, como término de conveniencia más bien que de ridículo, para designar la nueva secta más perfectamente de lo que otra cualquiera palabra pudiera hacerlo, y ocurre solamente en otros dos lugares de la Biblia, Hechos 26:28; 1 Ped. 4:16. Ellos entre sí se llamaban generalmente "los hermanos," "los fieles," "los santos," "los creyentes," y por los judíos se les daba el nombre de Nazarenos y Galileos. Este término se usa ahora algunas veces para distinguir nominalmente a las naciones cristianas o a los individuos que las componen, de los idólatras, mahometanos o infieles; y otras veces para denotar los miembros de la Iglesia solamente.

Es tan sólo verdadero cristiano el que de corazón acepta a Cristo como maestro y guía, como origen de su vida más elevada, de su fuerza y alegría; como su único Redentor del pecado y del infierno y como su Señor y su Dios. Los que debidamente llevan el nombre de Cristo y participan de su naturaleza, esos solamente participarán al fin de su gloria.

CRISTO, ungido, palabra griega equivalente a la hebrea Mesías, el consagrado, el ungido, y aplicada preeminentemente a nuestro bendito Señor y Salvador. Véanse Mesías y Jesús.

Los antiguos Hebreos aleccionados por los profetas, tenían nociones claras del Mesías; pero estas se pervirtieron gradualmente, de manera que cuando Jesús se apareció en Judea, los judíos abrigaban una idea falsa del Mesías, esperando un monarca y un conquistador temporal que sacudiese el yugo romano y subyugase al mundo entero. De aquí es que se escandalizaron con la apariencia exterior, la humildad y aparente debilidad de nuestro Salvador. Los modernos judíos, entregándose a errores mayores todavía, se forman ideas del Mesías enteramente desconocidas por sus antepasados.

Los antiguos profetas habían predicho que el Mesías sería Dios y hombre; alabado y deprimido; Señor y siervo; sacerdote y víctima; príncipe y súbdito; inocente, y sin embargo castigado como un criminal; envuelto en la muerte y con todo vencedor de la muerte; rico y pobre; rey, conquistador, glorioso hombre de pesares, expuesto a fragilidades, desconocido, poseído de abyección y humillación. Todas estas consideraciones tenían que armonizarse en la persona del Mesías, y en realidad se hallaron en la persona de Jesús.

No consta que Cristo haya recibido jamás unción alguna externa oficial. La unción de que los profetas y los apóstoles hablan es la espiritual e interna de la gracia y del Espíritu Santo, Luc. 4:18; Hech. 10:38, de la cual la externa con que los reyes, sacerdotes y profetas eran ungidos antiguamente, no era sino la figura y símbolo.

El nombre de Cristo es el título oficial del Redentor, y no debe por lo mismo considerarse como un mero apelativo para distinguir a nuestro Señor de otras cuales quiera personas llamadas Jesús. La fuerza de muchos pasajes de la Escritura se debilita en gran manera si no nos fijamos en esto. Podemos penetrar el verdadero sentido de pasajes semejantes, sustituyendo por "Cristo" el ungido, y en donde se habla a los judíos, el Mesías. Así en Mat. 2:4, Herodes "les preguntó" a los sacerdotes y escribas "en dónde había de nacer el Cristo, "esto es, el Mesías del Antiguo Testamento. Pedro confesó: "Tú eres el Mesías," Mat. 16:16. Los demonios hicieron lo mismo, Luc. 4:41. Véanse también Mat. 22:42; Hechos 17:3; 18:5. En tiempos posteriores, el nombre de Jesús cayó comparativamente en desuso; y Cristo, como nombre propio, se usó en lugar de Jesús, como en las Epístolas.

Cuando consideramos la relación de la persona de Cristo como Dios y hombre, con su trabajo oficial como nuestro profeta, sacerdote y rey, y con su estado de humillación y de gloria; cuando consideramos cómo Dios está en él y con él; cómo se explican en él todas las perfecciones de Dios, y cómo se ejemplifican en él todas sus verdades; cuando consideramos sus varias relaciones con los designios, pactos, palabra y ordenanzas de Dios y con los privilegios, deberes, y cultos de los santos en el tiempo y en la eternidad, tenemos una deliciosa opinión de él, como lodo y en todo, Col. 3:11. Y podemos entender la razón porqué "nadie puede decir que Jesús es el Señor," creyendo de corazón en él y aceptándolo como el Mesías descrito en la Biblia "de otro modo que por el Espíritu Santo," 1 Cor. 12:3. Compare Mat. 16:16, 17; 1 Juan 5:1.

CRISTOS FALSOS. Nuestro Salvador predijo que vendrían muchos pretendidos Mesías, Mat. 24:24, y su palabra se ha cumplido ampliamente. Veinticuatro hombres diferentes han pretendido cada uno ser el Mesías. Uno de ellos llamado Coziba, conocido generalmente con el nombre de Bar-cocheba, hijo de la estrella, vivió en el primer siglo de Cristo, tuvo muchos secuaces, y se dice que ocasionó la muerte de más de medio millón de judíos. Otros han continuado apareciendo aun en los tiempos modernos, 1682.

CRÓNICAS, el nombre de dos libros históricos del Antiguo Testamento, cuyo autor es desconocido, aunque la opinión general los atribuye a Esdras, 457 A. C., y esta se ha establecido por las pesquisas investigadoras y las discusiones de la crítica moderna. Estos libros originalmente formaban uno sólo. El escritor inspirado hizo uso, no sólo de los primeros libros de las Escrituras, sino de otros muchos anales públicos, ahora perdidos, 1 Crón. 29:29; 2 Crón. 9:29; 16:11; 20:34; 27:7. El primer libro contiene una recapitulación de la historia sagrada, por genealogías, desde el principio del mundo hasta el tiempo de David, y más extensamente la vida, reinado y muerte de este rey. El segundo libro contiene la historia de los reyes de Judá, sin los de Israel, desde el principio del reinado de Salomón solamente, hasta la vuelta del cautiverio de Babilonia. A este respecto difiere de los libros de los Reyes que dan la historia tanto de los de Judá como de los de Israel. En muchos lugares donde se refiere la historia de los mismos reyes, la narración hecha en las Crónicas es casi una copia de la de los Reyes; en otros la una sirve como de suplemento a la otra. En la Septuaginta, estos libros se llaman *Paraleipomena*, esto es, cosas omitidas. Los dos libros de las Crónicas escritos después de la restauración de Babilonia, y durante el restablecimiento de la Nación y de la Iglesia hebrea, parece que tuvieron por objeto primero servirle de auxilio a esta obra; dan completos registros genealógicos, por los cuales las tierras tenían qué repartirse de nuevo, organizarse el servicio del templo, etc.; se detienen más en los asuntos eclesiásticos que los libros de los Reyes; se extienden sobre las ordenanzas del culto público; y detallan minuciosamente los preparativos de David para la edificación del templo, su erección y dedicación por Salomón; las historias de los otros reyes también son especialmente completas con respecto a su carácter religioso y a sus hechos, 1 Crón. 13:8-11; 2 Crón. 11:13; 19:8-11; 26:16-19, etc. Las Crónicas deben ser leídas en conexión con los libros de Samuel y de los Reyes; tratando de los mismos periodos sirven los unos de comprobación de los otros, con algunas aparentes discrepancias pero de poca importancia, y forman

una historia continua e instructiva, poniendo de manifiesto que la religión es la fuente principal de la prosperidad nacional, así como la impiedad lo es de su adversidad, Prov. 14:34. Los detalles dados en estos libros deben ser estudiados con interés, en vista del apoyo que dan a la venida y al reino de nuestro Señor Jesucristo. Todo el periodo comprendido en las Crónicas es como de 3,500 años. Véase Números.

CRUZ, una especie de horca hecha de dos piezas de madera, colocadas la una sobre la otra transversalmente en cualquiera de las tres formas que en el grabado se ven. La muerte en la cruz era el castigo impuesto a los esclavos más viles, y era estigma de infamia, Deut. 21:23; Gál. 3:13. Este castigo estaba en práctica en muchas naciones antiguas; pero probablemente no entre los primeros judíos. Era tan común entre los Romanos, que a las penas, a las aflicciones, a las molestias, etc., se les daba por ellos el nombre de "cruces." Nuestro Salvador dice que sus discípulos deben "tomar su cruz y seguirle." Aun cuando la cruz sea el signo de ignominia y de sufrimiento, es con todo, la divisa y la gloria del Cristianismo. Pablo se glorió en la "cruz" de Cristo, Gál. 6:14, esto es, en el admirable amor que lo indujo a morir para expiar nuestros pecados, y en las gloriosas consecuencias que de allí resultan, 1 Cor. 1:18, 22, 23; 2:2; pero hacer la señal de la cruz con la idea de que hay alguna edificada en ella, es cosa supersticiosa y pueril, y adorar el crucifijo o la imagen de Cristo en la cruz, es un acto de idolatría. El modo común de crucificar consistía en fijar al reo con clavos, uno en cada mano y otro en los dos pies juntos o en cada uno de ellos separadamente. Algunas veces eran atados con cuerdas, cosa que aunque parece menos cruel, en realidad lo era más, porque de ese modo se prolongaban los sufrimientos del paciente. En ocasiones se hacía uso tanto de clavos como de cuerdas para sujetarlo, y cuando esta pasaba no había dificultad en levantar a la víctima juntamente con su cruz, por estar suficientemente sostenida con las cuerdas. Hacia la mitad de la cruz había también una proyección de madera que sostenía parcialmente el cuerpo de la víctima. Antes de clavarla en la cruz, generalmente la azotaban con látigos o correas de cuero, lo que se consideraba como más severo e infamante que azotarla con cuerdas. Los azotes dados a Cristo precedieron a su condenación, Luc. 23:22; Juan 19:1. Véase Azote. Los esclavos culpables de grandes crímenes eran atados a una horca o cruz, y así se les llevaba apaleándolos por la población. A Isaac le hicieron cargar la madera que iba a servir para su propio sacrificio, Gén. 22:6. A nuestro Salvador también le cargaron su cruz, y como flaqueaba bajo su peso, Simón Cirineo tuvo que llevarla tras él y con él, Mar. 15:21. Nuestro Señor fue crucificado entre los ladrones según lo predijo, Isa. 53:12; y tanto sus pies como sus manos fueron clavadas en la cruz, Luc. 24:39, 40; Salm. 22:16.

Después que el reo había sido despojado de todos sus vestidos, y atado o clavado en la cruz, se le ministraba a veces una bebida narcótica, a fin de hacerlo menos sensible al dolor, Prov. 31:6, lenitivo que nuestro Señor no aceptó, Mat. 27:34; Mar. 15:23; aunque parece que después tomó un poco del brebaje común de los soldados, Mat. 27:48; Juan 19:29.

Enviado por el Padre a llevar la pesada carga del sufrimiento penal, por una raza perdida, sintió que no tenía derecho a los paliativos a que se recurría en los casos ordinarios, y que eran enteramente legales, excepto en el suyo. "¿No he de beberme yo la copa que mi Padre me ha dado?" Juan 18:11. Él la apuró hasta las heces. Habiéndose levantado la cruz bajo un sol abrasador, las heridas que le hicieron los azotes y los clavos le causaron en breve una fiebre general y una sed intolerable. Interrumpida en su circulación regular la sangre, se le aglomeró en varias partes del cuerpo, produciéndole congestiones dolorosas. Cada estremecimiento del paciente, por ligero que fuera, aumentaba sus padecimientos que no se aliviaban sino con la mortificación final y con la muerte. Aquellos a quienes se ataba en la cruz vivían algunas veces tres y cuatro días; y en casos muy excepcionales, de los que se han consignado, llegaban hasta una semana o más. Por eso Pilatos se sorprendió de que nuestro Señor hubiese muerto

tan pronto, porque por razón natural él debía haber vivido más, Mar. 15:44. La muerte de nuestro bendito Redentor se apresuró por la terrible agonía que sufrió previamente en el huerto, y por la pesada carga del pecado del mundo que abrumaba su alma. La inmediata causa de su muerte se cree que fue una ruptura del corazón; y habiéndosele derramado la sangre en la cavidad que se halla al rededor del corazón, se descompuso en *serum* y *crassamentum* y estos fueron “el agua y la sangre” que vertieron cuando la lanza del soldado penetró en su costado. A los dos ladrones se les quebraron las piernas para apresurarles la muerte, a fin de que sus cuerpos no permaneciesen en la cruz en día sábado, Deut. 21:23; Jos. 8:29; pero los crucificados quedaban colgados generalmente, hasta que caían al suelo o eran devorados por las fieras o por las aves de rapiña.

CUADRANTE, instrumento muy usado antes de la invención de los relojes, para indicar la hora del día por el progreso de la sombra del sol. El cuadrante o reloj de Acaz, 2 Reyes 20:11; Isa. 38:1-9, parece haber sido peculiar en su género, ya sea por su estructura o por su tamaño, y fue quizá hecho a imitación de uno que se consiguió en Babilonia o en Damasco, 2 Reyes 16:10. El cuadrante solar se menciona en las tablas asirias. El término “grados” o gradas sugiere que su forma probable fue como la de un par de escaleras con un gnomon o columna que proyectaba su sombra sobre más o menos gradas según que el sol estuviera más o menos alto. Compárense los templos de Babel de muchos pisos. El hecho de que la sombra proyectada en él retrocediera diez grados, para dar la seguridad al rey Ezequías de que se aliviaría de su enfermedad, se efectuaba probablemente, no deteniendo la tierra y haciendo que girara en sentido opuesto, sino por una refracción milagrosa de los rayos del sol, observada sólo en Judea, aunque la fama de ese prodigio llegó hasta Babilonia, 2 Crón. 32:31.

CUAJAR, la panza o callos de los animales rumiantes, Deut. 18:3.

CUARTO, número ordinal. I. Moneda de bronce, Mat. 10:29, traducida blanca en Luc. 12:6. Valía centavo y medio.

II. Cristiano residente en Corinto; de origen romano, según su nombre, de quien Pablo envía su saludo a los cristianos de Roma, Rom. 16:23. Nada más de él se sabe, pero no es poca cosa el ser llamado “hermano” por un apóstol.

CUATERNIÓN de Soldados, destacamento que se componía de cuatro hombres, Hechos 12:4. Los Romanos designaban un cuaternión de cuatro hombres para guardia de una noche, la que dividían en cuatro vigilias o cuartos, de manera que cada soldado estaba de turno en la guardia tres horas. Véase Hora. Así, cuando Herodes, que adoptó las costumbres romanas, se dice que entregó a Pedro a cuatro cuaterniones de soldados, debe entenderse que estaba custodiado por cuatro hombres a la vez, a saber: dos en la prisión con él, y dos delante de las puertas (comp. vers. 6), y que eran relevados cada tres horas por otros cuatro, haciendo en todo diez y seis hombres.

CUCHILLO, Se usa esta palabra para traducir cuatro diferentes voces hebreas; se aplica a todos los instrumentos cortantes hechos de pedernal, Exod. 4:25; Jos. 5:2, 3, acero, bronce y hierro, y de varios tamaños, desde los usados en el degüello y división de las víctimas ofrecidas en los sacrificios, Gén. 22:6, 10; Esdr. 1:9; Prov. 30:14, o como podaderas, Isaí. 18:5, hasta los usados como lancetas, 1 Reyes 18:28, y para sacarles punta a las plumas de caña, Jer. 36:23. No se usaban por lo general en la mesa.

CUERDAS, se usaban para atar a los prisioneros, Jer. 15:13; Salm. 2:3; Ezeq. 3:25; cuando se asumían voluntariamente era en señal de humilde sumisión, 1 Reyes 20:31, 32.

CUERNOS se usaban como copas y vasijas para líquidos, 1 Sam. 16 1; 1 Reyes 1:39. Véase Kerenhappuch. También como trompetas o bocinas, Jos. 6:5, aunque las palabras traducidas “trompetas de cuernos de carnero,” vers. 4, 6, 8, 13, deberían traducirse “trompetas de jubileos,” y “cuerno de carnero” en el vers. 5 debería ser “cuerno de jubileo.” No hay duda que algunas veces se quieren dar a entender instrumentos artificiales de una forma semejante al cuerno, cuando se habla de los que se usaban en el culto del templo, 1 Crón. 25:5. Los cuernos del altar eran las elevaciones que tenía en sus cuatro ángulos, Exod. 27:2; 30:2. Como el principal adorno y defensa de muchos animales está en sus cuernos, estos son a menudo símbolo de fuerza, honor, victoria y poder, Deut. 33:17; 1 Sam. 2:1, 10; 1 Rey. 22:11; Salm. 75:10; Hab. 3:4; Apoc. 5:6. Los cuernos a veces denotan reyes y reinos, Dan. 7:20-24; 8:3-9; Zac. 1:18-21; Apoc. 17:7-12. Los reyes asirios en las esculturas de Nínive llevan gorros cónicos con un cuerno, y en algunas monedas de Alejandro el Grande, se representa a este como cornudo. “Un cuerno de salvación,” Luc. 1:69, es Uno “que tiene el poder de salvar,” Isaí. 63:1. Rebajar o profanar el cuerno, es símbolo de humillación, Job 16:15; y lo es de ruina “cortar el cuerno,” Jer. 48:25. El jefe indio que trató con William Penn, dio testimonio de la autoridad que tenía poniéndose primero una corona con un cuerno. Cuernos de plata y aun de oro se usaban antiguamente por las señoras drusas casadas, que vivían en el monte Líbano, como en el grabado que aquí se inserta. La otra cabeza que se ve ahí, es la de un jefe Abisinio.

CUERPO, Mat. 26:26. “Esto representa mi cuerpo.” Véase Gén. 41:26. Cristo no ofreció su cuerpo para que se lo comieran, puesto que estaba vivo todavía. “El cuerpo de esta muerte,” Rom. 7:24, puede aludir a la práctica que tenían los antiguos tiranos de atar un cadáver a un criminal, para atormentarlo, infectarlo y consumirlo.

CUERPO ESPIRITUAL, 1 Cor. 15:44, el cuerpo de los santos después de la resurrección, inmortal, incorruptible y glorioso; órgano apropiado para el espíritu perfectamente santificado; comp. vers. 51-53; Fil. 5:21.

CUERVO, Heb. *Orkb*, negro, Cant. 5:11, pájaro semejante a la urraca, pero más grande y que no anda en parvadas. Era inmundo por la ley levítica, Lev. 11:15, en donde sin duda se incluyen todas las especies de cuervos que se hallan en Palestina y que sin duda pasan de ocho. Se alimenta de carroña y devora primero los ojos de un cadáver, Prov. 30:17; de ahí proviene que sea un oprobio el dejar expuesto al aire libre en el campo un cadáver insepulto.

El cuervo habita lugares desolados, Isa. 34:11 y necesita recorrer a vuelo una vasta extensión para poder satisfacer su voraz apetito y el de sus polluelos, Job 38:41; Salm. 147:9; Luc. 12:24. Construye su nido en los peñascos o árboles corpulentos, y cuida en él de cuatro a siete crías, hasta que están en aptitud de proveer ellas por sí mismas a sus necesidades. Elías fue milagrosamente alimentado por los cuervos, 1 Reyes 17:4, 6. Se ha discutido sobre si el cuervo no volvió al arca, Gén. 8:7; pero casi todas las versiones y los intérpretes entienden la frase hebrea “yendo y volviendo,” como equivalente a “de aquí para allá”—en donde quiera que hallaba un lugar para descansar.

CUEVA. Judea, país de tierra caliza, abunda en cavernas subterráneas de varias dimensiones, de donde a menudo nacen pequeños riachuelos. Estas fueron usadas como habitaciones, como lugares de refugio para la gente y el ganado, y como sepulturas. En una cueva fue donde Lot se alojó después de la destrucción de Sodoma, Gén. 19:30. Petra en Idumea era una ciudad de cuevas, y sus primitivos habitantes expulsados por los Idumeos, eran de una raza troglodita y se llamaban Horitas o Cineos, Núm. 24:21; Cant. 2:14; Jer. 49:16; Abdías 3. En los alrededores del Hebrón, los pobres viven todavía en cuevas mientras pastorean sus rebaños. Ensanchaban a veces las cavidades naturales y hacían otras

artificiales para refugio y defensa, Jueces 6:2; 1 Sam. 13:6; Isaías. 2:19; Jer. 41:9. Existen todavía las cuevas de Macpela, de Adullam, de Engedi, del Carmelo y de Arbela. Véase Sepulcro.

CULANTRO, semilla redonda y pequeña de una planta aromática; es nativa de China, y ahora se halla extensamente difundida. Su semilla se siembra en Marzo. Se emplea como especia y se estima mucho por los droguistas y confiteros. El maná que caía en el desierto se parecía al culantro, en forma y en color, Exod. 16:31; Núm. 11:7. Véase Maná.

CULTO. Honor rendido a una persona digna de él, u homenaje tributado a los soberanos por sus súbditos, Jos. 5:14; Mat. 9:18; Luc. 14:10; Hechos 10:25. Se tributaba de varios modos y en diferentes grados, v. g., postrándose sobre el suelo, doblando la rodilla o la cabeza, o el cuerpo, besando la mano, el pie, el suelo, o tocando éste con la frente una o varias veces, Gén. 33:3; Mat. 18:26. Véase Salutación.

CULTO A DIOS. Reverencia suprema que solamente es debida a Dios, Exod. 20:3, 4; Juan 4:20-24; Heb. 1:6; Apoc. 21:9; y que se convierte en idolatría cuando se ofrece a otro ser cualquiera, Exod. 34:14; 2 Reyes 10:20-23; Dan. 3:5-28; Hechos 7:43; 2 Tes. 2:4; Apoc. 13:4-15- Incluye adoración, alabanza y acción de gracias, confesión del pecado, imploración de gracia y la consideración de la divina voluntad. El cumplimiento de este servicio habitual y de todo corazón, tanto espiritual como visiblemente, en público y en privado, por individuos, familias y comunidades, es no sólo un deber por sí mismo evidente, sino mandado con frecuencia en la divina Palabra. Véase Oración. La reunión de todo el pueblo para unirse en oración el día séptimo en continuación del culto del templo y de la sinagoga, y mandado por Dios y cumplido por Cristo, es un deber muy claro. El mismo nombre iglesia, que viene de las dos palabras griegas *ek kalew* llamar de, significa una asamblea; y la predicación del evangelio, que es el gran medio de propagar el cristianismo, así lo requiere. Las direcciones de Pablo de que no se olvidasen de reunir se para leer sus epístolas “en todas las iglesias” y tomar parte “en los salmos e himnos y cantos espirituales,” y las reglas que estableció para asegurar la mayor edificación espiritual posible cuando se reunían en la iglesia, indican que es una ley del cristianismo establecida.

El culto público se enseña en muchos de los Salmos, tales como Salm. 42; 63; 84; también 27:4; 95:6; 96:8, 9; Joel 2:15-17; Mat. 18:19, 20. En los tiempos del Antiguo Testamento incluía convocaciones santas del Sábado, Lev. 23:3; con la lectura de las Sagradas Escrituras, Hechos 15:21; e instrucción religiosa indudablemente, con cantos de alabanza, Salm. 42:4; 92; 118:24. En el templo se ofrecían sacrificios dobles, Núm. 28:9, 10, los panes de la proposición se renovaban, Lev. 24:8, y los profetas eran consultados, 2 Reyes 4:23. Nuestro Señor mismo lo practicaba habitualmente, Luc. 4:16. El culto de familia se deduce de numerosos pasajes, Gén. 12:5,8; 35:2, 3, 7; Jos. 24:15; 2 Sam. 6:20; Job 1:5; Dan. 6:10; Hechos 1:13, 14; 10:2; Rom. 16:5; 1 Cor. 16:19; Col. 4:15; Fil. 2. Los términos de la oración de Nuestro Señor demuestran que esta era para usarse todos los días y por varias personas reunidas. El culto secreto y privado es esencial para que el creyente tenga vida espiritual y ande con Dios, y está prescrito de muchos modos en la Palabra, Salm. 4:4; 5:3; 55:17; 141:1, 2; Dan. 6:10; por el expreso mandato de Cristo, Mat. 6:5, 6; lo mismo que por su ejemplo, Mat. 14:23; Mar. 1:35; Luc. 5:16; 6:12; 9:18, 29, y el de los apóstoles, Hechos 10:9. “Culto voluntario,” Col. 2:23, es un término que abraza todas las formas de adoración y culto que no están prescritas en la palabra de Dios, y que son ofensivas en su presencia. Tales son las misas y penitencias del papismo.

CULTO RACIONAL, Rom. 12:1, lo mismo que culto espiritual, o sea conforme a la razón.

CUMPLIDO, el significado ordinario de esta palabra es suficientemente obvio.

Tendrá en último resultado qué consignarse el hecho de que fueron cumplidas todas las predicciones y promesas de Jehová, puesto que todas habían tenido su exacto cumplimiento en su debido tiempo y lugar, Jos. 23:14; Mat. 2:17; 8:17; 12:17. Hay en el Nuevo Testamento muchos ejemplos de tal cumplimiento, en que los designios de los hombres eran muy diferentes; y los que figuraban en la transacción no pensaban sino en poner en planta algún mal proyecto propio. Así en Juan 19:24, 28, 36, los que tomaron parte en la crucifixión de Cristo no pensaban que estaban cumpliendo los designios de Dios. Algunas veces también la frase “para que cumpliera,” significa que el acontecimiento a que se aplica es un cumplimiento secundario, una verificación o simplemente una ilustración del pasaje profético original—previsto, sin embargo, y pre ordenado por Dios. Así las palabras de Oseas 11:1, “De Egipto llamé a mi hijo” se refieren directamente al éxodo de Israel de aquella tierra de esclavitud; pero como nos enseña Mat. 2:15, no fueron sugeridas por el Espíritu Santo al profeta sin considerar la prevista aplicación que de ellas tendría que hacerse en el caso de Cristo. Compare también Mat. 13:14 con Isaí. 6:9; Luc. 4:18-21 con Isaí. 61:1-3; Hechos 1:16, 20 con Salm. 109:8.

CURTIDOR, Hechos 9:43; 10:6, 32, el oficio de Simón en Jope, donde aún se encuentran tenerías sobre la costa del sur de la ciudad.

CUS, *negro*, l., el hijo mayor de Cam, y padre de Seba, Havila, Sabta, Raama, y Sabteca, la mayor parte de los cuales se establecieron en la Arabia Feliz, Gén. 10:6-8. Véase Nimrod.

II. Los países poblados por los descendientes de Cus se llaman generalmente, aunque no siempre, en la Biblia, Etiopía. Pero bajo este nombre parece que se incluyen tres naciones diferentes por lo menos:

1. El Cus oriental que comprende las regiones de Persis, Cusistán y Susiana en Persia. Queda principalmente al norte y al sur del Tigris, Isaí. 11:11; Ezeq. 38:5. En estas regiones probablemente se encontraba el río Gihón, Gén. 2:13; Sof. 3:10. Véase Edén.

2. Los Hebreos también, según opinión de muchos, usaban los nombres Cus y Cusán, Hab. 3:7, para designar los lugares meridionales de la Arabia y la costa del Mar Bermejo, 2 Crón. 21:16. De este país salió Nimrod para establecerse en la Mesopotamia, Gén. 10:8. La “mujer etíope” también, con quien Moisés se casó durante la marcha de los Israelitas por el desierto, venía probablemente de este Cus, Núm. 12:1. Véase Séfora.

3. Pero más comúnmente Cus significa la Etiopía propiamente dicha, que queda al sur y al sudeste de Egipto, Salm. 68:31, y que ahora se llama Abisinia, Isaí. 18,1; 30:3-5; Jer. 13:23; 46:9; Ezeq. 29:10; Dan. 11:43. Véase Etiopía.

CUSÁN-RISATAIM, rey de Mesopotamia, probablemente entre el Eufrates y el Quebar, que oprimió a los Israelitas 8 años, 2591-9 A. D., pero fue derrotado por Otniel, sobrino de Caleb, Jueces 3:8-10. Esto tuvo lugar siglos antes del nacimiento del Imperio de los Asirios.

CUTITAS, pueblo que habitaba más allá del Éufrates, y fue de allí trasladado a Samaría en lugar de los Israelitas que habían residido antes allí, 2 Reyes 17:24, 30. Cuta, parece que recientemente ha sido descubierta 15 millas al Noroeste de Babilonia, en donde se ha encontrado su nombre en ladrillos exhumados de las ruinas del templo de Nabucodonosor.